

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

EL COMERCIO Y LA EXPANSION
MARITIMA DE PORTUGAL



T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
MAESTRA DE HISTORIA UNIVERSAL
PRESENTA LA SEÑORITA
BERTHA ESQUIVEL RIVERA
MEXICO, D. F.

1947.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A LA BENDITA MEMORIA DE
MI MADRE

A MI PADRE

CON TODO CARIÑO

INTRODUCCION.

"EL COMERCIO Y LA EXPANSION MARITIMA DE PORTUGAL".

El tema que inspira esta tesis tiende a destacar la importancia capital que tienen para la existencia de un pueblo dos factores decisivos: la navegación y el comercio. En este caso concreto, el pueblo que se estudia es Portugal.

Desde los más remotos tiempos, desde el principio de la humanidad, estos factores han tenido una enorme influencia por su positiva trascendencia. El primero, la navegación, ha servido siempre para dar un conocimiento más exacto del mundo en que vivimos así como para poner en contacto los hombres más extraños y diferentes en cuanto a raza, costumbres y cultura.

En el tiempo en que Portugal decidió aventurarse en los mares desconocidos, el ambiente era más difícil debido a tantas y diferentes opiniones, ideas y supersticiones existentes acerca de la forma y constitución de nuestro planeta.

Los Descubrimientos, entendiéndolos por tales el gran ciclo histórico que lleva este nombre y que fué iniciado por Portugal, además de haber dejado a su terminación un conocimiento casi completo del globo terráqueo, mediante la aportación de verdades irrefutables que echaron por tierra tantas ideas erróneas basadas en las afirmaciones que hasta entonces habían sido consideradas como inmutables y divinas, aportaron a Europa un desarrollo más completo del espíritu moderno ya que los descubridores día a día se daban cuenta de las inexactitudes de muchas creencias seculares, perdiéndose así la fe absoluta que se tenía en los libros clásicos, prefiriéndose mejor la observación directa.

Por eso Duarte Pacheco en su "Esmeraldo" dice: —"La experiencia es madre de las cosas y por ella sabemos radicalmente la verdad" y agrega: "La experiencia nos ha enseñado; la experiencia nos hace vivir sin engaño de los absurdos y fábulas que algunos cosmógrafos antiguos escribieron acerca de la descripción de la tierra y del mar; . . . que la mayor parte del saber de tantas regiones y provincias fué para nosotros y que nosotros desfloramos y en esas cosas nuestra nación portuguesa precedió a todos los antiguos y modernos en tanta cantidad que justamente podemos decir de ellos, comparados con nosotros, no sabían nada". (1)

El naturalista portugués García da Orta, fué al Oriente y pudo comparar las drogas indianas que tuvo en sus manos con las que describían los autores clásicos e hizo patentes las inexactitudes de los textos antiguos que comprendían tales descripciones. En uno de sus Coloquios, en el "Coloquio Pimenta" hace exclamar a uno de sus personajes: —"Sabemos más ahora en un día por los portugueses que lo que sabíamos en cien años por los romanos". (2)

Y Luis de Camoens en su obra "Los Lusíadas" dice:

"Digam agora os sabios da Escritura.

Que sagredos sao estes de Natura". (3)

En cuanto al comercio, aspecto fundamental en la historia económica de los pueblos, ocupa un lugar preeminente en el curso de los acontecimientos que influyeron activamente en la historia de los lusitanos. En efecto, ¿qué pueblo no lo ha practicado?, ¿qué pueblo no se ha visto obligado a efectuar el trueque de sus productos y mercancías por los exóticos y lujosos de que se dispone?

Desde el cambio o trueque primitivo hasta el complicado sistema comercial de la actualidad, han tenido siempre la misma finalidad: el intercambio de productos para la completa satisfacción de las necesidades humanas. Tal importancia puede darse al aspecto comercial de los pueblos que podría decirse que su historia depende grandemente del comercio más o menos activo que hayan tenido.

Pero Portugal, el pueblo influenciado por los factores expuestos,

(1) Antonio Sergio de Sousa.— "Historia de Portugal" —Págs. 108 y 109.

(2) Antonio Sergio de Sousa.— Obra citada.— Pág. 110.

(3) Antonio Sergio de Sousa.— Obra citada.— Pág. 113.

pequeño pueblo que hasta entonces no había sobresalido ni tenido casi significación en la historia universal, no estaba preparado ni en condiciones de resistir las consecuencias naturales que las ganancias, beneficios y riquezas obtenidas, lógicamente habrían de producirse.

Por eso no supo o no pudo aprovechar las ganancias, posiciones y recursos adquiridos, que en lugar de conducirlo por el camino de la prosperidad y del bienestar inherentes, cegóse con el rápido brillo adquirido y al verse colocado en la cumbre del éxito, en el esplendor de su gloria, consideró que la actitud más digna o conveniente era la de la inactividad y pereza, la de ver trabajar a sus súbditos y la de recibir las ganancias obtenidas y derrocharlas a manos llenas.

Su irreflexión le impidió prepararse para prevenir los futuros problemas, y cuando llegó el momento en que comenzó a declinar su poderío percibiéndose la decadencia, todos sus esfuerzos, todos los trabajos desplegados para evitar la ruina, y que en honor a la verdad no fueron muchos, resultaron inútiles.

Su encumbramiento fué corto, su preponderancia fugaz, su enorme gloria efímera en lo material, aunque imperecedera en la acción. Pero si no supo mantenerse firme ni pudo conservar sus triunfos, esto no impidió que el breve tiempo de su predominio en el Oriente fuera suficiente para colocarlo en un lugar digno, en un sitio de honor en la Historia de la Humanidad.

Nadie podrá discutir ni arrebatarle esa gloria a Portugal por haber sido él quien propició uno de los más grandes movimientos en el mundo, el afán e impulso necesarios para que se produjeran los grandes descubrimientos geográficos que habrían de revolucionar virtualmente todas las fases de la Historia del Universo.

CAPITULO I.

RELACIONES COMERCIALES DEL ORIENTE.

Las relaciones comerciales con la parte oriental del mundo comenzaron desde los tiempos más remotos, desde que los pueblos que alcanzaron algún grado de civilización se dieron cuenta de las riquezas de aquellas tierras y de la necesidad que tenían de sus productos. Así, las especias, aromas, objetos raros y lujosos de la India; las grandes cantidades de oro, plata, perlas, piedras preciosas, ámbar, almizcle, canela y diversas variedades que extraían de la Taprobana; el Oro en polvo y en grano, marfil, elefantes y demás animales exóticos, amén de los esclavos que proporcionaban las costas occidentales de África y la variada producción de la China y la Arabia, llamaron poderosamente la atención y atrajeron a los comerciantes que entrevieron las posibilidades ventajosas que obtendrían con este comercio.

CONOCIMIENTO DE LA INDIA EN LA ANTIGUEDAD.— En aquel entonces el conocimiento de la India desde todos los puntos era erróneo; no se la limitaba en el Ganges, sino que por el contrario, se le daba una extensión hacia el resto del Asia. Generalmente se la limitaba al Norte y Occidente por las grandes cordilleras y al Sur y Oriente por el Océano.

La luz que Alejandro había dado sobre estas regiones se extinguió, y los relatos hechos por algunos de sus soldados como Nearco y Onesicrito fueron considerados como alterados por su fantasía y en consecuencia no dignos de crédito. Así pensaron Estrabón y Arriano. (1)

En el extremo del Levante colocaban los antiguos tres naciones diferentes, que eran: los Scytas orientales —tártaros del Norte de Chi-

na—; los Seres —en la parte Septentrional de China— y los Sinos —en la parte Meridional—. El Cathay comprendía parte del país de los Seres y por el Norte hasta el de los Scytas. La parte Septentrional era el Caracathay, llamado por los geógrafos árabes Gog y Magog.

Por lo que respecta al conocimiento que tenían del Africa, se limitaba al territorio ocupado por las colonias griegas y fenicias en la costa septentrional.

COMERCIO REALIZADO POR LOS ANTIGUOS.— Sin embargo, los antiguos pueblos tuvieron un comercio más o menos activo en estas regiones, que aunque no conocidas en su totalidad, les ofrecían, como se ha dicho anteriormente, gran variedad de objetos y productos naturales.

Sus propios habitantes hicieron un intercambio comercial entre sí, por lo que algunos autores no consideran estas tierras como las primeras comarcas comerciales, sino como "la primera cuyas producciones han sido objeto de cambios tanto internos como internacionales". (2)

Su comercio interior queda demostrado por los caminos encontrados por Alejandro en sus diversas expediciones. Independientemente de su comercio terrestre, su comercio fluvial era considerable; existiendo en el interior del país depósitos comerciales como los de Ozene al Norte y Tágara y Plutana en el Dekán al Mediodía.

Los navíos que usaron para su navegación fluvial fueron hechos de gruesas cañas que se producían en abundancia en sus lagunas y a las que naturalmente no afectaba la humedad. Estas naves tenían dos proas, debido a que los angostos canales no les permitían dar vuelta.

Los navegantes indios primitivamente se orientaban por el vuelo de las aves que llevaban consigo y que soltaban cuando querían saber hacia dónde se encontraban las tierras más próximas. Sin embargo, cuando los portugueses doblaron el Cabo de Buena Esperanza encontraron que en Melinda y Mozambique había pilotos, que sirviéndose de instrumentos científicos conocían perfectamente el camino a la India, contribuyendo así al desarrollo del comercio que se realizaba con este país. Arriano habla, describiendo el Golfo Pérsico, de dos puertos a los que llegaban las naves de la India llevando cobre, maderas preciosas y cuernos y en donde, al mismo tiempo, abastecían

sus barcos de perlas, telas de púrpura, vinos y esclavos para Arabia y la India.

En los primeros tiempos no practicaron el comercio exterior ni marítimo ni terrestre; pero sí permitieron que se realizara por medio de intermediarios a los que dejaron en el litoral occidental de la India propiamente dicha, plazas comerciales como Berygaza, Patala y Muciris, así como la isla de Taprobana que fueron verdaderos emporios del comercio

A pesar de que casi todos los autores están de acuerdo en negar el comercio exterior de la India en sus primeros tiempos, se cree que tal vez haya habido transacciones con la península del otro lado del Ganges, comprendiendo la península de Malaca y probablemente algunas otras comarcas (Ava, Pegú, Aracán), y que estos cambios sólo los practicaran los indígenas, así como que el comercio marítimo lo realizaran con la ayuda de los malayos. (3)

En lo referente al África los naturales también realizaron comercio entre sí, siendo sus cambios, por falta de buenos ríos, únicamente terrestres. Herodoto habla de este comercio en su libro de Egipto y Libia. Así mismo se tiene conocimiento del comercio por medio del trueque entre Egipto y Etiopía, rica región que producía gran cantidad de oro, piedras preciosas (contaba con minas de esmeraldas), marfil, cinamomo, mirra; productos muchos de los cuales ya no encontraron los portugueses.

La misma forma de comerciar se realizó entre los Seres, quienes eran muy alabados por su humanidad y parsimonia y que sin embargo nunca admitieron una relación directa con aquellos que querían comprar sus productos empleando, por tanto, el sistema de exhibir sus artículos en sus fronteras y mantenerse alejados de ellos.

Con lo anteriormente expuesto nos damos cuenta de la actividad comercial de aquellos lejanos países que más tarde habrían de atraer, por sus legendarias riquezas, a los más extraños comerciantes.

Desde la época de Salomón dicho comercio había alcanzado cierta importancia y según algunos autores el Cabo de Buena Esperanza había sido doblado varias veces —gloria que se adjudican los portugueses.— (4) El comercio más intenso en este tiempo se hizo por la costa de Ophir, a la que llegaban además de fenicios y hebreos, navíos procedentes de la China y de la India.

De los pueblos antiguos que comerciaron con el Oriente podemos

citar, desde luego, a Egipto cuyo intercambio comercial con la India fué bastante importante; no sabiéndose con exactitud hacia que época comenzó dicho intercambio. Para algunos autores se remonta hasta los tiempos de la guerra de Troya y de Salomón; (5) para algunos otros fué a partir del gobierno de Sesostriis o un poco antes. No obstante, la mayoría tienen la opinión común de que comenzó a ejercitarse en el tiempo de Ptolomeo Philadelpho que abrió un camino comercial desde Alejandría a la India, comercio que sus sucesores siguieron sosteniendo. El tránsito se hacía de Coptos a Berenice (en la costa del Mar Rojo) para dirigirse a la India y traer ricos géneros que los egipcios vendían provechosamente; sus flotas no llegaron más allá del Indo.

Llegaban también a Egipto, principalmente a Coptos que era el almacén general, además de las mercancías de la India, las de Arabia y Etiopía. Durante la dominación romana este comercio fué intensificado.

Con mayor razón tuvieron que practicar el comercio con el Oriente los fenicios que representan al pueblo comerciante por excelencia de la antigüedad. En sus inmensos recorridos tenían que llegar forzosamente al Africa y al Oriente fundando, como era su costumbre, colonias que les servían de bases comerciales. A este pueblo de navegantes se le atribuyen los descubrimientos más antiguos y lejanos. Por el Mediodía llegaron hasta el Golfo Pérsico, el Arábigo y la costa occidental de la India; su mercado principal de especias lo tuvieron en Tur en el Golfo Pérsico.

Fueron los fenicios también los primeros en llegar al Ponto Euxino, cuya importancia comercial siempre ha sido primordial tanto por su situación geográfica como por sus productos naturales (trigo, manteca, sal, pescado, caballos, pieles).

Del mismo modo babilonios, caldeos, medos y persas comerciaron con las regiones orientales sucediéndose en la dominación del Asia occidental; Babilonia y algunas ciudades persas como Omana y Arsacia alcanzaron con ello una situación preferente.

El comercio interior de Asia, sobre todo el terrestre, alcanzó gran incremento debido a las caravanas que periódicamente recorrían una ruta trazada de antemano; llegaban a distintas estaciones que eran verdaderas colonias consagradas a las diferentes divinidades bajo cuya protección hacían toda clase de negocios.

Maracanda y Samarcanda (comprendidas en la Gran Bucaria) constituyeron plazas de la mayor importancia. En Maracanda quedaban una gran parte de las mercancías que eran obtenidas por los comerciantes del Asia Central que acudían a este lugar. De este punto las caravanas se dividían para llegar a diferentes metas: el Mar Caspio, el Negro y el Mediterráneo.

Babilonia se convirtió también en uno de los primeros depósitos de las mercaderías orientales, alcanzando mayor importancia aún porque muchas de las materias primas que recibía salían ya elaboradas, como sucedía con las telas de algodón y de lana, las piedras preciosas que tallaban admirablemente, las armas, los perfumes etc. El Éufrates y el Tigris le fueron sumamente útiles para su comercio interior. Con la India traficó directamente por mar.

Omana recibía de la India y especialmente de Berigaces navíos cargados de especias, cobre y maderas preciosas, y de Cana, centro comercial de Arabia, el incienso; a su vez exportaba en sus pequeñas embarcaciones, atadas y cosidas unas a otras, dátiles, vinos, púrpura, perlas y esclavos.

El comercio de la India y de la China lo realizó Persia por el mar Caspio y a través del río Oxo.

Los antiguos pueblos del Mediterráneo tampoco fueron ajenos al tráfico con el Oriente, tanto por la necesidad que sentían de sus artículos, como por la utilidad que obtenían al realizarlo.

Grecia, con sus colonias establecidas en las costas de Asia Menor, al darse cuenta de los beneficios que le reportaría este tráfico, fundó colonias de carácter comercial en las Costas del Mar Negro (comunicación del Oriente con el Occidente), tales como la ciudad de Tanais —la actual Azof—, fundada por ellos en el Bósforo. En Egipto lograron que les asignaran la ciudad de Neucratis para el despacho de sus mercaderías, así como para radicar en ella, logrando también que en otros lugares del país les permitieran una libertad comercial.

Fueron pues, las colonias griegas de Asia Menor, las principales intermediarias. Mileto, ciudad de la Liga Jónica, fundó trescientas ciudades sobre las costas del Ponto Euxino y sostuvo relaciones comerciales activas con el interior del Asia; a Sardes llegaban casi todas las mercaderías de esta parte del mundo; Frigia estaba en un lugar excelente porque su capital quedaba en el camino de Babilonia y Per-

sépolis, al mismo tiempo que servía de descanso a las caravanas que comenzaban su camino en Efeso y terminaban en China.

Los griegos fundaron también colonias en la costa septentrional del Asia Menor, esto es, desde el Helesponto hasta el Cáucaso, tales como Sinope, Lausaca y Bizancio.

Las caravanas griegas con rumbo al Oriente salían de las costas del Mar Negro, siendo Olbia el principal punto de partida; cruzando el Don y el Volga franqueaban el Ural hasta Samarcanda y Bactra para unirse en este lugar a las que se dirigían a la India y la China, realizando el ansiado comercio.

En estas regiones no podían faltar las armadas romanas, las que efectuaban la compra de los más disímiles objetos para llevarlos a sus ciudades en donde con su venta obtenían fabulosas ganancias, ya que la mayoría de dichos efectos satisfacían su exagerado afán de lujo.

Apenas se convirtió Egipto en provincia romana, el comercio que se efectuaba con la India aumentó considerablemente. Alejandría no decayó al ser conquistada, sino que por el contrario, adquirió mayor esplendor por ser uno de los puntos por los que se verificaba más intensamente el intercambio de los productos de la India con Roma.

Hasta la época de Augusto la salida de navíos para la India era muy irregular, siendo él quien comenzó a organizar el tráfico mandando verdaderas flotas mercantes con gente capaz de defenderlas de los piratas. Las flotas seguían comúnmente la ruta establecida por Alejandro, aun cuando su afán por traficar los obligó a buscar caminos más cortos apartándose un poco de las costas. Las flotas que salían de Egipto zarpaban a mediados del verano haciendo escala en Arabia donde trocaban algunas de sus mercaderías dirigiéndose después a los puntos mercantes de la India, y efectuando su retorno a principios del invierno.

Roma recibía, por conducto de Alejandría: especiería, lencería, papel, vidrio, lino, etc.; y lo que adquirían esencialmente de la India eran piedras preciosas, perlas, marfil y telas de seda que procedían de la Serica, mercaderías que, a veces llegaban por caminos más directos sin tener que pasar por Alejandría, es decir, directamente de las orillas del Eúfrates hacia el Mediodía del Mediterráneo. De Arabia recibía Roma incienso, mirra y perfumes y de Etiopía esclavos y animales feroces para los circos.

El imperio romano contaba con varias armadas para la realización de su comercio: la armada de Alejandría que comprendía la de la India y la de Etiopía utilizando los canales del Nilo; la de África para el comercio y abastecimiento de trigo y otra armada más destinada al Oriente solamente y cuyo puerto principal era Seleucia, ciudad de Siria a orillas del río Oronte. También existía la armada que efectuaba el tráfico en el Ponto Euxino.

Basándose en lo anteriormente expuesto, podemos afirmar que todos los pueblos de la Antigüedad se sintieron poderosamente atraídos por las inmensas riquezas que representaban las diversidades de productos del Oriente y que posteriormente habrían de atraer a los ambiciosos pueblos europeos.

RUTAS COMERCIALES MAS USADAS EN LA ANTIGÜEDAD.—Existieron ininidad de rutas que comunicaban a los principales emporios comerciales del Asia; caminos larguissimos plagados de obstáculos que al ser cruzados penosa y lentamente por las caravanas, hacían que al final de su destino los productos obtenidos adquirieran precios exorbitantes.

Uno de los caminos más transitados era el que comunicaba Malabar y Cambaya con Alejandría tocando puntos intermedios como Aden y el Cairo.

Después de la expedición de Alejandro la ruta más común se efectuaba por el promontorio de Siagros hacia Zigero, puerto de la India.

Plinio, (6) habla de la ruta que seguían los mercaderes romanos, yendo de Alejandría al puerto de Berenice de donde partían a mediados del estío rumbo a Ocelis —puerto de Arabia— o al de Cana, un poco más al Oriente. Habla también del puerto de Muza que sólo se dedicaba al comercio de incienso y otros aromas de Arabia. De estos puertos las flotas romanas se dirigían a la India de donde no efectuaban el regreso sino hasta el solsticio de invierno.

Existían además otras muchas rutas como la que conducía de Moscovia a China; la que llevaba a la India pasando por Samarcanda y navegando por el río Oxo para llevar las mercaderías al Mar Caspio, de allí al Volga, al Tanais y luego al Ponto Euxino hasta el Mediterráneo. Otra ruta se servía de Bogar, ciudad más próxima al Oxo y a la que llegaban las mercaderías del Cathay, la India y Persia. Había rutas más septentrionales y una directa del país de los Seres al Oxo. (7) Por Candahar se mantenía abierto el comercio entre Persia

y la India; a las caravanas que venían de la India se agregaban los mercaderes que venían del Mar Negro y del Caspio para encontrar la ruta de Candahar, ciudad muy rica en pedrería, telas de oro y seda, géneros de valor, etc. Por el Norte tenían la ruta del desierto de Gobi en donde practicaban el comercio bactrianos en su mayoría bajo el dominio de Persia. Las caravanas se tardaban por esta ruta por lo menos tres años; podían seguir un camino más corto pero más peligroso atravesando las montañas del Tibet, separándose en Bactres para ir a China o hacia Persia.

Tales rutas por su considerable extensión e innumerables dificultades en su recorrido hacían que se registrara un elevado costo en las mercaderías que, sin embargo, seguían siendo objeto de gran demanda por parte del mundo occidental.

El comercio marítimo lo llevaron a cabo los árabes con mayor facilidad y menores gastos que el terrestre, tráfico que se tradujo en un gran enriquecimiento para ellos, máxime cuando obtuvieron concesiones y contaron con establecimientos en las costas. Tuvieron en sus manos este intercambio hasta la aparición de los portugueses en los mares que hasta entonces habían estado bajo su dominio comercial.

DESARROLLO DEL COMERCIO ARABE.— Después de la India, Arabia fué considerada como la que poseía los más ricos productos; contaba con piedras preciosas, oro de su propio país, minas de hierro y cobre, marfil, pimienta, cera, miel, incienso, aromas, etc. Era llamada la Arabia Feliz con los comerciantes egipcios, fenicios y sirios que acudían a ella para obtener toda esta variedad de artículos.

Así pues, Arabia alcanzó este lugar privilegiado en el comercio tanto por su posición geográfica como por los productos que de su suelo se obtenían.

Su comercio tuvo mayor auge a partir de la época en que Mahoma lo santificó y durante la dominación de los abassidas que colocaron la actividad comercial en un lugar privilegiado.

Muchas fueron las ciudades beneficiadas por este comercio, ciudades que llegaron a tener renombre universal y a las que acudían gentes de todas partes; tales fueron Damasco y la región de Siria en la época de los omníadas. Damasco fué considerado como un centro industrial muy importante, independientemente de que era el paso obligado de las peregrinaciones a la Meca. Durante la dominación de los abassidas, Bagdad fué el centro de comercio y el depósito de las mer-

caderlas de la India, efectuándose por Bassora las exportaciones e importaciones marítimas de los árabes. En las cercanías de Samarcanda y Bokara tuvieron bajo su dominación el llamado "Paraíso del Asia", del cual extraían los productos que sirvieron para el intercambio con la China, tales como: pieles, cueros, trigo, frutos y sal gema que trocaban por ruibarbo, almizcle, bórax y turquesas del Tibet.

Chiraz fué otra ciudad comercial e industrial árabe en la costa oriental del Golfo Pérsico, en donde se encontraba también Ormuz, principal depósito del comercio marítimo de los árabes con la India.

La zona que abarcó el intercambio árabe fué muy extensa, se dirigió al Asia y al África, tierras de abundancia que aunadas a su propia riqueza los convirtió en los más ricos traficantes. Su comercio terrestre tuvo la misma importancia que el marítimo y ambos abarcaron la mayor parte del intercambio de los árabes.

RELACIONES COMERCIALES QUE TUVIERON CON LA INDIA.—

Una vez conquistada Persia, que como se ha observado tenía relaciones comerciales con la India, los árabes las continuaron e intensificaron, fundando para el comercio marítimo Bassora y para el terrestre varios establecimientos en territorio hindú, en donde se conocía a Arabia con el nombre de Yavanen o País del Incienso. (8)

Bajo el gobierno del califa Omar, sometieron una parte del Pendjab y por el Norte llegaron hasta el Chinab —afluente del Indo—; sus establecimientos en esta parte además de comerciales fueron militares y limitaron el comercio de la parte Septentrional del Indostán.

Los mercaderes árabes gozaron de grandes prerrogativas con el rey del territorio que comprende el actual Bombay, multiplicándose sus establecimientos en la costa Malabar y apareciendo ciudades como Sendabour, Mangalore, Fandarina, Calcuta y Caucamali (a la que llegaba la pimienta). La sede del gobernador árabe era Moultan.

Llevaban a las islas Maldivas los cordajes de palmeras para juntar las piezas de sus embarcaciones, llevaban también ropa, pescado, miel, etc. De Ceilán obtenían piedras preciosas, canela y nuez moscada.

El comercio marítimo efectuado por ellos le volvió a prestar importancia al Golfo Pérsico. Su navegación de cabotaje los llevó a la costa Coromandel, a las islas Nicobar y de allí a las de Sonda, arribando probablemente a Java, Sumatra y Borneo de donde obtuvie-

ron alcanfor, madera de sándalo, alumbre, ébano, marfil, etc. Llegaron hasta Malaca, Siam y la Conchinchina, llevando hasta estos puntos los productos que habían obtenido en la India.

Sus relaciones con la China se llevaron a efecto bajo la dominación de los abassidas cuando los árabes penetraron hasta las metasetas del Asia central, encontrándose con los chinos que bajo el reinado de Yang tuvieron relaciones comerciales amistosas con los árabes. Desde el siglo VII se tiene noticia de la existencia de una mezquita en Pekín. Este comercio lo hacían los árabes principalmente por tierra, llevando telas, tapices, objetos de cobre, sal amoníaco, granos, así como caballos de Persia, que trocaban por productos chinos como porcelana, papel, trabajos en madera y marfil, seda, etc. Gozaron el privilegio de penetrar al interior de China.

RELACIONES CON AFRICA.— Estas relaciones que lograron los árabes hicieron aumentar su influencia en las zonas comerciales. De Trípoli, Túnez y Argel, que era la región más fértil ocupada por el islamismo, obtenían azúcar, dátiles, algodón, lana, madera, plata, etc., siendo su centro comercial Kairowan, a donde acudían comerciantes de todas partes. Fez y Mauritania alcanzaron gran prosperidad por la relación que sostuvieron con Túnez, Bone, Bougia y Argel, principales puertos del Mediterráneo en donde se volcaban la inmensa variedad de productos asiáticos. Del interior del continente africano obtenían el marfil, ébano, plumas de avestruz y una gran variedad de animales selváticos.

Egipto les otorgó concesiones especiales para su comercio. El Alto Egipto les brindaba piedras preciosas, hierro y cobre. Su posición geográfica hubo de colocarlo como el principal asiento del tráfico interior de las poblaciones árabes.

Recorrieron toda la costa oriental de Africa, los puertos de Siraf y Ormuz en el Golfo Pérsico; sus navíos llegaron a la isla de Socotra. En toda esta trayectoria fundaron establecimientos que más tarde conquistarían los portugueses.

En cuanto a su comercio con los territorios cercanos al Mar Negro y en especial con Constantinopla no fué trascendental.

Era pues, vastísima la red comercial árabe y consiguientemente enormes los beneficios obtenidos. Así, al notar la aparición de los portugueses y verlos comerciar en sus dominios, se vieron obligados a reaccionar en una forma enérgica para librarse de sus nuevos competidores.

CONSTANTINOPLA, CENTRO COMERCIAL DE LA EDAD MEDIA.—

Al principiar esta nueva etapa histórica, el comercio resintió muy desfavorablemente los cambios totales y la inseguridad que siguieron a las invasiones de los bárbaros. Las relaciones comerciales que existían entre el Imperio Romano y el Oriente se suspendieron casi en su totalidad, aunque siempre quedaron algunas ciudades que siguieron manteniendo tales intercambios pero en forma muy deficiente.

Una vez terminado el periodo de las invasiones bárbaras y que se renovó la organización de las sociedades en Europa, lentamente el comercio a adquirir un grado muy adelantado en su desarrollo. Al principio tropezó con trabas casi infranqueables en virtud de que el feudalismo dictaba infinidad de impuestos; pero no faltaron pueblos que hicieran a un lado estos prejuicios y se dedicaran de lleno al comercio esencialmente con el Oriente.

Durante la crisis del comercio, fué Constantinopla el núcleo que mantuvo latente la relación comercial entre Oriente y Occidente. Su importancia comercial la debió exclusivamente a su excelente situación geográfica, situación que había inspirado a los griegos, en el siglo VII antes de nuestra era, a fundar la ciudad de Bizancio.

A Bizancio llegaban todos los productos del Ponto Euxino: esclavos, ganado, pescado de salazón, mieles, ceras, cereales, etc.; tuvo intercambio comercial con la India y la China; pero estuvo muy lejos de igualarse con el que se llevó a cabo en Alejandría en la misma época.

Constantino la hizo prosperar y su importancia no se debió exclusivamente a los bizantinos, sino también a los pueblos comerciantes que atraídos por su posición geográfica llegaban a ella para efectuar sus operaciones. La prueba de esto es que antes que los italianos llegaran a Constantinopla y la convirtieran en un verdadero emporio comercial, su importación superaba a su exportación y Alejandría la abastecía de los productos de la India. Los griegos de Constantinopla recibían muchas mercancías por conducto de los árabes.

Durante los siglos XV y XVI llegó a tener relaciones terrestres directas con la India, siguiendo sus caravanas el camino que pasaba por Samarcanda.

Su comercio con Europa hasta antes de las Cruzadas, fué verdaderamente insignificante.

La decadencia de los bizantinos en el aspecto comercial se inició con la aparición de los venecianos en el Mar Negro que hasta entonces

había constituido un privilegio exclusivo de Constantinopla. Los bizantinos no tuvieron más remedio que abrirles sus puertas a los venecianos y hacerles algunas exenciones en sus importaciones y exportaciones, en lo que a impuestos se refiere. Los nuevos traficantes de esta región obtuvieron mayores beneficios todavía, durante la época de las Cruzadas en que Constantinopla fué un punto de paso de los cruzados al Oriente.

Al ponerse en contacto el Oriente y el Occidente por medio de este movimiento religioso, el comercio sobresalió de entre todas las actividades. Los occidentales al conocer los usos y costumbres de los orientales, al saber de sus inclinaciones hacia el lujo y refinamiento sintieron y se crearon nuevas necesidades que sólo el intercambio comercial podía satisfacer. Sin embargo, en sus principios, el aprovisionamiento que hizo el Asia al Occidente de sus diversos productos fué poco intenso.

El puerto de la Europa Occidental que durante las Cruzadas sostuvo relaciones comerciales con el Oriente fué Marsella que llegó a obtener en el reino cristiano de Jerusalén los mismos privilegios que las ciudades italias. Su lugar lo ocupó más tarde (cuando Carlos de Anjou la privó de su independencia) la República de Génova.

En estas condiciones se encontraba el comercio de Oriente cuando las repúblicas italianas prosperaron rápidamente y lograron gran parte de este beneficio.

IMPORTANCIA COMERCIAL DE LOS ITALOS.— Al hablar del comercio efectuado en el Oriente, es casi una obligación hablar de los italianos, que verificaron una labor tan intensa en esta actividad, sirviendo de intermediarios habílsimos entre el Oriente y el Occidente hasta la aparición en estos mares de los primeros navíos portugueses y españoles.

La navegación y el comercio fueron actividades obligadas para los habitantes de las repúblicas italianas, tanto por su situación como por la estrechez de su territorio. Los italianos, como todos los pueblos que se han establecido y prosperado en las costas, se sintieron atraídos por el mar para desarrollar un comercio marítimo.

Cuatro fueron las ciudades italianas que se distinguieron por su comercio con el Oriente: Amalfi, Pisa, Génova y Venecia; las dos últimas alcanzando una significación y una preponderancia absoluta hasta el arribo de los lusitanos

Al dedicarse a la misma actividad se convirtieron en rivales; una república completamente independiente vela en la otra a su más acérrimo enemigo; el odio que se profesaban las hizo entablar luchas a muerte, guerras larguísimas de las que salió vencedora, por último, Venecia. Pero esta enemistad, esta rivalidad benefició grandemente al comercio, ya que cada una de ellas quería sobrepasar a las otras en la intensidad comercial.

Los beneficios que obtuvieron con este comercio las colocó en un lugar privilegiado y despertó la envidia por parte de las demás naciones, que aunque ya tenían conocimiento de los tesoros que encerraba el Oriente, al ver el florecimiento que alcanzaron Génova y Venecia y el refinamiento en que sus habitantes se desenvolvían, pensaron en arrebatarles de sus manos esta hegemonía.

Después de la ruina de Amalfi y Pisa fueron Génova y Venecia las que surtieron de todos los artículos del Oriente a Alemania, Francia, Países Bajos e Inglaterra. Los caminos militares de los Alpes se transformaron en caminos comerciales y gracias a ellos, ciudades como Ausburgo, Ratisbona y Nurenberg, alcanzaron un lugar inmejorable al convertirse en sucursales de las repúblicas italianas.

Durante las Cruzadas los italianos, a cambio de sus servicios, pidieron y obtuvieron de los cruzados concesiones para su comercio. A principios del siglo XII había establecimientos italianos en el Oriente.

La iniciación de este floreciente comercio es un tanto obscura; supónese que comenzaron con una navegación de cabotaje y que esa navegación llegó por el Occidente hasta Francia y por el Oriente hasta las provincias griegas del Adriático y del Jónico; pero sin saberse con exactitud cuando llegaron y traficaron con el Levante. Ya en los siglos VII y VIII Europa consumía productos del Oriente que tal vez llegaban Constantinopla pero con intervención de las ciudades italianas.

La primera de ellas que se ocupa de este intercambio es la república de Amalfi cuya marina comenzó a adquirir importancia al ser atacada varias veces por los árabes; su significación comercial comenzó en Sicilia en donde llegó a contar con varios almacenes y por el siglo X sus navíos llegaban hasta Alejandría y Beyruth. Sostuvo relaciones con el imperio griego y Constantinopla.

Su supremacía fué efímera. Fué conquistada por los normados en 1131 y más tarde, en 1137, tomada por los pisanos perdió su preponderancia. Sus sucesoras, Génova y Pisa, tomaron de Amalfi sus leyes

de navegación que habrían de ser las bases para formar el Consulado del Mar; así como la brújula, invención atribuida a un amalfitano. Pisa sucedió a Amalfi en el poderío comercial de los siglos X al XII.

La extensión del comercio pisano es digna de tomarse en cuenta. Conquistó Córcega y Cerdeña así como las islas Baleares, siendo de esta manera como precedió a Génova en el Mediterráneo occidental. En Sicilia comerciaba con los normandos, en España y África con los sarracenos, en España explotaba las salinas, de Francia importaba las **lanas** que alimentaban su industria, en Constantinopla comerciaba con varias factorías y con un barrio para sus mercaderes; tenía las plazas de Joppe, San Juan de Acre, Trípoli, Laodicea y Antioquia.

Su rival, con la que entabló una larga lucha por la posesión de Córcega y Cerdeña fué Génova, quien al fin, tras de destruirle su flota, le arrebató todos sus dominios.

Florenia ocupó el puesto de Pisa en el aspecto industrial. En 1425 reclamó los privilegios comerciales de dicha república, por lo que desde entonces fueron algunos navíos florentinos a Alejandría. Florenia no contó con colonias propiamente dichas pero sí con despachos en casi todas las ciudades emporicos de comercio.

Génova y Venecia alcanzaron un lugar preponderante en el comercio. El poderío de ambas fué paralelo por lo cual las luchas empeñadas entre ellas fueron terribles tanto en el aspecto militar como en el de la política empleada independientemente para con los monarcas orientales, con el fin de obtener tratados amistosos en beneficio propio. De las luchas entabladas entre sí, una tenía que salir vencedora: Génova fué desplazada y Venecia adquirió casi el monopolio absoluto del comercio con el Levante.

El poderío genovés (1261-1369) comenzó a desarrollarse con la restauración del imperio griego en Constantinopla, ya que como compensación a la ayuda que había brindado para el logro de esa restauración, obtuvo de los emperadores griegos privilegios para su comercio. Hasta entonces habían sido los venecianos los que ocupaban el primer lugar del mercantilismo en Constantinopla. Entre otros privilegios obtuvieron la plaza de Smirna que les perteneció completamente y ocuparon con exclusividad los arrabales de Perá y Galata, que posteriormente debían formar el barrio cristiano de Turquía. Los venecianos fueron arrojados de Tana, su emporio comercial, siendo substituído por Caffa que pasó a formar parte del poderío genovés.

La soberanía comercial de Génova se extendió en varias ciudades de la Crimea donde obtenían granos, ganado, alumbre y sal. De allí pasaron al Cáucaso cuyas regiones les ofrecían riquezas metálicas y llegaron por el Mar Negro a plazas como Trebisonda, Sinoppe y Sebastopol desde donde traficaban con el interior de Asia, Armenia y Persia.

En Génova existía una autoridad para los negocios de Crimea y en Caffa un magistrado para juicios y litigios entre los súbditos tártaros de la república.

La preponderancia del comercio genovés con el Oriente se vió reducida al Mar Negro, lo que la hizo descuidar su establecimiento en el Egipto a pesar de que las circunstancias le eran favorables. Cuando se dió cuenta de ello y quiso intentarla se encontró con que era demasiado tarde por que los venecianos habían tomado la delantera, influyendo para que su decadencia se precipitara en el Oriente. En el Occidente logró mantenerse por más tiempo comerciando con España y Francia y extendiéndose algunas veces hasta los mercados de Londres y Brujas.

Sin embargo, su marina sobrevivió a su ruina comercial; el mismo rey de Portugal tomó a su servicio a varios experimentados pilotos genoveses para que constituyeron la base de la marina portuguesa.

El campo comercial, el intercambio de los productos que satisfacían la insaciable sed de lujo entre los occidentales, quedaba libre para los venecianos, quienes aprovechando tales magníficas oportunidades alcanzaron un lugar que hasta entonces nadie había logrado.

Las estrechas islas en las que se refugiaron los venecianos al huir de las hordas de Atila, les indicaron que la actividad a la que debían dedicarse era a los beneficios marítimos. La pesca satisfacía sólo una pequeña parte de sus necesidades. En cambio entrevieron que su magnífica situación geográfica sería el punto clave para el intercambio comercial; se constituirían en un puerto por el que todos los traficantes tendrían que pasar, un puerto en el fondo del Adriático en la desembocadura del Po.

El primer monopolio de Venecia fué el de la sal, pues acaparó todas las salinas de las tierras que frecuentaba en sus navegaciones. Esta rama de su comercio le proporcionó incalculables beneficios durante largos siglos.

Su marina hubo de fortalecerse rápidamente en virtud de la necesidad de repeler los continuos ataques que sufría por parte de los pira-

tas, apareciendo así en el Mediterráneo el famoso pabellón de San Marcos.

La legislación y la política de Venecia fueron la causa principal del magnífico desarrollo de su comercio, ya que siempre tuvieron como única mira la de aprovechar en bien propio todas las circunstancias que se presentaban y en otorgar la mayor garantía tanto a venecianos como a extranjeros que acudían a esta ciudad lacustre en busca de bienestar y trabajo.

Sus primeros tratados amistosos fueron con los pueblos de su península con el fin de tener libre acceso a todos los puertos y ciudades importantes. Carlomagno reconoció su independencia e hizo que el emperador griego la reconociera también; ambos se sirvieron varias veces de la marina veneciana para aprovecharla en distintas actividades.

Desde el siglo VIII su comercio con el Oriente fué considerable. Los venecianos procuraron siempre cultivar la amistad de los monarcas orientales y cuantas veces fué necesario pidieron permiso al Papa para traficar con los infieles, aunque nunca tuvieron el menor reparo en titular sus tratados: "En nombre del Señor y de Mahoma".

En Africa, desde los siglos VII y VIII, acudieron a los puntos más accesibles con el objeto de cargar sus barcos de granos, lanas, maderas tintóreas, etc., y hasta esclavos que vendían a otros africanos o los moros de España. Desde el siglo IX su legislación tendió a hacer cesar su comercio de ébano.

El comercio que relizaron con los infieles por el Mar Negro era uno de los que les aportaba mayores beneficios; pero con las Cruzadas comenzó a prohibirse el trato con ellos, para impedir que se les suministraran armas de hierro y mederas de construcción. Los venecianos no podían acatar esta orden que iba en detrimento de su economía y se aprestaron a buscar nuevas rutas con dicho objeto recurriendo a las que habían establecido los bizantinos en sus primeros tiempos por el interior de Asia. Estas rutas por incosteables se sostuvieron muy poco tiempo.

En 1307 Clemente V dictó la excomunión para los que desobedecieran esta prohibición. Pero a los venecianos no les faltaron argumentos para quedar fuera del alcance de la censura eclesiástica, hasta que en la época de Benito XII lograron que se les concedieran algunas licencias para traficar con los infieles por lapsos de cinco

años, permisos que dejaban a la Cámara Apostólica nueve mil ducados de oro anualmente.

Sin duda alguna la mejor época que tuvieron los venecianos en su comercio fué el período en que predominó en Constantinopla el imperio latino. Resentidos por la expulsión que habían recibido por parte de los emperadores griegos ayudaron, y de hecho organizaron una gran flota para la Cruzada que iba en contra de Constantinopla y que dió como resultado su conquista y la expulsión de los emperadores griegos.

Los emperadores latinos en agradecimiento a Venecia, la hicieron única proveedora de las islas de Candía, de Rodas y Morea; y recibía, concentrándose en Constantinopla, todos los productos provenientes de Asia Menor, Armenia, Mesopotamia, Persia, Siria y Egipto.

Después de la restauración del imperio griego en 1261 los venecianos, al ser nuevamente expulsados, tuvieron que dirigirse a Egipto donde hicieron varios tratados con los mamelucos por medio de los cuales alcanzaron autorización para el establecimiento de un consulado veneciano en Alejandría y otro en Damasco. Venecia tuvo entonces relaciones con la costa septentrional del Africa, concertando tratados comerciales en Túnez y Trípoli. A fines del siglo XIV su consulado con sede en Alejandría había logrado monopolizar el tráfico con la India.

Génova protestó inmediatamente; pero siendo derrotado en la lucha que entabló contra Venecia, pudo ésta dirigirse otra vez a Constantinopla para garantizar sus colonias de Grecia.

En los sitios en que Venecia no ejercía la soberanía, procuraba asegurar a sus comerciantes toda clase de facilidades y privilegios.

Los cónsules que enviaban a sus colonias estaban investidos de gran autoridad e intervenían en todo lo referente al comercio, el cual tenía ramas en casi todos los países de Europa de los que obtuvieron grandes privilegios. En los Países Bajos llegó a contar con las mismas concesiones que los alemanes y los ingleses; sostenía relaciones directas con Inglaterra; a Bilbao, Cádiz, Sevilla y Barcelona, en España, llegaban también sus navíos. Con el mismo Portugal, desde la época de Don Juan I, había obtenido toda clase de franquicias en sus puertos durante un período de cien años, como recompensa de que las naves venecianas habían llevado al hijo de dicho monarca en su peregrinación a Tierra Santa.

Su legislación comercial, recopilada en el "Consulado del Mar" (9) consignaba todo lo referente a la navegación y al comercio.

Muchas veces utilizaron la marina del Estado para su comercio. Las escuadras se dirigían hacia tres puntos principales: al Mar Negro, a Siria (principalmente a Aleppo) y a Alejandría en Egipto. La primera de dichas armadas se dividía en tres secciones, una de las cuales pasaba por la costa del Peloponeso, otra por Sinope y Trebisonda y la otra entraba por el mar de Azof hasta Caffa y Tana, llegando hasta el mar Caspio y el Volga.

Debe admitirse que con la posesión de este comercio tan grande, tan amplio, que con la realización de todos estos intercambios Venecia en ese tiempo, no obstante lo reducido de su territorio, ocupa un primerísimo lugar en el mundo de entonces. Tanto las rentas de la república como las fortunas particulares eran exorbitantes. Ninguna ciudad italiana podía tener el lujo que tenía Venecia. Su desarrollo abarcó muchos aspectos: su banca sirvió de modelo a la de otros países; sus industrias se hicieron famosas y los artículos por ellas producidos tenían gran demanda en todas partes.

Su propio esplendor ocasionó su ruina; los demás países europeos comenzaron a tenerle tal envidia, que decidieron ir a buscar ellos estas riquezas para arrebátárselas. En un principio Venecia no hizo caso de tales tentativas y sólo entró en alarma cuando supo que los portugueses habían descubierto una nueva ruta para llegar a las Indias y que se establecían en las lejanas tierras de las que ellos, hasta entonces, habían obtenido su fortuna. Vieron con asombro y temor que Portugal comenzaba a surtir a Europa de los productos orientales que en Venecia se vendían a mayor precio. Fué entonces cuando saliendo de su asombro trataron de defender a toda costa y por todos los medios posibles su monopolio comercial: instaron en primer lugar a los mamelucos a luchar en contra de sus rivales prometiéndoles la ayuda de Venecia. Los mamelucos amenazaron al Papa y a los portugueses con devastar los establecimientos de piedad cristiana que se conservaban en Tierra Santa si no se retiraban los nuevos navegantes de las costas de Asia. Pero la flota de los mamelucos fué destruída por los portugueses en el estrecho de Bab-el-Mandel.

Entonces, intentando salvarse en otra forma, los venecianos trataron de pactar amistosamente con los portugueses proponiéndole al

rey de Portugal la compra, a un precio fijo, de todas las especias que los lusitanos obtuvieran; pero el monarca rechazó dicha oferta.

La suerte para Venecia había cambiado, pueblos más fuertes que ella venían a desplazarla. En el siglo XVI resintió la pérdida de Chipre y de Candía.

El descubrimiento de América y el paso a las Indias por el Cabo de Buena Esperanza le habían dado el golpe de gracia. El comercio de Oriente quedaba abierto a una nueva nación: Portugal.



CAPITULO SEGUNDO

LOS DESCUBRIMIENTOS PORTUGUESES

Los descubrimientos geográficos comenzaron a realizarse desde épocas muy remotas; sin embargo se conoce con el nombre de "Era de las Exploraciones" el período comprendido entre los principios del siglo XV y fines del XVII.

En este ciclo histórico intervinieron multitud de factores que conjuntamente lograron alcanzar el resultado propuesto y en sí altamente satisfactorio: el mejor conocimiento de la Geografía.

En aquel entonces las condiciones por las que atravesaban los pueblos europeos, a los que se les presentaban intrincados problemas motivados por las divergencias de índole política, social, religiosa y económica, hacían que existiera el espíritu y afán de enriquecimiento. Este afán podía satisfacerse, entre otras formas, por medio de un comercio lucrativo como era el del Oriente y que a la sazón estaba monopolizado por la "Reina del Adriático."

Fueron los pueblos que contaban con extensos y dilatados litorales los que se sintieron más seducidos por esta idea; pueblos como Portugal y España que siempre habían dado impulso a la navegación.

Pero al mismo tiempo que se experimentaba esta irresistible atracción, se tropezaba con obstáculos difíciles y ásperos que había que franquear, siendo más ardua la empresa por el cúmulo de supersticiones, temores y creencias existentes acerca del Mar Océano. A los estudios que habían hecho suponer a los antiguos que la Tierra era redonda, habían sucedido nuevas teorías y caído en desuso y ahora aseguraban los geógrafos que existían al borde del mundo abismos infinitos; pensaban que la atmósfera era irrespirable debido a la creencia de que la temperatura era elevadísima y por consiguiente las tierras por descubrirse serían inhabitables.

Otro grave inconveniente lo constituía el atraso existente en todos los instrumentos científicos aplicables a la navegación y en los propios navíos cuya construcción era demasiado sencilla y rudimentaria como para vencer al Coloso.

A pesar de todo esto no faltaron hombres valientes y arriesgados que impelidos por distintos ideales hicieran todo lo posible, dentro de sus diferentes posiciones y actividades, para llevar a cabo los descubrimientos. Lo mismo influyeron reyes y grandes personajes costeando algunas de las expediciones, que geógrafos y sabios tratando de perfeccionar el arte de la navegación y las "cartas de marear"; asimismo influyeron hombres valerosos y nobilísimos cuyo afán era el de ganar adeptos a la causa de Dios y aventureros malvados y sin escrúpulos cuya finalidad consistía solamente en el lucro.

DISTINTAS CAUSAS QUE PROPICIARON LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRAFICOS:

COMERCIAL.—Esta causa que tenía como fin principal el de las ganancias fabulosas, conquistó muchos prosélitos que pretendían seguir el ejemplo de las repúblicas italianas, las cuales se habían aplicado a comerciar con éxito absoluto. Pero es indudable que dichas repúblicas no se habrían lanzado decididamente a la empresa si las relaciones entre Oriente y Occidente se hubieran mantenido con la regularidad sostenida durante la época de los mongoles en el siglo XIII; pero cuando estos emperadores fueron substituídos por los Ming y Constantinopla cayó en poder de los turcos, todas las ventajas y facilidades que se prestaban para el desarrollo de este comercio desaparecieron. Los europeos acostumbrados a los productos que el Oriente les ofrecía, se dedicaron a buscar nuevas rutas que los condujeran a las tierras de las especias, siendo Portugal el iniciador de esas búsquedas.

Además, el deseo de proseguir la empresa comenzada, se vió avivado con las narraciones que el viajero veneciano Marco Polo había hecho de su trayectoria y estancia en el Oriente en compañía de su padre y de su tío, narraciones en que ponderaba exaltadamente la Corte de Kubilai Kan, así como las fabulosas y legendarias riquezas del Cathay y del Cipango, que a la postre se convertirían en la meta de las expediciones de los europeos.

RELIGIOSA.—Otros expedicionarios no perseguían el afán de lujo,

sino que exaltado su fervor religioso por sus luchas contra los infieles, vieron en estas empresas la posibilidad de ganar almas, de lograr cristinos, de extender el confín de su religión y así cooperaron para que se llevara a efecto toda suerte de expediciones.

Los relatos bíblicos hablaban de las tierras perdidas de Tarsis y Ophir, de las que el Profeta habla prometido a quien las encontrara: —"Haré más precioso que el oro fino al varón, y más que el oro de Ophir al hombre"... (10)

Por otra parte algunos frailes hablaban, al narrar sus viajes por el reino del Gran Kan, de un rey cristiano, el Preste Juan y a quien todos los viajeros le suponían diferente país. Unos le designaban como residencia la India o el Imperio de los mongoles, otros decían que vivía en Etiopía. Los portugueses indagaron incansablemente acerca de su paradero en el sur de Africa por consejo de los negros habitantes de Benin.

Contaban del Preste Juan que jamás se dejaba ver y que los embajadores que llegaban a estar en su Corte sólo podían verle un pie que sacaba de entre ricos cortinajes de seda y después de lo cual eran objeto de regalos entre los que figuraban las simbólicas cruces.

Corrió el rumor de que el Preste Juan en 1165 había enviado un mensaje al emperador Manuel Comneno en el que daba a conocer como era su reino: no habían en él pobres, ladrones, hurtadores ni asesinos y jamás se hacían guerras civiles, existiendo en cambio las cosas más maravillosas del mundo. Se decía que en 1177 Alejandro III había contestado esta carta.

Cualquiera que sea la verdad acerca de este rey, lo cierto es que los portugueses enviaron expediciones a buscar este reino para lograr su alianza en contra de los moros.

EXPANSION.—Una tercera causa fué el deseo vehemente de servir y engrandecer a Portugal, ya ensanchando su territorio por medio de conquistas, ya dándole gloria y brillo al intervenir en el descubrimiento de un conocimiento geográfico más efectivo, o en última instancia aumentando su fortuna potencial. Para esto contó Portugal con hombres capaces que al gobernar supieron encaminar los descubrimientos y encauzar a los descubridores para llegar a alcanzar todos sus propósitos. Así por ejemplo, durante su reinado, Don Fernando instituyó premios de construcción y navegación, creó la estadística naval y estableció la inspección técnica para prevenir averías nautragios.

Como ha quedado expuesto, antes de que comenzaran abiertamente las expediciones, otros pueblos habían tratado de encontrar el camino a las Indias navegando hacia el sur de África por su costa occidental. En 1281 Génova había mandado dos galeras a reconocer esta ruta, embarcaciones que arribaron a Guinea y Menam en Etiopía, donde fueron capturadas, pudiendo huir un marinero solamente. Más tarde, en 1292, enviaron otra expedición al mismo lugar y de la cual no se volvió a saber nada. Fué en esta época cuando descubrieron las islas Canarias o Afortunadas que fueron visitadas ya por los portugueses en 1341 en la época del rey Don Alfonso IV y entonces probablemente llegaron a la isla de Lanzarote o Fuerteventura.

Así, sucesivamente fueron enviadas varias expediciones siguiendo el mismo itinerario: una al mando de Don Luis de Cerda, con licencia de Pedro IV de Aragón (1342); otra comandada por una sociedad formada de andaluces y vascos constituida en Sevilla con permiso de Enrique III, rey de España (en 1343). Una más fué la de Juan de Bethencourt, Barón normando que fué nombrado rey tributario de las Canarias por el rey de Castilla.

A fines del siglo XIV Lisboa era ya un puerto comercial de gran importancia y actividad, pues se veía poblado de barcos genoveses, lombardos, aragoneses, milaneses, etc.

Pero realmente los grandes descubrimientos sólo pudieron efectuarse al irse perfeccionando lentamente el aspecto científico de estos viajes, a saber: las cartas geográficas, las concepciones más acertadas del globo terráqueo, los instrumentos como la brújula y el astrolabio, las tablas de declinación y, naturalmente, el paulatino perfeccionamiento de las embarcaciones que constitúan el elemento primordial de estas empresas. Los navegantes no podían continuar guiándose tan sólo por los litorales de las costas en el día y por las constelaciones durante la noche, dejando de navegar en días de niebla en que la atmósfera no permitía una observación clara y precisa sobre todo de los meses de noviembre a febrero. Los hombres estudiosos, los grandes sabios hubieron de ir proporcionando a estos navegantes la forma y el sistema científico para navegar.

Así, las cartas geográficas que desde tiempos de Anaximandro se conocían, paulatinamente se fueron perfeccionando aunque en esta época eran todavía erróneas e imprecisas. En el planisferio de Fray Mauro, terminado en 1460 en Venecia, ya estaba marcada la situa-

ción del Cabo Rojo, del Cabo Verde y del Golfo de Guinea; en el de Andrés Bianco (1436) ya están señaladas en el Septentrión la Islandia y la Freslandia y al Occidente de las Canarias se halla dibujada de manera muy prolongada una tierra en forma de cuadrilátero con el nombre de Antilla.

Se hace también en este tiempo el primer globo terrestre por Behaim, en el cual, desde luego, no aparece América y como están mal calculadas las dimensiones y distancias, el lugar que debe ocupar ésta es sumamente reducido; no obstante esto significaba ya un enorme adelanto.

En cuanto a los instrumentos la brújula alcanza gran perfeccionamiento también, notándose sus desviaciones, las cuales ya habían sido tratadas en una Historia Natural de China en Ken-Tsun-Chi en 1111 y 1117: —“Si se frota una punta de hierro con imán, se le imprime la propiedad de señalar al sur; pero no se inclina siempre hacia el Oriente (noroeste) y no va derecha al Mediodía. Por esto, si se toma un hilo de algodón y se pega con un poco de cera en mitad del hierro, la aguja señala al sur siempre que no haya viento. Si la aguja se prende a una caña y se pone a flor de agua, también señala al sur; pero siempre declinando hacia el punto Peng (5/6 Sur)”. (11)

En un Congreso de sabios reunido en tiempos de Don Juan de Portugal se trató del perfeccionamiento de la Ciencia de Navegación. Se recomendó y se estudió la aplicación del astrolabio que ya era usado por los portugueses desde el siglo XV para tomar a bordo las alturas del sol y arreglaron también las tablas de su declinación.

Por lo que respecta a la construcción de las embarcaciones, poco a poco se fué adquiriendo pericia y efectividad. Se abandonaron los primitivos navíos de las Cruzadas que transportaban alrededor de ochocientas personas y en los que los caballos iban suspendidos por medio de cinchos. Las carabelas de España y Portugal habían logrado cierta forma de construcción que les permitía ser rápidas y ligeras sin detrimento de su solidez.

Con todos estos adelantos logrados Portugal seguía en los descubrimientos y más aún cuando contaba con una gran personalidad que alentaba y ayudaba económicamente a los expedicionarios: Don Enrique, Infante de Portugal, quien tiene la gloria de ser el iniciador y propulsor de esta gran Era y de haberse preocupado por el adelanto científico de los Descubrimientos.

Fué después de su expedición a Ceuta cuando tuvo noticias acerca de la configuración geográfica del Continente Africano, así como del famoso reino del Preste Juan, noticias que hicieron que naciera en él el deseo de efectuar la búsqueda de una nueva ruta oceánica para llegar a las Indias y despojar a los venecianos del comercio que monopolizaban.

Al efecto creó en Sagres (1415) la primera escuela náutica (12), donde se hicieron importantes estudios para el adelanto de la navegación; mandó llamar a los más afamados navegantes y los más eruditos en la materia, para que hicieran evolucionar el arte de la navegación. Al Infante Don Enrique se le atribuye el uso y aplicación práctica de la brújula y del astrolabio así como de las cartas geográficas planas.

Durante cincuenta y dos años Don Enrique se mantuvo al frente de todos los descubrimientos, para lo cual invirtió todas sus riquezas que obtenía en su calidad de Duque de Viseo y Gran Maestre de la Orden de Cristo; no transcurría un año sin que él mandara una nueva expedición hacia las costas occidentales del África, con la misión de descubrir siquiera la mitad de lo que la exploración anterior hubiera descubierto; ordenaba tomar nota de todas aquellas observaciones que sirvieran para posteriores expediciones. Su divisa era: —"Talent de bien faire".

A su muerte, acaecida en 1460, se habían efectuado descubrimientos que abarcaban desde el Cabo Bojador (26° 10' N.) hasta Sierra Leona (8° 40' N.) Malagueta y la isla Tercera. Además había obtenido del papa Martín V, la donación perpetua para Portugal de todas las tierras que se descubrieran desde el Cabo Bojador hasta las Indias Orientales e indulgencia plenaria para todos los que murieran en estas empresas.

Camoens en "Los Lusíadas", dice:

"Así fuimos abriendo aquellos mares
que otra generación jamás abiera,
las nuevas islas viendo y los lugares
que el generoso Enrique descubriera"...

Aparte de las expediciones mandadas por Don Enrique salieron infinidad de navíos particulares para explorar por su cuenta, explo-

raciones que dieron por resultado nuevos y numerosos descubrimientos.

En el tiempo en que Don Enrique el Navegante, nombre que se dió al príncipe portugués, estuvo al frente de las expediciones marítimas, se realizaron extraordinarias proezas. Por vez primera se aventuraron a cruzar los mares de los que se decían tantas cosas. Después de su muerte, aun cuando no se había logrado encontrar todavía el Cabo de Buena Esperanza, se había dejado el camino abierto y señalado para nuevas expediciones, desvaneciéndose prácticamente las supersticiones existentes.

La primera expedición de esta etapa levó anclas con rumbo hacia el Cabo Bojador y a cuyo mando iba Bartolomé Prestrello, navegante genovés, que arribó a Puerto Santo y más tarde a la isla Madera, que según algunos autores era ya conocida con el nombre de Insula de Légnane (13). Los bosques que cubrían esta isla fueron incendiados con el fin de aprovechar su fertilidad en el cultivo de la vid y de la caña de azúcar que se dieron en gran abundancia, provocando esto el comercio de vinos con Inglaterra. La prosperidad de esta isla llegó a hacer que su ciudad principal, Funchal, contara con 63,917 habitantes. Su posición geográfica era inmejorable para reanudar desde allí los descubrimientos.

El buen resultado del primer descubrimiento fué un incentivo para los posteriores, viéndose muy concurridas las costas de África que paulatinamente iba descorriendo el velo que la hacía tan misteriosa.

El Cabo Non fué doblado y más tarde (1423) fué traspuesto también el Cabo Bojador por el Almirante Gil Eannes. Era este Cabo uno de los que infundían más temor por los enormes y poderosos remolinos y las gigantescas olas que se formaban a su alrededor; pero una vez conquistado, todos los navegantes cobraron mayor valor. Don Enrique decía refiriéndose a este Cabo: —“Non lo paséis, pero estad a la mira y haréis algún descubrimiento; volvéos después atrás y principiaremos de nuevo hasta que podamos doblarlo”.

Los descubrimientos se iban sucediendo uno a uno; cada nuevo viaje sobrepasaba al anterior en interés e importancia y los navegantes tenían siempre el deseo de conocer más y más.

En esta forma ocupan las islas Canarias que habían sido visitadas desde el siglo XIII por los genoveses; descubren las islas Azores (el flamenco Van-der-Berg al servicio de Portugal, en 1432), que tam-

bién fueron muy útiles como punto de partida para emprender nuevas expediciones; en ellas, y por orden de Don Enrique, se establecieron varias colonias.

Nuño Tristán llega hasta el Cabo Blanco (1441), es decir, navega 150 leguas más allá del Cabo Bojador y lleva a Portugal el primer cargamento de esclavos negros, polvo de oro y cosas raras, por lo que al brazo de mar al que penetró le llamó Río del Oro. La expedición de Nuño Tristán llegó hasta el Río Grande y aún veinte leguas más lejos en donde descubrió otro río, en cuyo honor lleva su nombre.

En la época de Don Enrique el Navegante, Dionisio Fernández, en 1446, descubre el Cabo Verde y las islas vecinas. Otros descubridores llegan hasta Guinea y el Senegal. Cadamosto hasta la embocadura del Gambia y del Casamanca y descubre totalmente el archipiélago de Cabo Verde.

En 1447 los portugueses dijeron encontrar una tierra a mil quinientas millas al Occidente de las islas de Cabo Verde; la llamaron islas Auténticas y probablemente eran las costas suramericanas.

Cuando muere Don Enrique el Navegante se experimenta una especie de letargo en los descubrimientos; el monarca reinante, Don Alfonso V, se desentiende de ellos y asume una actitud pasiva e indiferente. Alquila a Fernando Gómez por 500 ducados anuales el comercio con la Guinea, con la única condición de que extendiera el conocimiento de la costa africana en un mínimo de 500 leguas al año. El rey se reservaba el marfil como estanco regio o monopolio realengo.

No obstante esta situación Juan de Santaren y Pedro de Escalona pasaron el Cabo de Sierra Leona y renovaron el comercio del oro en las costas de Guinea.

A la muerte del rey Don Alfonso V, los portugueses conocían ya toda la costa de Guinea con las bahías de Benin y Biafra y habían descubierto las islas del Golfo de Guinea, que fueron la de Fernando Po (Formosa), Príncipe, Santo Tomás, Corisco y Annobom. Esto prueba el interés particular de los portugueses pues aun cuando no tuvieron el decidido apoyo de rey prosiguieron incansable y tesoneramente sus búsquedas marítimas.

Las expediciones marítimas volvieron a incrementarse cuando Don Juan II ascendió al trono y continuó la obra de Don Enrique; mandó traer de Nurenberg a Martín Behaim y preguntó a Pablo Toscanelli,

geógrafo italiano, por conducto de un connotado canónigo de Lisboa, su opinión sobre el camino más corto para llegar a las Indias.

Con sus rentas costeó algunas expediciones y dió toda clase de garantías para los viajes marítimos, favoreciendo al mismo tiempo las construcciones navales. Solicitó y obtuvo del Papa la confirmación de las concesiones hechas a Don Enrique y celebró tratados con Castilla para buscar la forma de quedar en completa libertad y proseguir sus descubrimientos.

Su preocupación era seguir navegando hacia el Sur y no hacia el Occidente, trayecto que por lo regular seguían los navíos particulares. Envió una expedición al mando de Diego Cao (Cano) en 1482 u 84, expedición que llegó hasta el Cabo de Santa Catalina y al Río Zaire o Congo, que más tarde habría de ser un reino para Lisboa, estableciéndose protectorados portugueses y misiones católicas que bautizaron a infinidad de nativos.

Don Juan siguió buscando, como su predecesor, el fabuloso reino del Preste Juan, para lo cual mandó una expedición terrestre al África comandada por Pedro Covilhac y Alfonso Payva quienes separaron su camino en Aden; Payva fué asesinado en el Cairo y Covilhac después de haber llegado hasta Calicut, Cananor y Goa regresó a Etiopía donde fué muy bien recibido y donde obtuvo las primeras noticias de la isla de la Luna (Madagascar). Siempre estuvo en contacto con el rey de Portugal dándole noticias y animándolo a doblar el extremo sur del Continente Africano y llegar a la isla de la Luna.

Es también durante el reinado de Don Juan II, cuando los portugueses lograron uno de sus más caros anhelos: doblar el Cabo de Buena Esperanza que tanto tiempo y con tanto alán habían buscado.

Fué en agosto de 1486 cuando Bartolomé Díaz salió de Lisboa al mando de la flota que haría el descubrimiento más importante hasta entonces y que sería no un viaje de cabotaje, sino de altura. Tardaron en regresar a Portugal ocho meses y llegaron hasta la Bahía de los Vaqueros, la Bahía de Lagos, donde tuvo que lamentar la pérdida de la nave de las provisiones y soportar la sublevación de los marineros, hasta ser arrojados por una tempestad al Cabo tan deseado; debido a eso le dieron el nombre de Cabo de las Tormentas y que el rey cambiara por el de Buena Esperanza: —"No quiero que conserve un nombre de tan mal aguiero, llámese de Buena Esperanza".

Al poco tiempo del descubrimiento del Cabo y bajo el reinado del rey Don Manuel el Afortunado, se realizó el viaje de Vasco de Gama que colmara las más grandes ilusiones portuguesas. Vasco de Gama salió de Lisboa el 18 de julio de 1497 con seis embarcaciones (otros autores dicen que sólo cuatro) y logró llegar a Calicut, después de haber tocado grandes poblaciones como Mozambique, Quiloa, Mombaza y Melinda, habiendo tenido que luchar varias veces contra los árabes establecidos en esos lugares. Vasco de Gama fué recibido por el soberano más importante de la India, el Samudrin (Señor del Mar), a quien los portugueses llamaron Zamorín; la entrevista tuvo lugar en Calicut.

El gran navegante portugués regresó a su patria en septiembre de 1499. Su viaje tenía tal significación que el rey se hizo nombrar "Señor de la navegación, de la conquista y del comercio de Etiopía, Persia y de las Indias".

La conquista oceánica estaba realizada, el descubrimiento de una nueva ruta hacia las Indias Orientales concluida. Se presentaba a Portugal una nueva lucha, la que se tenía que entablar en el aspecto esencial: el comercial.

La siguiente armada que salió a las tierras de la especiería fué al mando de Pedro Alvarez Cabral, el cual por alejarse de las calmas del mar de Guinea navegó tanto hacia el Occidente que descubrió las costas del Brasil, a las que llamó Tierras de Santa Cruz. También llegó Alvarez Cabral a Cochín y a Cananor donde logró varias alianzas en contra del Zamorín que representaba uno de los poderes más fuertes y peligrosos para Portugal.

Desde un principio los portugueses trataron de apoderarse de la navegación del Mar Rojo, por lo que emprendieron varias luchas contra los egipcios. Tristán de Acuña conquista la isla de Socotora para interceptar cualquier navío que fuera de Arabia a las Indias.

Después de haber recorrido toda la costa Malabar doblaron el Cabo Camorín, llegaron a Ceilán. Recorriendo la costa de Coromandel arribaron hasta Malaca y más tarde a las islas de la Sonda, las Molucas, las Maldivas y en 1542 habían llegado ya a China y Japón.

Al recibirse en Portugal la noticia de que Alvarez Cabral había encontrado tierras en el Occidente, surgió también el deseo de enviar expediciones hacia aquel rumbo.

Gaspar de Corte Real llegó hasta Terranova, Labrador y la Bahía de Hudson, de la que creyó que era la comunicación para las indias. Corte Real desapareció probablemente muerto por los salvajes de la región.

Don Manuel envió varias expediciones a explorar lo descubierto por Cabral, tomando parte en una o en dos de ellas Américo Vespucio, acerca de lo cual hay un gran misterio. Según las relaciones escritas por Vespucio, el rey Don Manuel lo mandó llamar dos veces para que fuera a descubrir nuevas tierras. Algunos autores afirman que hizo tres viajes, uno con Ojeda y otros dos con capitanes portugueses; otros sostienen que cruzó el Océano cuatro veces: dos al servicio de España y dos al de Portugal y otros, en fin, que sólo hizo dos travesías, una por parte de España y otra por Portugal.

Sin embargo, existe una carta escrita por el Excelentísimo Vizconde de Santaren, Archivero Mayor del reino de Portugal, escrita el 15 de julio de 1826 en la que comunica que en el Real Archivo de Portugal de la Torre del Tombo no existe ningún documento que aclare los viajes que Vespucio dijo haber hecho al servicio de Portugal.

Al mismo respecto Martín Fernández de Navarrete (14) hace notar varios errores de Vespucio en su carta dirigida al "Ilustrísimo Renato, rey de Jerusalén y Sicilia, duque de Lorena y de Bar" y que se cree que más bien haya sido dirigida a un compatriota suyo, Pedro Soderini, gonfalon de la República de Florencia, y al que Vespucio le señala como condiscípulo; dice Vespucio en su carta: —"Ocupándome en enviarle cosas nada convenientes a su estado, escritas determinadamente para Fernando, Rey de Castilla"... y a lo que debía añadir: "y para Manuel, Rey de Portugal".

En la narración de su tercer viaje, que según él, era al servicio de Portugal, escribe: —"Tomamos pues posesión de ella (la tierra) por el Serenísimo Rey de Castilla", debiendo decir: por el Serenísimo Rey de Portugal.

Sin embargo, en las narraciones de sus viajes Vespucio expone la ruta que siguió, hablando de cada uno de los lugares a los que llegó y de sus impresiones en cada uno de ellos.

Los grandes descubrimientos habían sido iniciados por Portugal. La ruta oceánica de las Indias quedaba conocida y establecida perfectamente; continuaban las expediciones al Brasil y Portugal quedaba colocado en un lugar privilegiado.

Realizados estos descubrimientos, surgieron gran número de obras que daban a conocer mejor la Geografía, aún cuando dichas obras siguieran contando con errores en cuanto a longitudes y latitudes. Las tablas de declinación quedaron perfeccionadas, haciéndose más exactos sus datos con los relojes de compensación; el portugués Bert Crescencio había inventado un aparato para medir la velocidad de las embarcaciones. Nuevas mejoras se efectuaron, pues las quillas de los barcos fueron revestidas con plomo y en su interior eran más amplios y espaciosos. Todo lo relativo al arte de la navegación revolucionaba y se sometía a una gran transformación.

En 1543 un capitán, Blasco de Garay, presentó a Carlos V una máquina para impulsar las naves sin necesidad de remos ni velas; consistía dicha máquina en una caldera de agua hirviendo que hacía mover dos ruedas colocadas a los costados del buque. A este invento no se le concedió ninguna importancia por considerársele muy lento y costoso y porque Carlos V no le prestó mayor interés debido a sus grandes y múltiples ocupaciones.

Surge también, de una manera más perfecta, el derecho marítimo, basado en el Consulado del Mar y cuyo objeto principal era el de evitar las continuas luchas que se suscitaban entre las tripulaciones de los distintos barcos que surcaban el Océano.

Los descubrimientos fueron para algunos unas de las obras más grandes de la humanidad; para otros significaron la aberración más grande, puesto que trajeron consigo codicias, conquistas y matanzas sin piedad.



CAPITULO TERCERO.

EL COMERCIO PORTUGUES.

El conocimiento de una nueva ruta hacia las Indias por el Cabo de Buena Esperanza y el descubrimiento de un nuevo continente revolucionaron el comercio; en Europa las más importantes empresas tendieron a dirigirse hacia el Occidente. Asia, que en otros tiempos había desplegado gran actividad en este aspecto se vió sumida en un letargo, termina el período de las individualidades y comienza el de las nacionalidades.

Fué Portugal, gracias a su posición geográfica que impulsó y propició los grandes descubrimientos, quien inmediatamente comenzó a sentir las influencias de un comercio tan rico como el que constituía el de las Indias Orientales. Lisboa se convirtió automáticamente en uno de los centros más concurridos por todos los navíos mercantes de Europa.

Paulatinamente fué quedando la capital portuguesa como el único punto al que podían recurrir los europeos para obtener los productos de Oriente, porque los venecianos y los hanseáticos que sólo conocían el comercio fundado en el monopolio no supieron aprovechar la competencia que les brindaba Portugal, conformándose con abandonar lentamente la riqueza que hasta entonces habían poseído.

Con la revolución del comercio tuvo que venir indefectiblemente una revolución en la civilización y el progreso de los pueblos, porque aparte del intercambio comercial existe el de ideas, costumbres, ciencias, artes, etc. Portugal mantuvo en constante intercomunicación las dos grandes culturas. Fr. Ratzel afirmó: —"La historia del progreso humano está en las comunicaciones, y la velocidad de las comunicaciones domina la ley del progreso". (15)

Al comenzar los portugueses su comercio con el Oriente no hicieron sino continuar el intercambio tradicional; los monarcas lusitanos vieron que ello constituía su misión primordial y aplicaron a este aspecto toda la energía y fuerza de su país.

Portugal pudo gozar del monopolio de los productos de las Indias por más de un siglo debido al estado en que se encontraban otras potencias europeas: España veía cifrada toda su ilusión en las Indias Occidentales; Italia estaba deshecha por sus estériles campañas en contra de Carlos V y sus guerras civiles; Inglaterra se hallaba colocada en la misma situación en virtud de la lucha existente entre la Casa de York y la de Lancaster y su comercio no se dirigió hacia el Oriente sino hasta los últimos años del gobierno de la reina Isabel. Tan solo las Provincias Neerlandesas podían sentir, por su estado de pobreza, la atracción de las actividades lucrativas de Portugal, por lo que después de algún tiempo y desentendiéndose de las Bulas pontificias decidieron destruir el monopolio portugués y opacar su brillo comercial.

Los principios del comercio portugués se vieron perturbados por las incesantes luchas que tuvieron que emprender en contra de los árabes y venecianos así como en contra de los propios indígenas, que instalados por aquellos, atacaban los navíos portugueses que se acercaban a comerciar en sus costas. Así el primer trabajo que tuvieron los portugueses fué el de atraerse, por medio de alianzas y tratados, a los príncipes indígenas para que estos les permitieran erigir puntos fortificados sobre sus costas; pero los lusitanos nunca perdieron su punto de vista final que era el de adquirir la posesión exclusiva del comercio.

El primer tratado comercial fué realizado con el Zamorín, príncipe dueño de la mayor parte de la costa de Malabar. Gama vió frustrados sus intentos de establecerse en este lugar por la enemistad surgida con dicho príncipe, que presionado por los árabes atacó a los portugueses. Cabral prosiguió la misma misión habiendo logrado obtener del Zamorín el permiso para traficar libremente por su reino y establecer almacenes en Calcuta; sin embargo, al poco tiempo estas relaciones quedaron paralizadas.

Poco tiempo después Cabral logró nuevas alianzas con otros príncipes indígenas enemigos del Zamorín y más tarde Alburquerque logró la de los príncipes de Siam y Pegú, quienes al ver la gran victoria del

portugués en Malaca no vacilaron en reconocerse vasallos del rey de Portugal. Con estas alianzas los árabes que propiamente eran súbditos de los príncipes indígenas ya no pudieron tener francamente una oposición en contra del incipiente comercio portugués, comercio que se fué reglamentando a medida que aumentaban los tratados, desapareciendo poco a poco los actos de violencia que lo precedieron. Bien pronto los barcos lusitanos se vieron solos en aquellas regiones; los barcos árabes y los del Zamorín se retiraron dejando libre el campo para que Goa, emporio portugués, alcanzara toda su grandeza y esplendor.

La modestia y gentileza que afectaron los nuevos comerciantes en un principio, cuando hacían cualquier transacción, les atrajo gran número de adeptos que más tarde, al ver el verdadero comportamiento de aquellos, se convirtieron en enemigos.

Las miras de los portugueses se dirigieron hacia los puntos más favorecidos por el comercio, habiendo quitado a los turcos la supremacía en el Mar Rojo y la isla de Socotora, así como arrebataron a los persas la importante plaza de Ormuz.

La riqueza de la costa oriental del Africa no podía pasar inadvertida a los portugueses y en menos de veinte años destruyeron o sometieron a todos los pueblos indígenas dese Sofala hasta Melinda, estableciendo su centro en Mozambique.

Durante la época del rey Don Alfonso V este comercio pasó a ser particular, ya que se le arrendó a la Compañía de Lagos, con la obligación de que esta Compañía efectuara algunas expediciones marítimas por su cuenta. Bajo el reinado de Don Juan II el comercio volvió a adquirir caracteres de una verdadera y casi única actividad nacional.

PLAZAS Y PRODUCTOS PRINCIPALES DE ESTE COMERCIO.— Muchos fueron los puntos que lograron alcanzar un lugar privilegiado en la historia del comercio, gracias a las conquistas y al establecimiento de factorías portuguesas, y muchos fueron los productos que estos audaces navegantes sacaron de aquellos lugares para esparcirlos por toda Europa.

Comenzando por la costa occidental de Africa, obtenían de ella inmensas riquezas constituidas en primer lugar por el mercado de ébano, del que después se hablará; por los metales preciosos que más tarde cambiaban por los productos de la India y por la cera, el mar-

fil, la goma y maderas tintóreas que hasta entonces habían tenido escaso valor y que ahora lo adquirían gracias al intercambio.

Ormuz fué uno de sus principales establecimientos por su inmejorable situación geográfica; los portugueses lo conquistaron e hicieron una gran ciudad que atraía a los comerciantes de todas partes. En su puerto se veían navíos de todos los ámbitos y en septiembre y abril acudían caravanas procedentes de Alepo, de Bagdad, de Bassora y de otras partes de Persia.

Los objetos de su comercio eran los tapetes, la seda y los caballos. Su comercio con Arabia le proporcionaba caballos, especias y drogas medicinales; la isla de Barhein le enviaba perlas y productos marinos; el litoral próximo: dátiles, uvas y frutos del Mediodía. Casi todo esto era mandado a Goa de donde Ormuz recibía en cambio telas y piedras preciosas de la India. Su gobernador seguía en importancia al de la India, en Goa, y al de Mozambique. Portugal perdió esta plaza en 1622 cuando le fué arrebatada por el Shah de Persia.

Diu, al Sur del Golfo Pérsico, en la costa de Cambaya, constituyó otro de los famosos asientos portugueses; dominaba todos los caminos entre Arabia, Persia e Indostán y del interior recibía convoyes de añil, hierro, cobre, alumbre, aceite, seda, algodón, etc.

Las costas de Malabar y Coromandel brindaron a los portugueses infinidad de artículos, siendo más rica la segunda ya que les brindaba la más bellas telas de algodón y ocupaba una excelente posición para recibir las mercancías de Bengala, además de que sus habitantes eran mucho más industrioses que los demás.

En la costa de Malabar tuvieron establecimientos como Cananor, Calcuta, Coangano, Cochín y Culán que aportaba pimienta, cardamomo y mala canela. En la costa de Coromandel contaron con Negapatán y Meliapur (Santo Tomé) que proporcionaba opio y telas pintadas que se vendían en Pegú y Siam.

La atención de estos comerciantes se dirigió un poco más tarde hacia la isla de Ceilán en donde obtuvieron elefantes, piedras preciosas, canela y en la costa septentrional de esta isla, la pesca de perlas; más tarde transplantaron a ella café y posteriormente té.

Las perlas pertenecían a los indígenas que las pescaban, pero los portugueses las adquirían a ínfimo precio ya que eran ellos los únicos compradores; percibían además, de cada barca pescadora, un

impuesto por la protección que les prestaban en contra de los piratas que infestaban aquellos mares.

De allí se dirigieron a otros lugares: Malaca, que tomaron por asalto en 1511 y que fué el depósito del comercio de la India del otro lado del Ganges. De Malaca partía anualmente un navío para la Conchinchina y otro para Siam con el fin de buscar maderas, álces y maderas tintóreas.

En Sumatra, Java y Borneo los portugueses sólo contaron con factorías pero no con territorios y en las islas de la Sonda los mahometanos eran dueños de las costas y del comercio. En Célebes cristianizaron a casi todos los habitantes y luego fueron a las Molucas, famosas por su producción de especias. Allí se entregaron los portugueses a las más grandes crueldades, tanto que los indígenas destruyeron numerosos árboles por considerarlos causantes directos de sus desgracias. Su zona comercial se extendió hasta la China y el Japón.

De China no se tenían en esa época más que las que se creían fabulosas noticias según los relatos de Marco Polo; pero atraídos los portugueses por toda esta fantasía, el virrey Suárez procuró abrir esta ruta para establecer la alianza comercial con Lisboa; con este fin zarpó una armada en 1518 al mando de Fernando de Andrade, llevando como embajador a Tomás Pérez. Los portugueses quedaron maravillados de este reino y del trato de sus habitantes; sus relaciones eran magníficas cuando apareció en estas costas Simón de Andrade, hermano de Fernando, cometiendo tantos atropellos con los chinos que las relaciones quedaron rotas. Sin embargo no cesaron en su empeño y al poco tiempo lograron reanudarlas aunque sin alcanzar todavía una posesión en las costas.

La suerte quiso que un pirata chino, Tchang-si-lao, asolara las costas de este imperio y que los portugueses lograran derrotarlo. Con esta victoria alcanzaron un lugar privilegiado y una recompensa material que fué la isla de Macao, en la que establecieron una fortaleza fija y permanente. Desde Macao efectuaron el desarrollo de su tráfico con el Japón.

Llevaban a Macao todos los productos europeos como paños, vidrio, cristales, relojes, vino y los artículos obtenidos en la India; recibían en cambio telas de seda, porcelanas, barnices, plantas medicinales y el té que se hizo indispensable en las regiones nórdicas de Europa.

Esta plaza comercial fué una de las que conservaron hasta los últimos años de su poderío.

De Macao, los navíos portugueses fueron arrojados en 1542 hacia las costas del archipiélago japonés, donde fueron recibidos con gran cordialidad. Desde el primer momento los naturales se convirtieron al cristianismo sin presentar oposición alguna; todos los puertos fueron abiertos para aquellos extranjeros y los príncipes se disputaban entre sí el derecho de ofrecerles los más grandes privilegios. Una gran cantidad de lusitanos emparentaron con las más ricas familias al casar con las herederas.

Aunque era difícil llegar a estas costas, los monzones favorecían estas navegaciones y el comercio entre Macao y el Japón se regularizó, llevando productos europeos y todos aquellos productos de la India que no habían sido vendidos en Macao, recibiendo en cambio enormes cantidades de oro, plata y cobre.

Pero muy pronto se ganaron el odio de los japoneses al cometer los abusos a que estaban acostumbrados, a tal punto que en 1639 fueron arrojados por orden del emperador, quien además ordenó que se exterminaran a todos los cristianos pues atribuída al cristianismo todas las desgracias que hasta entonces habían sufrido.

Todas estas riquezas que obtenían de tan distintas regiones, se concentraban en la capital de las posesiones orientales, Goa, que fué la ciudad comercial por excelencia, la ciudad representante del poderío y de las riquezas portuguesas, era el punto de paso obligado tanto de los navíos que llegaban de Lisboa, como de los que iban ya cargados de mercaderías rumbo a la metrópoli.

La abundancia de este comercio se vió aumentada años más tarde, después de realizados el descubrimiento y la conquista del Brasil. El comercio con esta colonia lo hacía una flota que partía todos los años de Lisboa y que regresaba, en los primeros años de este tráfico, cargada con infinidad de productos vegetales: zarzaparrilla, vainilla, café, cacao, algodón, maderas preciosas, azúcar, tabaco, etc. El palo del Brasil y las ballenas eran productos del monopolio del Estado.

Con estos productos y con los impuestos que pagaba el Brasil a la Corona Portuguesa, la hacienda pública se vió muy favorecida; pero más lo estuvo cuando fueron descubiertas en esta colonia las ricas minas de oro y de diamantes que entraron en plena actividad muchos años después. Fué tal la abundancia de los diamantes que su precio

bajó considerablemente y Portugal se vió precisado a nombrar un ministerio especial para que estabilizara el precio.

EL COMERCIO DE EBANO DE LOS PORTUGUESES.—La crítica más severa que podría hacerse a Portugal es, sin duda alguna, el tráfico inhumano que realizaron con los negros del Africa.

Ellos pudieron alegar, después de terminado ese comercio, que la trata de negros redundó en beneficio de los mismos, al ser arrancados de un estado de absoluto salvajismo para ser llevados a la civilización, a nuevos horizontes en los que encontrarían luz y cultura, y que, esencialmente, habían sido arrancados de sus religiones y creencias que más bien eran supersticiones, barbarismos y hechicerías, para ser introducidos en la mejor de todas: el cristianismo; pero ni por un momento manifestaron que habían emprendido este negocio porque necesitaban brazos fuertes para los agotadores trabajos en el cultivo de las plantaciones de azúcar en sus colonias de las costas occidentales del Africa y después porque su exportación a América les producía fabulosas ganancias.

Tampoco justificaron en forma alguna la manera como trataban a los negros desde el momento de su compra hasta ser entregados a su nuevo destino en las tierras desconocidas; pues los compradores examinaban su mercancía como si se tratara de bestias, teniendo cuidado que la apariencia física y la salud corporal y mental estuvieran en las mejores condiciones, y asignándoles diferente catalogación según la región de su procedencia; por ejemplo: los de las Islas de Cabo Verde y los de Guinea como de mejor calidad que los de cualquier otra parte y les hacían propaganda en cuanto a su edad y fuerza, para poder venderlos con mayor provecho.

El comercio negrero fué uno de los primeros que realizaron y que mantuvieron monopolizado hasta el siglo XVII y uno de los que más ganancias les produjeron. Su desenvolvimiento siguió la misma evolución que el comercio colonial y su auge fué logrado con el descubrimiento de América por la enorme necesidad de brazos que había surgido en las nuevas tierras y que sólo los negros pudieron satisfacer.

Ya para fines del siglo XVI existía un bien organizado sistema para la reglamentación de este comercio infamante. Lisboa era la sede del mismo, y para 1552 contaba con doce corredores de esclavos y de sesenta a setenta mercaderes aplicados a este comercio exclusivamente.

Un viajero al ir a Lisboa exclamó: "Los esclavos pululan por todas partes; estoy tentado a creer que en Lisboa son más numerosos que los portugueses de condición libre". (16)

Había en esta época en la capital portuguesa "Mil quinientos negros que lavaban ropa; mil de "canasta a la cabeza", limpiaban las calles hacia donde los habitantes arrojaban las suciedades domésticas; mil llamadas "negras de pote", ocarreaban agua a los domicilios; cuatrocientas andaban por las calles vendiendo mariscos, arroz cocido y golosinas; doscientos negrillos llevaban recados a un grupo numeroso, pero indeterminado de negros que se encontraban ocupados en la carga y descarga de los navíos". (17)

Las factorías portuguesas en la costa occidental de África fueron muchas y muy famosas, la de San Iago, que prosperó durante la primera mitad del siglo XVI; la de San Thomé que floreció por 1580; la de San Pablo de Loanda, la de San Jorge de Mina y el puerto de Zafi o Azafi en Marruecos actual que desde un principio alcanzó considerable importancia.

La Corona dió todas las facilidades para que este comercio prosperara; permitió en San Iago la concurrencia de comerciantes negreros extranjeros que allí efectuaban sus cargazones para América. Con este tráfico enorme el archipiélago de Cabo Verde fué "digno" de convertirse en obispado.

La factoría de San Jorge de Mina fué cerrada a los extranjeros y fué destinada también a la extracción de oro. Cayó en poder de los holandeses en 1637. En San Thomé se mantuvieron sus ingenios de azúcar a base de trabajo esclavista. Tuvieron otros muchos mercados donde obtenían sus cargamentos de ébano: Benin, Calabares, Manicongo, Epée, etc.

A medida que pasaba el tiempo el precio de los esclavos era mucho mayor debido a la enorme demanda y a los muchos gastos que ocasionaba su transporte a América. Comúnmente su precio no se pagaba con metales, sino que se efectuaba el trueque con productos y mercancías europeas, como sables, fusiles, pólvora, telas de seda y algodón y un blanco y pequeño marisco que hacía las veces de moneda. Los moros ofrecían también caballos, por uno de los cuales llegaron a dar hasta diez y catorce hombres. Sin embargo para principios del siglo XVII había bajado considerablemente el precio, por lo que las exigencias de los compradores se acentuaron más y desde entonces ya no se vendieron negros mayores de veinticinco años.

Para regular este tráfico existía en Lisboa "La Casa dos Escravos" por la que en dos años (1511-1513) pasaron más de mil doscientos sesenta y cinco esclavos. De allí iban a Amberes aquellos que no venían directamente a América, a donde acudían mercaderes de todas partes que enriquecieron también con este negocio. Familias enteras se hicieron famosas por este lucro, como la de Diego de Haro y la de Emmanuel Rodríguez.

Los negreros portugueses lucharon siempre por tener la primacía en todos los asientos para traer a América los negros que España necesitaba en sus colonias, lo cual se vió sumamente facilitado durante la unión entre las dos Coronas. En 1640 con la separación de Portugal comienza a declinar su poderío en el comercio negrero, siendo reemplazado por el holandés.

La total abolición se llevó a cabo hasta el 23 de septiembre de 1817 en que el rey de España y de las Indias y el rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda firmaron el tratado correspondiente, cumpliéndose la afirmación de Aristóteles: "Cuando la lanzadera y el martillo puedan moverse por sí solos la esclavitud dejará de ser necesaria". (18)

EL MONOPOLIO PORTUGUES.—Todo el comercio que Portugal realizó fué propiamente un monopolio de Estado, natural que así fuese, ya que había sido la Corona la que había costado casi todas las expediciones y viajes de exploración. El Estado disfrazó este monopolio con el nombre de proteccionismo, pues que lingía apadrinar a los naturales para facilitar el despacho de sus mercancías.

Ahora bien, el monopolio que puede efectuar un gobierno es por medio de Compañías privilegiadas, como lo hacían Holanda e Inglaterra, "Compañías" que llegaron a gozar de un poder casi omnimodo que excluía en cierto modo al Estado; o bien por un comercio exclusivo para los nacionales, como monopolio, que excluye a todos los extranjeros; este fué el monopolio de Portugal. El comercio se efectuaba por medio de flotas más o menos numerosas, propiedad del gobierno, naves que eran al mismo tiempo mercantes y militares.

El comercio directo con la metrópoli fué libre para todos los portugueses en un principio; pero el intercambio entre las colonias estaba reservado al Estado y sólo era permitido excepcionalmente a los altos funcionarios, como recompensa de brillantes servicios que hubieran prestado al país; podían realizarlo en cualquier comarca con uno o dos navíos.

Los comerciantes podían movilizar mercancías en los buques gubernamentales pagando un impuesto del 30% sobre el valor de sus mercancías.

Hubo también determinados productos que sólo la Corona podía obtener como la pimienta y más tarde los diamantes del Brasil. El comercio que efectuaba con su colonia americana se basaba también en el mismo sistema monopolista.

REGLAMENTACION DEL COMERCIO.—El incremento que tan rápidamente alcanzó el comercio de Portugal en el Oriente, hizo que el gobierno buscara la manera de organizarlo oficialmente y obtener así todo el provecho posible.

El primer paso para esta organización fueron los convenios que los lusitanos negociaron con los príncipes indígenas, ya contratando en los territorios o dominios conquistados o bien concertando tratados perpetuos con los reyes y señores del país a fin de que por un precio convenido les permitiera acaparar la total producción de especias (como aconteció en Cananor, Cochín, Culán y Ceilán), o bien adaptándose al método de comerciar de los aborígenes.

El vasallaje de que fueron objeto los príncipes concedió a los lusitanos superioridad enorme sobre los pocos comerciantes extraños que habían quedado. Ningún soberano indígena podía contar con los portugueses y con su ayuda si antes no aceptaba convertirse en vasallo de la Corona Cristiana y permitía la construcción de fortalezas en su territorio; además debían comprometerse a ofrecer sus mercancías siempre a un mismo precio así como a no venderlas a los demás comerciantes sino después de haber terminado sus transacciones con los portugueses.

Ninguna nación, ningún particular extranjero pudieron desde entonces navegar por cuenta propia, sólo podían penetrar en esos mares mediante un permiso y un pasaporte otorgado por Portugal y aún cuando logaran entrar a esta zona tenían restricciones, como eran el no comerciar con varios productos, entre otros con la canela, el jengibre, la pimienta, las maderas de construcción, el fierro, el acero, el plomo, el estaño y las armas, que eran artículos exclusivos del comercio portugués. Dichas restricciones los hacían dueños absolutos del precio de todas estas mercancías en Europa.

Para poder alcanzar tantos privilegios tuvieron que comprometerse en alguna forma con los naturales de aquellos países y lo hicieron ad-

quiere ciertas obligaciones, como era el comprar las mercancías que los indígenas les brindaban a precios fijados de común acuerdo y a suministrar, en las mismas condiciones, los productos europeos que los príncipes solicitaran; se habían comprometido también los lusitanos a ahuyentar a los piratas que asolaban sus costas.

Los mismos indígenas vieron restringida su navegación, pues tenían prohibido, salvo licencias expedidas por los portugueses, llamadas cartazas, el navegar en sus propias aguas. Las licencias sólo tenían la duración de un año y estipulaban el puerto de partida, los puertos de escala y el cargamento que podían llevar, estándoles vedado el traficar con armas, municiones de guerra o pimienta.

En Lisboa el arribo de todas las mercancías procedentes del Oriente estaba perfectamente bien controlado por los órganos de la Corona formados exclusivamente para este objeto.

En Lagos, y más tarde en Lisboa (1481-1482), se formó un depósito, al que debían llegar todos los productos de la Guinea, depósito que recibió el nombre de "Casa de Guiné", después "Casa de Guiné y Mina" y finalmente denominado "Casa de India". En ella se hacían los contratos y se recibían los esclavos hasta que se formó exclusivamente para esta "mercancía" la "Casa dos Escrovos". Más tarde se formó el "Almacén de Guiné" en donde se obtenían todas las cosas necesarias para el aprovisionamiento de los navíos destinados al África.

En general, el comercio se hacía mediante tres órganos, que fueron:

a) Las factorías de Oriente que eran los centros de compras de mercaderías.

b) La Casa de la India en Lisboa, lugar en donde se recibía todo y

c) La factoría de Flandes de donde las mercancías iban al Norte de Europa.

Se reglamentaba anualmente la salida de una flota con rumbo al Oriente para realizar el comercio, pudiendo participar en él todas las personas que iban en la armada, muchos de ellos pudiendo hasta comprar pimienta, para completar el sueldo que debían percibir de la Corona; a estas participaciones se les llamó "quintaladas".

En las factorías estaban los agentes comerciales de la Casa de la India, llamados "feitores", quienes hacían compras con el dinero del Estado.

Llegados los navíos a Lisboa, las mercancías tenían que concen-

trarse en la Casa de la India, cuyo veedor comerciaba con la especiería por cuenta de todos los participantes en el negocio, que eran en primer término el Estado, los mercaderes y los dueños de las quintaldas, evitando de esta manera que la competencia hiciera bajar los precios. Por lo regular la Corona pagaba a los importadores toda su mercancía al precio que ella fijaba, disponiendo de la misma como y cuando le convenía.

De la Casa de la India, pasaban las especias a los navíos que, al principio, fueron portugueses y después llamencos y holandeses y que hacían el traslado a la factoría de Flandes, en Amberes, donde era entregada a famosas firmas italianas o alemanas: Fuggers, Hoschteter, Welser, Affaitati, Guaiterotti y Frescobaldi que monopolizaban la pimienta, lo cual significaba que la Corona portuguesa se obligaba a no efectuar ventas durante cierto plazo con otros negociantes, cosa que aumentaba mucho el precio.

Emplearon cuatro sistemas para realizar su tráfico, cambiándolos sucesivamente para ver cual de ellos les proporcionaba mayores beneficios con los que pudieran cubrir el constante déficit en que se hallaba la hacienda pública debido al derroche y a la mala táctica económica de la Corona.

El primer sistema implantado fué el del monopolio directamente ejercido por la Corona, pero tuvo que ser abandonado porque no era respetado ni ofrecía todos los resultados apetecidos y así, a partir de 1527, el tráfico de la pimienta se efectuó libremente en Cananor, Cochín y Cúlán. El segundo sistema empleado fué el de permitir el comercio libre de los particulares, con lo cual la Corona se veía libre del adelanto de dinero para la compra de pimienta. Más tarde sobrevino el sistema de arrendamientos que permitía al Estado, además de no adelantar dinero, recibirlo inmediatamente a cuenta de los productos que se fueran a obtener en el viaje. Por otra parte, los arrendadores eran los que efectuaban por su cuenta los preparativos de las escuadras, afrontando todos los riesgos y peligros. Pero al poco tiempo tampoco le convino esto a la Corona y prefirió emplear un sistema similar al de los arrendamientos; pero que no se concedía a particulares sino a sociedades establecidas que eran las Compañías.

La Casa de la India comprendía cuatro Mesas o Despachos: la de Drogas, para despachar especiería; la Grande para la pedrería y los tejidos; la de Armadas para efectuar la contratación de los tripulantes

de los navíos y la demás gente que iba a la India y la de Tesorería o recaudación de derechos.

Junta a la Casa de la India estaba la "Ribeira das Naves" donde se construían los navíos; y los almacenes de provisiones y de materiales y efectos para la construcción naval.

La Corona recibía por derechos en la Casa de la India, la mitad de la carga de los negociantes asociados a ella y de las quintaladas, así como la mitad del valor de las mercancías que los comerciantes expedían al Oriente.

Así pues, podemos asegurar que todo el comercio estuvo vigilado por la Corona y que fué organizado de la mejor manera posible para obtener de él el rendimiento que cubriera los enormes emolumentos de la hacienda pública.

CONSECUENCIAS PRODUCIDAS POR EL PODERIO COMERCIAL PORTUGUES.—Muchos fueron los efectos producidos por este poderío, buenos en un principio para un pueblo reducido que de la noche a la mañana se vió invadido de riquezas hasta entonces ni siquiera soñadas por ellos; pero efectos que, por el contrario, al poco tiempo determinaron la causa de su ruina y a la que sobrevino la decadencia completa de la nación que se había sentido dueña del mundo, y que en realidad lo había sido por un lapso muy corto.

En primer lugar, el comercio árabe y el veneciano recibieron el golpe de gracia, pues si siguieron subsistiendo fué en una forma secundaria y raquítica. Desde entonces los mercaderes que deseaban adquirir los productos de Oriente dirigieron su vista hacia Lisboa donde podían obtenerlos a un precio mucho más bajo del que ofrecían los venecianos, puesto que los lusitanos, al excluir los intermediarios, se ahorraban infinidad de gastos y podían realizar sus mercancías a mejores precios sin resentir, por esto, ningún trastorno.

Se habían reducido las enormes distancias. Los productos de los lugares ecuatorianos se consumían en las altiplanicies nórdicas; los artículos manufacturados en el Norte se trasladaban al Sur y los efectos orientales eran los más consumidos y apreciados en el Occidente, artículos que hasta entonces habíanse considerado como un lujo extraordinario, llegaron a ser de uso común y corriente. En fin, se realizaba el libre intercambio de productos y, como se dijo anteriormente, de costumbres, usos, ideas, etc. Y toda esta transformación gracias a Portugal y a sus temerarios e intrépidos navegantes.

Los bancos de negociantes, los más fuertes y afamados se trasladaron de Brujas a Amberes, donde los lusitanos habían formado su depósito y centro de actividades comerciales en Europa. Lisboa presentaba un panorama extraordinario, parecía un mercado oriental de remotos tiempos al que acudían todos los mercaderes de todos los ámbitos del mundo. Las naciones extranjeras enviaban sus navíos a comerciar y contemplar la fortuna de Portugal y a hacerse tributarias de su comercio.

Pero todos estos triunfos cegaron a los portugueses, la riqueza los ensobreció. No se dieron cuenta de que una nación tan pequeña, tan escasamente poblada no estaba facultada para recibir de improviso tanta fortuna que lo único que haría sería contribuir al despoblamiento y ruina de los campos y talleres y de todo el país, al abandonar sus primitivas ocupaciones por sentirse atraídos por la aventura, la gloria de las conquistas y un no disimulado espíritu de ambición y de rapiña.

Bien pronto su población se vió constituida casi exclusivamente por comerciantes, comisionistas y marinos. Desde el mendigo y el campesino del más bajo nivel, hasta los caballeros de alta alcurnia y a veces hasta la clase sacerdotal, se convirtieron en comerciantes que más tarde, ya enriquecidos, se dedicaban al derroche de lo que con tanta facilidad habían obtenido. El pueblo entero ávido y devoto al mismo tiempo, se lanzó a la conquista y a la cristianización de tierras y hombres desconocidos sin importarles que sus fábricas y agricultura quedarán en el más completo abandono, ya que sólo tenían ante sus ojos la fascinación del poderío material que podían obtener.

Y sin embargo hubo voces sensatas que clamaron en desierto, que trataron de hacer ver desesperada y angustiosamente el peligro y el abismo al que se precipitaba Portugal.

Hombres como Luis Méndez de Vasconcelos, Severino Faria, Duarte Ribeiro de Macedo hicieron ver los males que acarrearía al país en tiempos no remotos la completa desindustrialización así como de la escasez que se resentiría por el abandono en que quedaban sumidos los campos.

Cuando se descubrieron en el Brasil las minas de oro y de diamantes en vez de que produjeran en la metrópoli una situación de bonanza, agravaron los males que ya se dejaban sentir, pues Brasil que hasta entonces había sido considerado como una colonia agrícola y que en cualquier momento habría podido resolver la situación de escasez, si-

guiendo el ejemplo que le habla dado Portugal se dedicó únicamente al trabajo que le daría riquezas metalúrgicas, desplazándose casi toda la población hacia los centros mineros y dejando, como es de suponerse, los campos y la industria abandonados.

La ruina a las que se precipitaba rápidamente Portugal llegó más pronto cuando este pequeño país, considerado como el más rico de su tiempo y que en realidad se encontraba en la miseria, no conformándose con su actividad comercial quiso convertirse también en conquistador, llegando a contar con tal extensión de terreno que ni aún la nación más poderosa habría podido conservar y colonizar sin debilitarse, máxime cuando por su intolerancia religiosa no pudo admitir como ciudadanos a los habitantes del Oriente y del Africa.

Muy pronto adquirieron gran número de enemigos que amocionaron sus grandes ganancias y que ayudados por las indígenas, subyugados cruelmente por los portugueses, lograron arrebatarle todo su poderío y riquezas.

La administración de las finanzas se encontró siempre en déficit. Se ha observado como se cambiaron los métodos comerciales para remediarlo; pero era natural y asimismo inevitable en virtud del lujo excesivo que privaba en la corte, cuyos cortesanos andaban ostentadamente ataviados con telas riquísimas y piedras preciosas del Oriente, haciendo verdaderos derroches en los festines y reuniones que tenían resonancia en toda Europa y además por las excéntricas fastuosidades de sus monarcas.

Don Juan V brindó riquezas a varios Papas para elevar a Patriarcado el Arzobispado de Lisboa y para que permitiera al Patriarca ataviarse con ornamentos y vestimentas papales, así como el de establecer el uso de una liturgia semejante a la de los cardenales, amén de el rey ostentar el título de *Fidelísimo*. García Rezende escribe acerca de la Corte:

"Cinco mil moradores
en que entran muitos senhores
a que el rei da assentamentos,
moradías, casamentos
tencas, merces e honores..." (19)

Todos los hidalgos de la Corte solicitaban del rey la explotación comercial en tenencias, mayorazgos, realengos, jurisdicciones, etc.

Por otra parte, la tenaz y constante persecución que en contra de moros y judíos ejercía la Santa Inquisición, indirectamente perjudicó también a Portugal, ya que ellos aisladamente formaban sus aldeas dedicándose esencialmente al trabajo y que al huir las trasladaban al dominio de Holanda e Inglaterra.

Un error más de Portugal se agregó a los anteriores y fué el de permitir que los navíos extranjeros fueran a Lisboa a comprar los productos diversos. Con esta libertad no pudo ni siquiera salvar su propia navegación, sino que ayudó a que otras marinas mercantes, como la de Holanda, prosperaran rápidamente.

Y así al igual que Portugal dejaba morir su elemento básico, la navegación, dejó perecer la industria al llevar a las Indias en vez de sus propios productos, productos fabriles extranjeros. Portugal se transformó tan sólo en un corredor, en un conducto por el que pasaban las riquezas del Oriente para ir a su destino que eran los países a los que Lisboa compraba productos elaborados y de los que adquiría todo lo necesario para su manutención.

La escasez era tan grande en este reino que en 1521 se registró una crisis espantosa, a tal grado que la gente moría de inanición en la vía pública, quedando muchos insepultos. (20)

Esta situación latente por efectos del Tratado de Methuen, firmado en 1703, se acentuó extraordinariamente, pues económicamente Portugal pasaba a depender por completo de Inglaterra.



CAPITULO CUARTO

GOBIERNO COLONIAL PORTUGUES

Son relativamente pocos los datos que pueden orientarnos a conocer el gobierno colonial portugués en sus posesiones de Oriente, por la "falta absoluta" de fuentes históricas indígenas y por las escasas publicaciones de Portugal acerca de la situación y régimen de sus colonias debido al justificado recelo hacia las demás potencias europeas. (21)

Pero no obstante la escasa información, puede observarse que Portugal tuvo que enfrentarse a problemas completamente distintos de los que se les presentaron a otras potencias conquistadoras y colonizadoras, como por ejemplo a España, su nación vecina. Portugal no pudo gobernar en las Indias Orientales, tan densamente pobladas, como lo hizo España; esto es, despóticamente, ni incluso tratarlas en calidad de dominio de la Corona como fué tratada la América española "con su escasa e indefensa población". (22)

Portugal tuvo que avanzar paso a paso y con extremada cautela haciendo uso de todos los ardidés que suministra la política para poder alcanzar sus finalidades: la total sumisión y el reconocimiento de su poderío en todo el litoral, desde Ormuz hasta Ceilán y desde más allá del Cabo Camorín hasta las Molucas, China y Japón.

Los portugueses no podían atemorizar con su sola presencia a los naturales de las Indias que estaban tan acostumbrados a ver gente blanca y hasta europeos que hollaban sus tierras con muy distintos fines. No podían tampoco, asombrar a los indígenas con sus caballos y con las armas de fuego que desde tiempo atrás utilizaban.

Además los lusitanos se encontraron que tenían que proseguir la lucha secular contra los enemigos comunes de Europa y del Cristianismo: los mahometanos cuya influencia era enorme en la India, a tal

grado que muchos de ellos ocupaban sitios privilegiados en las fastuosas cortes de los monarcas indios, los que si bien no habían aceptado la religión mahomentana sí en cambio se doblegaban a la influencia decisiva de estas ideas.

Por donde quiera que llegaron los portugueses encontraron establecimientos y factorías de moros a quienes los príncipes permitían comerciar libremente conformándose tan solo con los ingresos que les reportaban las aduanas. Se presentaron a los ojos de los nuevos navegantes todas las intrincadas ramas de las transacciones comerciales en las que el primer lugar estaba reservado y consiguientemente monopolizado por los árabes.

Cuando Gama llega a la India la encuentra dividida en un gran número de Estados independientes cuya primordial actividad estaba constituida por el comercio. El Zamorín, que como se ha dicho, era el soberano más poderoso, contaba con el vasallaje de algunos pequeños principados los que al mismo tiempo que le rendían tributo lo odiaban cordialmente, odio que fué favorable a los portugueses pues los vasallos del Zamorín vieron en ellos a los hombres que habían de libertarlos de la tiranía de aquel soberano, así como después habrían de ver en los holandeses los que les librarían del yugo portugués.

Tal vez entonces se plantearía en Lisboa un dilema: ¿Valdría la pena luchar fieramente para vencer todos aquellos obstáculos, o sería preferible abandonar todos los riegos y peligros que representaba la conquista de las Indias y conformarse con la inmensa riqueza que les proporcionaba entonces la costa occidental de África? Pero los intrépidos navegantes que habían afrontado todos los obstáculos y todos los escollos que la naturaleza les había presentado y que, inclusive, los habían sabido sortear no se decidieron a abandonar la empresa que tanto había costado, máxime cuando ahora podían satisfacer más fácilmente dos anhelos: el económico y el religioso.

Portugal no podía abandonar lo que significaba el auge de su "edad de oro" que había comenzado durante el reinado de Don Juan I y que había de terminar con el rey Don Sebastián (1580); conociendo a la sazón los principios políticos sobre el comercio, sobre el poderío real de los Estados, sobre las ventajas de las conquistas, sobre la manera de establecer y conservar las colonias y sobre la utilidad que podría reportar a la metrópoli. (23)

Por todas estas razones la Corona Portuguesa se dió cabal cuenta de su futuro proceder: conquistar y hacer sentir su poderío mediante el establecimiento de un gobierno permanente extendiendo por la fuerza armada. Pocos años le bastaron para ver el fruto de esta decisión: su prosperidad fué tan rápida que los orientales llegaron a pensar que Portugal era la capital de Europa; pero también pocos años fueron necesarios para que ellos mismos hicieron sentir la depravación a que llegaron y que fué sólo el resultado de la ambición desmedida que los hizo olvidarse del respeto hacia su propia patria ya que muchas veces dejaron de considerarse portugueses para quedarse únicamente con los prejuicios o principios de dominadores que según ellos suponían, los autorizaban o excusaban en su conducta. No obstante esto, perduró su influencia en estas tierras durante mucho tiempo. Aún más, a su decadencia marítima y comercial mantuvo elevada su categoría de potencia colonizadora por algunos años más.

Una vez decidida su suerte tuvieron que pensar detenidamente en la política que habrían de emplear para irse introduciendo amigablemente en tierras que no les pertenecían. Al efecto, manifestaron hacia los príncipes indígenas que los favorecían, una conducta sumisa, dócil, para poder realizar así sus alianzas y tratados comerciales, después de lo cual solicitábanles permiso para instalar sus establecimientos y sus fortificaciones. Pero muchos de estos príncipes se hallaban sometidos por el gran monarca de la costa de Malabar hacia el cual tuvo que dirigirse Vasco de Gama en son de paz, actitud que no pudo sostenerse por mucho tiempo.

Terminada la conquista de la costa oriental del Africa los portugueses juzgaron prudente reunir parte de sus tropas y escuadras en Mozambique en espera de algún posible levantamiento. Fué entonces cuando se dirigieron a conquistar al Zamorín.

El primer desembarco de Gama en la India se caracteriza por la desconfianza que inspiró cierta política empleada por los portugueses, quienes pidieron permiso antes de desembarcar para poder comerciar en los puertos del Zamorín. Vasco de Gama fué recibido por el gran soberano indio en entrevista admirablemente descrita por Correa, quien habla de las magnificencias y riquezas de esta corte y de la forma en que fué recibido el preclaro navegante portugués. (24)

Después de haber cambiado los saludos protocolarios de rigor y tras la exposición que hizo Gama de sus proposiciones para establecer tratos comerciales, el Zamorín mandó al rey portugués por escrito su

respuesta concebida en los términos siguientes: "Vasco de Gama, noble de vuestra Casa, ha visitado mi reino, con lo cual he recibido una gran satisfacción. En mi país abundan la canela, los clavos de especia, el jengibre y la pimienta. Tengo perlas y piedras preciosas. Los que deseo de Vos es oro, plata, coral y escarlata". (25)

De estas primeras entrevistas consiguieron los portugueses que les fuera concedido un lugar de tierra con almacenes para hacer sus compras. Las monedas portuguesas de oro y plata fueron admitidas por los indios según su peso y cantidad de metal para así fijar el precio de las mercaderías; la plata fué cotizada más alta que en Portugal y el coral, azogue y cobre fué también utilizado por los portugueses para cubrir el importe de sus compras. Todo quedó perfectamente arreglado y marchaba muy bien al principio; ambas partes quedaron satisfechas del resultado obtenido en las transacciones: los portugueses decían comprar barato y los indios vender al doble, productos que por su pésima calidad eran rechazados por los árabes. Algunas veces los indígenas, obrando de mala fe, ofrecieron a sus nuevos compradores productos adulterados y canela inservible, cosa de la que los portugueses se dieron cuenta pero que prudentemente no elevaron protesta alguna para evitar que tan pronto surgieran desavenencias.

Esta conducta prudente de los europeos sirvió de pretexto a los árabes para decir al Zamorín que aquellos hombres iban en son de conquista y que el comercio era sólo una excusa para permanecer en los puertos hindúes, haciendo ver al soberano que ningún buen comerciante que busca remuneración con su trabajo y actividad permitiría que se le vendieran mercancías caras y malas.

Desconfiado con todas estas noticias que le llevaron sus súbditos el Zamorín entró en explicaciones con Vasco de Gama y en apariencia todo quedó satisfactoriamente solucionado; sin embargo los portugueses fueron hechos prisioneros. Cuando quedaron en libertad, inmediatamente se hicieron a la vela y llegaron a Cananor donde fueron muy bien recibidos.

A su regreso a Lisboa los capitanes de esta flota fueron objeto de honores, recibiendo grandes beneficios: Vasco de Gama fué nombrado Almirante de los mares de la India, además de haber recibido veinte mil cruzados y diez quintaladas de canela, así como la promesa de poder participar en el comercio de las especias de la India con doscientos cruzados anuales sin pagar fletes ni alcabalas. Nicolás Coelho tam-

bién recibió grandes mercedes. Por los descubrimientos de Pablo de Gama, hermano de Vasco, quien había muerto en la expedición, sus descendientes recibieron la mitad de todo lo concedido a Vasco. También fueron recompensados todos los pilotos y patrones de las embarcaciones.

Inmediatamente se organizó en Portugal otra flota para ir a las regiones orientales, flota que estuvo bajo el mando de Pedro Álvarez Cabral, quien una vez llegado a las tierras del Zamorín fué acogido muy bien por éste, aún cuando es de suponerse que en una forma muy superficial. Se le concedieron como a Vasco de Gama algunos puntos en la costa y un palacio en el que se enarboló la bandera portuguesa, procediendo a instalar sus establecimientos y a efectuar intercambios. Los clérigos que iban en esta flota no perdieron ocasión para catequizar a los aborígenes; pero su desconocimiento del idioma malabar frustró su esfuerzo.

Las aparentes relaciones amistosas no pudieron tampoco prevalecer durante mucho tiempo e inevitablemente tuvo que llegar la ruptura; el factor portugués y los hombres a su mando en estos establecimientos fueron atacados inesperadamente y asesinados.

Cabral, que se había dirigido hacia Cochín y Croanganor hizo alianzas y tratados con los respectivos príncipes que eran enemigos del de Calcuta. En Culán y Cananor también fué recibido con grandes muestras de simpatía y amistad al grado de que los soberanos, pensando que los portugueses estaban escasos de dinero, les ofrecieron sus mercancías a crédito, proponiéndoles que aceptarían el pago al siguiente viaje.

Este gran navegante regresó a Portugal y fué íntimamente recibido por el rey y la Corte por las grandes pérdidas que había sufrido. A su regreso había descubierto la isla de Santa Elena, que tan útil habría de ser para todos los navegantes que encontraban en ella un punto de escala magnífico.

Antes de la llegada de Cabral a la metrópoli había salido la expedición de Juan de Nova, quien habría de seguir la misma política de sus antecesores.

Los príncipes que habían aceptado la alianza portuguesa fueron atacados por las poderosas fuerzas del Zamorín. El fuerte establecido en el territorio del príncipe de Cochín fué defendido heroicamente por Pacheco Pereira, uno de los grandes héroes portugueses, que habla

quedado al frente de dicho fuerte con sólo ciento cincuenta hombres. Sin embargo, habría de recibir como recompensa de su valentía la ingratitud de sus reyes y aún la propia prisión.

Vasco de Gama fué enviado en 1502 para lavar con sangre la ofensa hecha por los malabares. Formó una flota gigantesca compuesta de veinte naves distribuidas en tres escuadras.

Al costear por el litoral oriental de Africa iba estableciendo factorías en puntos de importancia como eran Sofala y Mozambique. Al llegar a Calicut y sin tener ninguna explicación por parte de los musulmanes se apoderó de todos los pertrechos y bastimentos que allí existían. Entonces el Zamorín atemorizado propició el establecimiento de un Banco portugués; pero Gama rehusó entrar en tratos si antes no se le daba una cumplida y amplia satisfacción de los asesinatos cometidos en las personas de sus compatriotas. Entregando a los emisarios malabares un reloj de arena les dijo: "Si dentro de tres días mi demanda no ha sido atendida, que espere vuestro señor la más tremenda de las venganzas". (26)

Cumplido el plazo, Gama hizo ahorcar cincuenta marineros malabares en su nave capitana y comenzó a bombardear la ciudad. Inmediatamente marchó a Cochín donde renovó el tratado que Cabral había hecho con el príncipe de la región y donde existía el fuerte de San Jacobo que tan heroicamente había defendido Pacheco.

Confiados en los triunfos obtenidos, fueron cambiando poco a poco su política trocando aquel aspecto sumiso del principio por uno de verdadera autoridad. Después del ataque a Calicut, Vasco de Gama ya no llegaba a los pequeños pueblos pidiendo permiso para desembarcar, sino que llegaba exigiendo determinada conducta por parte de los reyezuelos, como por ejemplo, exigiéndoles que cesaran en sus relaciones mercantiles con el Zamorín y con los árabes y anunciándoles de manera definitiva que sólo dejarían transitar libremente a los buques de Cananor, Cochín y Culán, siendo ellos quienes fijarían el precio de las mercancías. Asimismo estableció para el Zamorín infinidad de requisitos, con la promesa de que si los aceptaba la paz quedaba consolidada. Pero eran tantas las exigencias del Almirante que el soberano malabar no pudo aceptarlas.

Las luchas armadas de los portugueses durante su poderío y dominación en esos lugares, no fueron dirigidas únicamente contra el más poderoso rey indígena, sino que tuvieron que enfrentarse con

hombres tan diestros en el manejo de las armas como ellos, tales como los árabes, los mamelucos y aún en contra de hermanos de religión como eran los venecianos.

Los portugueses alentados más que nada por su decisión, salieron victoriosos de todos estos combates realirmando su poder y extendiéndose en una forma extraordinaria; su zona de dominación abarcó más de 4000 leguas, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el Archipiélago Japonés, logrando que en sesenta años muchos príncipes árabes les prestaran obediencia y otros les dieran tributo. En muchas de sus posesiones costeras, sobre todo en África se extendían hacia el interior hasta distancias de 100 leguas.

En 1580 en que Portugal fué sometido por Felipe II, por derecho de sucesión, pasó a España íntegramente el gran imperio portugués que abarcaba en esta época: en la costa sudeste de Africa: Sofala, el Monomotapa, Mozambique, Quiloa, Melinda y la isla de Socotora; a la entrada del Golfo Pérsico: Ormuz, las islas Bahreim y Mascata; la costa del Indostán desde el Golfo de Cambaya hasta el Cabo Camorín (en las Maldivas se sostuvieron poco tiempo); Negapatan que ocupaban en la costa de Coromandel; la isla de Ceilán; Pegú y Siam donde tuvieron gran influencia; las islas de la Sonda donde habían establecido algunas factorías; las Molucas de las que eran dueños absolutos y la isla de Macao con que contaban en China.

Con los triunfos de Gama se entrevió en Lisboa, como más tarde había de suceder en España con relación de la Nueva España, la necesidad de nombrar un gobierno colonial estable y de cierta importancia que garantizara y asegurara las ventajas comerciales y el dominio total de Portugal en aquellas tierras lejanas, para lo cual se acordó formar un virreinato. Los monarcas portugueses se reservaron para sí la facultad de nombrar a las personas que debían ir con cargos de significación a las Indias.

Al frente de la nueva organización colonial iba a estar un Virrey o en su defecto un Gobernador General. El Virrey debía ser el jefe supremo e iba a gozar en un principio, de atribuciones casi ilimitadas; pero al regresar a la metrópoli tenía que rendir a su monarca cuenta detallada de todos sus actos, medida muy acertada que empero muy pronto fué abandonada por Lisboa.

A la muerte de Albuquerque, una de las más grandes figuras representativas del poderío portugués y de quien se hablará más ade-

lante, los soberanos dispusieron que sería mejor restringir en lo posible las facultades virreinales permitiendo la ocupación de tal puesto a quien lo desempeñara, únicamente por tres años. Esta medida fué desastrosa, ya que desde entonces comenzaron a ir a la India, como representantes del poder real, hombres a los que les faltaba toda clase de escrúpulos y que al sentirse dueños absolutos de la India durante ese corto lapso, empleaban toda su astucia y su maldad para explotar enormemente a los indígenas y sacar todo el beneficio propio posible, mediante impuestos que hacían pagar a todos los buques que arribaban; imponiendo una contribución por la pesca de perlas; vendiendo únicamente ellos algunas mercancías, o lo que era peor, traficando con la justicia. La riqueza que podían reunir y llevar a Lisboa los libraba de los castigos que les pudieran imponer "jueces débiles e indulgentes". (27)

La sede del Virrey era naturalmente la ciudad más fuerte del imperio portugués, Goa, desde donde el alto funcionario decidía, en forma inapelable las causas civiles y criminales, quedando reservado al rey, dictar la sentencia capital para los nobles.

Los Virreyes, que debían vivir con la misma pompa que los orientales recibían una donación especial por parte de los monarcas. Con el cambio de cada uno de estos Virreyes sobrevenia la remoción de los demás funcionarios, cuyos cargos se otorgaban a los amigos del nuevo Virrey. Esto daba margen a que se cometieran infinidad de abusos y atropellos, ya que siendo todos amigos no podían existir denuncias de ninguna naturaleza. Con el fin de corregir y evitar estos abusos se instaló un Consejo de Estado, sin cuya intervención no se podía adoptar medida alguna.

El gobierno colonial se dividió en varios gobiernos independientes entre sí, lo cual sólo sirvió para estimular celos y envidias y debilitar la coherencia del gobierno. Los principales puntos fueron sede de los distintos gobernadores; por ejemplo, la isla de Ternaté fué la residencia del gobernador de las Molucas; el gobernador de la isla de Madera gobernaba también en Porto Santo, contando para su defensa con cien soldados regulares, aún cuando podía disponer de tres mil hombres de milicia, hombres que servían sin recibir en cambio ningún pago.

En 1560 las posesiones portuguesas fueron divididas en dos virreinos: el de la India (en las costas del Mar de Omán desde el Cabo

Gardafui hasta Ceilán) y el de Malaca (desde Ceilán hasta China). Por la buena administración de las Indias existieron varios tribunales de justicia que eran independientes, porque en sus fallos el Gobernador, aun cuando los presidía, no tenía voto; sin embargo, tenía influencia directa en estos fallos, ya que era quien nombraba a los jueces.

Entre los altos funcionarios se encontraba el Intendente General que obtenía enormes beneficios gracias a su puesto; vigilaba la parte material de la administración y presidía los aprovisionamientos militares, así como los cargamentos para Europa. En las principales plazas había intendentes con las mismas funciones pero con una jurisdicción más reducida.

Por lo que respecta a todas las fuerzas navales estaban sujetas a las órdenes de un Almirante que después del Virrey era la autoridad inmediata. Igualmente quedaban bajo sus órdenes todos los navíos mercantes que se unían a la flota para su seguridad propia. Vigilaba la salida anual de dos flotas que de Goa se dirigían una hacia Ormuz y otra hacia el Cabo Camorín con el fin de prestar auxilio a las ciudades portuguesas que así lo requerían y de limpiar el mar de piratas. Los soldados que en ellas iban podían electuar algún pequeño comercio para complementar su sueldo. En algunas colonias se permitieron algunas Compañías, pero de ninguna manera comparables con las privilegiadas Compañías de Holanda e Inglaterra.

La administración portuguesa adoleció de las mismas faltas que la española. El deseo de enriquecimiento hizo que las costumbres se corrompieran, que la agricultura se desatendiera y la población disminuyera. La decadencia de Portugal se precipitó con la dominación de España, pues los portugueses de las colonias se sintieron aventureros sin patria y aumentaron sus pillajes y con ellos sus enemigos entre los indígenas. Además, España desatendió estas comarcas, que a la sazón le pertenecían y hubo de pagar la libertad de Holanda con gran parte de estas colonias. Cuando Portugal recobró su independencia había perdido casi todo su poderío.

No en todas las partes a las que llegaron los portugueses quedaron como amos absolutos y por lo tanto no siempre pudieron establecer un gobierno propio; en muchos lugares de las costas quedaron en calidad de feudatarios de los príncipes con quienes hacían tratados comerciales en los que predominaba notoriamente su soberanía en el aspecto comercial. Sin embargo, en Macao, no obstante de ser dueños

absolutos de la isla tuvieron que plegarse muchas veces a los deseos de los grandes señores chinos. Lischoten, viajero holandés que vivió en Goa de 1583 a 1589 describe de la siguiente manera a Macao: —“La isla y la ciudad de Macao está habitada por los portugueses juntamente con los naturales del país. Trafican con la gente de Cantón, de donde los chinos hacen venir todas sus mercancías, y a donde van a comprar sus cosas; pero los portugueses no pueden ir allí. Permiten que los portugueses escojan un factor de entre ellos mismos, el cual en nombre de todos los demás, obtiene permiso para ir a Cantón y comprar allí lo que deseen; pero al caer la noche deben permanecer en los suburbios... allí llega cada año un barco de la India... y de Macao el tal barco zarpa para el Japón, y allí descarga, y vuelve luego a Macao, y de allí a Malaca, y luego a Goa”. (28)

La colonización portuguesa en aquellas regiones comienza desde que se inician sus primeros descubrimientos; así, desde la época de Don Enrique el Navegante se otorgan donaciones a los nuevos colonos, muchos de los cuales eran flamencos y así vemos que a los veintiséis años del descubrimiento de la isla Madera contaba ya con cuatro poblaciones de ochocientos habitantes cada una y poco a poco, a medida que se fundan factorías y fortalezas, los portugueses que iban en calidad de marinos y comerciantes se van quedando como colonos. Durante el pleno auge portugués existían en las posesiones lusitanas dos clases principales de población: portugueses e indígenas.

Los portugueses se subdividían en tres categorías:

- a) Los nacidos en Portugal o peninsulares,
- b) Los portugueses de raza o Castiri, es decir, los criollos y
- c) Los mestizos y mulatos, o sea respectivamente, la mezcla de portugueses e indígenas y la mezcla de portugueses y negros.

De todos los pueblos extranjeros que se establecieron en aquellas regiones sólo se puede hablar de una mezcla racial por parte de los portugueses.

Los indígenas quedaban subdivididos en dos ramas: la que constituían los habitantes primitivos y la compuesta por los emigrados, nombre que se les daba a los mahometanos de origen árabe y a los chinos residentes en esos lugares. (29)

ORGANIZACION ECLESIASTICA.— El aspecto religioso no puede pasar inadvertido al tratarse de la organización colonial portuguesa.

El deseo de catequizar infieles se ha señalado como una de las principales causas que promovieron los descubrimientos y posteriormente la conquista. Portugal como España había logrado que el Sumo Pontífice le diera permiso para conquistar las lejanas tierras siempre y cuando se comprometiera a evangelizarlas. Así pues, Portugal una de las potencias más católicas de su tiempo no podía hacer a un lado una misión de tal índole, tal alta, que le había sido encomendada por decisión apostólica.

El elemento religioso no faltó nunca en las armadas que iban con destino a aquellas tierras infestadas de infieles, en quienes habrían de encontrar un campo vastísimo para ejercitar sus cualidades evangelizadoras.

Casi todas las órdenes religiosas enviaron a sus representantes; pero de entre todos los que fueron, los jesuitas alcanzaron mayor importancia.

El jefe supremo de la organización eclesiástica colonial portuguesa era un arzobispo, siendo el primero que ocupó este puesto Juan de Albuquerque. Naturalmente la ciudad que debía convertirse en sede del arzobispado debía ser la capital del imperio portugués: Goa. Del arzobispado de Goa dependían seis obispados erigidos en las principales ciudades, como por ejemplo Malaca, Meliapur, Cochín, etc. Al poco tiempo debía constituirse para estos lugares el Tribunal de la Santa Inquisición, organismo obligado de las naciones eminentemente católicas. Se estableció el tribunal también en Goa y sus autos de fe casi siempre fueron en contra de judíos conversos que habiendo abandonado Portugal volvían a su antigua fe. La jurisdicción de la Inquisición en Oriente fué reducida, sus juicios sólo podían recaer sobre los católicos.

Hasta cierto punto puede decirse que la misión que los frailes evangelizadores tuvieron que osumir en las tierras descubiertas por los portugueses fué más difícil que la realizada en América en el sentido de que tuvieron que enfrentar al cristianismo con religiones tradicionalmente enemigas y mucho más viejas, lo que por ende hacía que sus adeptos se mostraran menos inclinados hacia el cristianismo que los nativos de América. Cristo hubo de ser enfrentado por los misioneros en contra de grandes personalidades como lo eran en primer lugar Mahoma y luego Buda, Confucio y Brahma.

Los frailes misioneros del Oriente, como los que acudieron a Amé-

rica, tuvieron que luchar en contra de la avaricia y perversidad de los conquistadores que se decían católicos. Tuviron también que valerse de los medios más insospechados para hacer comprender a los indígenas los dogmas básicos del cristianismo, ya traduciendo las principales oraciones de la religión católica a estos difíciles idiomas o bien instituyendo seminarios. Varias veces les fué llamada la atención por el Papa por mezclar la religión católica con las demás, lo cual hacían con el objeto de que más fácil y rápidamente pudieran entenderla.

Tan ardua fué su labor, que al poco tiempo los reyes de Bungo y Arima y el príncipe de Omura mandaron embajadores a Roma para reverenciar al Papa, que a la sazón lo era Gregorio XIII, y pedirle sacerdotes que oficiaran en sus dominios. Los embajadores fueron muy bien recibidos por este Papa y su sucesor Sixto V, así como por Felipe II rey de España y Portugal en este tiempo. Dichos embajadores regresaron a sus tierras al cabo de ocho años.

En Japón un hombre conceptuado como un sabio se convirtió, arrastrando así al bautismo a infinidad de infieles porque decían: "Dosam se ha convertido al Cristianismo; el sabio que todo lo sabe no ha encontrado religión mejor que la Cristiana". (30)

Los jesuitas se extendieron por las más distantes regiones. Su principal representante fué, sin duda alguna, San Francisco Javier, español de origen que se dirigió a Portugal a instancias del rey Don Juan que quería enviarlo a las Indias. Después de haber aceptado Francisco Javier salió como legado apostólico en la escuadra del virrey Martín de Sousa. Su más encomiable labor la realizó en el Japón en donde vivió dos años y medio y los que dedicó exclusivamente a la evangelización, estableciendo una iglesia en la isla de Kiussin. Fué declarado Patrono de las Indias en 1747.

Los jesuitas también realizaron una labor ininterrumpida en las Molucas. Las islas de los Ladrones (islas Marianas) fueron cristianizadas por el padre jesuita Jacobo Ladoo de Sanvitores, quien enseñaba la doctrina cristiana por medio de canciones y danzas como las acostumbraban los aborígenes.

Otro padre jesuita, San Mateo de Ricci de Macerata, después de haber vivido veinte años en China en su tarea evangelizadora logró que los jesuitas fueran bien considerados y les fuera permitido predicar. Sin embargo, las intrigas de los enemigos del cristianismo hicieron que todos los evangelizadores fueran perseguidos por el emperador de

China Chun-si. Del Japón fueron arrojados porque la crueldad y petulancia de los portugueses llegó a corromper hasta a los eclesiásticos, quienes considerándose indignos de caminar a pie se hacían conducir en elegantes palanquines y además insultaban las pagodas y derribaban los ídolos. No obstante esto, hacia 1700 y gracias principalmente a los jesuitas, había en la India más de ciento cincuenta mil cristianos.

Hablando ya en una forma particular acerca de los Virreyes y Gobernadores enviados por Portugal a sus dominios, puede afirmarse que sucedió lo mismo que con todos los gobernantes que se encuentran con amplios poderes y lejos de su patria, es decir, que viéndose con tanta autoridad a su alcance muchos de ellos, malvados y ambiciosos, sólo buscaron su medro personal; pero otros, esencialmente entre los primeros, hubo hombres de verdadero valer que conocieron a conciencia y perfectamente su labor y que cumplieran del todo con sus deberes.

Al pensar en los Virreyes portugueses no debe imaginarse únicamente a hombres instruidos que solamente desde su palacio resolvían los problemas de gobierno, de organización, civiles o criminales que les presentaban, sino que debe pensarse en hombres que además de solucionar todo esto, eran aguerridos soldados que luchaban continuamente por conservar o engrandecer el poderío territorial de su señor. Dicha afirmación se puede comprobar al observar las actividades del primer gobernante portugués que ostenta ya el título de Virrey, Don Francisco de Almeida, quien al ir recorriendo las costas, va conquistando y tomando posesión, en nombre de la Corona Portuguesa, de las distintas tierras a las que llega; en la costa oriental de África se posesiona de la ciudad y territorio de Quiloa; en la costa de Malacabar, apenas efectuado su arribo exige el homenaje del príncipe de Cananor y hace construir fortalezas en varios puntos de dicha costa; en Cochín que durante el tiempo que gobernó Almeida fué la sede del gobierno portugués, coronó al monarca indígena en nombre del rey Don Manuel y le obsequió una copa de oro con seiscientos cruzados, con la promesa de repetir este presente anualmente a cambio de un permiso para construir una fortaleza de piedra en esta región. En 1506, un año después de su llegada, había conseguido que el soberano de Ceilán firmara un tratado, por medio del cual esta isla se comprometía a enviar anualmente a Portugal veinticinco mil libras de canela por con-

cepto de pago a la protección que recibían de las naves portuguesas en contra de los piratas que asolaban sus costas. Poco tiempo más tarde se había de convertir esta isla en el punto al que acudirían todos los artículos de Malabar y Coromandel y en la que el Virrey portugués llegara a tener un dominio absoluto. Almeida llegó hasta obtener el derecho de confiscar cualquier nave que cruzara las aguas de Ceilán sin un permiso suyo, medida que decidió la alianza de árabes, egipcios y venecianos en contra de los portugueses; los aliados organizaron al efecto una flota armada para enfrentarla a la marina portuguesa que se portó valientemente; en la batalla más reñida, murió el hijo del Virrey, Lorenzo de Almeida. Para tomar venganza los portugueses armaron otra flota que venció completamente a sus adversarios en Diu el 3 de febrero de 1509 en la llamada batalla de Rumes y con la que se consolidó perfectamente bien el poderío portugués.

Así pues, con Francisco de Almeida comienza la significación política portuguesa; desde la flota con que zarpó de Lisboa fué grandiosa, los autores que menos embarcaciones le asignan son veinte, con mil quinientos hombres "todos gente limpia en que entraban muchos fidalgos y moradores de Casa del Rey" (31), comprometidos a servir por tres años. Dejó establecida la autoridad portuguesa en la costa oriental de África en tres puntos principales: Quiloa, Mombaza y Melinda.

Durante su gobierno comenzó la conquista de la importante plaza de Ormuz, llevada a efecto por quien debía sucederlo en el mando: Alburquerque. Ambos personajes tropezaron entre sí con algunas desavenencias surgidas por su distinto modo de pensar acerca de la política colonial; para Almeida la fuerza del imperio portugués en las Indias Orientales estaba basado única y exclusivamente en el dominio del mar, dominio que necesitaba para defenderse y conservar algunos puntos fortificados en la costa.

Se encontraban en la persona de Almeida excelentes cualidades: un gran genio militar y un carácter intachable por su honradez. En una de sus cartas escribía al rey: —"Aconsejo que se conceda al Virrey que en adelante se envíe más confianza que a mí y que no se le den órdenes sin haber oído el parecer de los reales consejeros de la India". (32)

Como otros muchos personajes de valer, fué destituido de su cargo por intrigas en la Corte de Portugal; muere en su viaje de regreso

a la metrópoli en la Bahía de Saldanha en la costa oriental de África a manos de los cañes de esta región. De no haber ocurrido así indudablemente habría tenido la suerte que había seguido Pacheco.

Si a Almeida se le debió la iniciación del verdadero poderío de Portugal en la India, fué Alfonso de Albuquerque quien lo solidificó.

Dos fueron los principales puntos de vista de este gran gobernante: cambiar radicalmente la política que había seguido su antecesor y que se basaba en el poder marítimo y conquistar el punto que para él era inmejorable como centro de gobierno.

Su política consistió en ejercer y alianzar la hegemonía territorial; es decir, no se conformaba con una serie de factorías y fortalezas a lo largo de las costas ni en poseer y disponer de un poder esencialmente marítimo; sino que decidió extenderse para abarcar mayor posesión territorial para lo cual se adentró en las costas. El decía: —“Una escuadra grande puede hundirse en el mar en una tempestad y es más segura una de puede hundirse en el mar en una tempestad y es más segura una posición fuerte en tierra; pero una posición fuerte en tierra, por más fuerte que sea, sólo ofrece seguridad si puede ser auxiliada por diferentes lados, y semejantes puntos de apoyo no disminuyen, sino más bien se robustecen”.

Su segundo objetivo lo realizó al tomar por asalto la ciudad de Goa en febrero de 1510 (33) y construir en ella un fuerte, el cual en honor de su rey denominó Manuel. Trató de hacer de esta plaza una ciudad portuguesa, para lo cual facilitó el matrimonio entre los portugueses e indígenas dando determinada cantidad de dinero de la Corona a cada nueva pareja; exterminando con el mismo fin a todos los moros de Goa y repartiendo sus bienes entre los portugueses. Para lograr la confianza de los naturales permitió que vivieran libremente con sus propiedades y su religión, aunque siempre sujetos a Portugal.

Tampoco descuidó todos los demás problemas que se le presentaban, que era la continuación de las luchas en contra del Zamorín y en contra de los mahometanos, así como la ampliación de su red comercial, para lo cual en 1511 se dirigió a Malaca, depósito del comercio del Sudeste de Asia y que hasta entonces había estado en poder de los mahometanos.

Después de su sonada victoria, Albuquerque permitió tres días de saqueo como recompensa a sus soldados. Construyó un castillo que se llamó Famosa así como una Iglesia. Nombró a indígenas como lun-

cionarios de puerto y continuó las buenas relaciones comerciales con las regiones vecinas tales como Siam, Java y Sumatra. Nombró además un Alcalde Mayor y un Factor, disponiendo que el Almirante de la fortaleza quedara con una guarnición de trescientos hombres.

Alburquerque se dirigió más tarde a atacar a los árabes en su propio terreno cerrándoles el Mar Rojo y el Golfo Pérsico para cortarles toda comunicación con la India. Se dirigió contra Aden y contra Ormuz en 1513 hasta hacerlas capitular dos años más tarde, obteniendo de ellas el juramento de fidelidad y estableciendo inmediatamente después las consabidas fortificaciones. No escaparon a sus planes de conquista las islas Molucas, que desde entonces entraron a formar parte del imperio colonial portugués. Sus grandes victorias hicieron que se le adjudicara el título de "El Marte Portugués".

Fué Alburquerque un hombre que poseyó todas las virtudes, todas las dotes y asimismo los defectos de un gran general. Al mismo tiempo que ejercía la más estricta justicia, aplicaba y hacía que se cumplieran los castigos con la mayor severidad; nunca vió con buenos ojos el despilfarro que hacía el rey de los tesoros que ningún trabajo le costaba obtener. Supo tratar a los indígenas y mahometanos como se merecían, a tal punto que después de muerto iban a llorarle a su tumba y a pedirle que ablandara el corazón de sus sucesores.

Pensó en aumentar el poder de Portugal en la India esencialmente y por medio del comercio; nunca acumuló riquezas y todos los regalos que recibió provenientes de los príncipes los envió a sus soberanos o los repartió entre sus capitanes. Confiaba en la justicia de su gobierno por lo que, cuando algunos soldados le manifestaron que las murallas de la fortaleza de Ormuz eran muy débiles, él contestó: —"Si los que están encargados de defenderlas no se portan como déspotas, serán suficientemente fuertes; pero si se dejan dominar por la petulancia, las murallas más fuertes serán débiles". (34)

Concibió ideas geniales, como la de querer desviar el curso del Nilo y vencer de esta manera más rápidamente a los mamelucos; rescatar el cuerpo de Mahoma para después pedir en cambio el Santo Sepulcro.

Pero en Lisboa, tampoco en esta ocasión escasearon los envidiosos que hicieran política en contra de este magnífico portugués. No faltó quien hiciera pensar al rey que Alburquerque quería coronarse monarca de la India, como lo demostraba el hecho de que siempre con-

cediera los altos puestos del gobierno a sus parientes. El monarca portugués mandó llamar a Albuquerque quien al ver que su sucesor, Lope Suárez, era un anciano decrepito, se dió cuenta inmediata de que había caído del favor de Don Manuel. Dicen que al saber quien era su sucesor exclamó: —"¿Capitán General Lope Suárez? ¿No había otro? ¿Y el rey me envía con carácter de Capitanes y Secretarios a hombres como Diego Méndez y Diego Pereira a quienes por sus delitos he enviado yo presos a Portugal? Por servir al rey me he enemistado con esta gente y ahora por amor de ellos me retira el rey su confianza". (35)

Las malas noticias aceleraron su muerte, y en su última carta al rey le dice: —"Señor, estas son las últimas palabras que dirijo a V. M., agobiado por la desgracia, después de tantas relaciones como le he escrito con alegría y brío. Dejo aquí un hijo, Blas Albuquerque, y suplico a V. M. premie en él mis méritos. Los asuntos de la India hablarán por sí y por mí". (36); y en otra parte de la misma carta escribe: "Tengo un hijo, hacédle grande; le mando que os lo pida, so pena de incurrir en mi maldición paterna". (37)

Sin embargo, en "Las Memorias de la Literatura" publicadas por la Academia de Ciencias de Lisboa, se encontró una carta del 11 de marzo de 1516 (38), que de haber sido escrita a tiempo hubiera aliviado un poco sus últimos días; en ella comunicaba el rey Don Manuel a Albuquerque que sólo lo mandaba llamar para proporcionarle descanso; pero que sus poderes y honores serían conservados.

Alfonso de Albuquerque muere, a la vista de Goa, el 16 de diciembre de 1515 a la edad de sesenta y tres años, siendo sepultado en la capilla que él mismo había mandado construir.

La ciudad fundada por Albuquerque fué el centro de todos los asuntos portugueses en Oriente; llegó a constituir una verdadera ciudad portuguesa en cuanto a población y consiguientemente a costumbres. Fué la residencia del Virrey, del Arzobispo y de todos los altos funcionarios portugueses. Fué al mismo tiempo que fortaleza y plaza de armas, depósito de todo el comercio de la metrópoli. Linschoten, el viajero holandés la describe así: —"La ciudad de Goa es la metrópoli o ciudad principal de todas las Indias Orientales donde los portugueses tienen su comercio con Bengala, Pegú, Malaca, Cambaya, China y cualquier otro lugar. . . en Goa también se celebra una asamblea diaria o reunión de todo el mundo, tanto de los ciudadanos como de

los indígenas, tal como la de los nativos de la India y en las regiones cercanas... en la calle principal de la ciudad... Hay algunos pregoneros designados para este propósito por la ciudad". (39)

El rey ordenó que se estableciera en Goa una Casa de Moneda para acuñar monedas nuevas señaladas con el sello portugués, sin cuyo requisito no permitía el gobierno su curso legal.

Pero durante la decadencia moral portuguesa, la ciudad que había sido digna representante del poderío lusitano decayó también; su guarnición quedó formada por hombres dedicados a todos los excesos y a los que se les temía más que a los propios bandidos; los viajeros que la visitaron aseguraban que era muy peligroso encontrarse lejos de las casas al caer la noche. La policía no desempeñaba su misión, como acontece siempre que hay un gobierno despótico en el que sólo impere el abuso.

LOS SUCESORES DE ALBURQUERQUE.— Al sucesor inmediato de Alburquerque, Lope Suárez, debió Portugal la iniciación de las relaciones comerciales con la China; pero a partir de este gobernante se nota el comienzo de la decadencia portuguesa. Los Virreyes posteriores fueron débiles e ineptos; ya no inspiraron la admiración sino el desprecio. A esto se agregaron las persecuciones de la Santa Inquisición que los hizo más odiosos, y para colmo de desgracia Portugal cayó en poder de España, quien desatendiéndose del Oriente hizo que más rápidamente declinara el falleciente imperio.

Las fallas de la organización colonial tuvieron que dar sus resultados; era imposible que si los Virreyes ocupaban sus puestos únicamente por tres años, en caso de ser hombres honrados y se dieran cuenta de la situación y problemas de la colonia y pusieran en práctica las medidas convenientes, las que cuando comenzaban a surtir efecto, el Virrey cesaba en su cargo y venía a substituirlo un hombre ambicioso que trataba de enriquecerse en el lapso de su gobierno echando por tierra todas las buenas medidas dictadas por su antecesor. Los portugueses llegaron a ser conocidos en el Oriente como el pueblo europeo más degenerado.

Pero no por esto se puede hacer caso omiso de hombres que ocuparon el virreinato y que fueron gloria para su país. En este caso se encuentran administradores como Don Juan de Castro (1545-1548) quien trató siempre de frenar las ambiciones de sus compatriotas y que al morir no dejó un sólo centavo a sus descendientes. Don Luis Ataíde,

que después de hacer abortar una conspiración indígena en contra de los portugueses (1578) moralizó a los suyos durante su gobierno. Don Antonio de Galván quien murió en un hospital en la mayor miseria. Vasco de Gama que nuevamente fué enviado a la India en calidad de Virrey y que en sus tres meses de gobierno, ya que murió al poco tiempo de haber llegado (24 de diciembre de 1524), arregló toda la administración evitando todos los abusos y los fraudes. Y Nuño de Acuña con quien de hecho termina el poderío portugués y quien después de haber gobernado con toda lealtad para su rey, fué llamado por éste para ser encarcelado, quizás porque había descuidado un poco la evangelización. Por fortuna para él murió en el trayecto de regreso a Lisboa, siendo su última voluntad el que lo arrojaran al mar: —"Si Dios tiene determinado que muera en el mar, quiero que el mar sea mi tumba. La Patria que tan ingrata se ha mostrado para conmigo, no debe conservar tampoco mis huesos". (40)

Los portugueses, que por su humildad habían sido tan bien acogidos por los naturales, al verse dueños de considerables extensiones y con inmensas riquezas se trocaron en ambiciosos y malvados, subyugando a los pueblos conquistados; violando tumbas, saqueando ciudades, cometiendo los actos más viles; en tanto que a la metrópoli ya no llegaban ni los impuestos ni las ganancias que debía recibir de sus colonias. Durante el gobierno de Felipe I en Portugal, los colonos del Oriente se depravaron aún más ya que no se consideraban obligados para con ninguna nación.

Su crueldad se refinó más todavía con el constante tráfico negrero; el 7 de octubre de 1462 Pío II publicó un Breve en contra de los portugueses que hacían esclavos en Guinea. El horror hacia los portugueses llegó a ser tal que era proverbial en la India esta maldición: —"Caiga sobre tí la cólera de los europeos como cayó sobre la ciudad de Dabul, que fué destruída hasta sus cimientos".

Sus persecuciones religiosas y su fanatismo los hicieron intolerables, habiendo sido arrojados vergonzosamente del Japón; los indígenas de las islas Molucas veían en ellos sólo a sus verdugos.

Los lusitanos pensaban que al haber recibido de Roma el permiso de conquistar estas tierras, habían adquirido también un permiso sobre la vida y propiedades de aquellos desgraciados habitantes de dichas tierras. No sabían ya respetar sus propios tratados y prome-

sas, que rompían sin explicación alguna, haciendo pasar a cuchillo a poblaciones enteras que se oponían a sus arbitrariedades.

Entre ellos mismos no tuvieron el menor sentimiento de nobleza; el robo y el crimen se hicieron cosa común entre ellos; el vicio, los placeres, la ambición, hicieron que desapareciera de estos hombres aquel valor indómito del que hicieron alarde en sus primeros tiempos.

Así, Portugal, que había alcanzado un lugar privilegiado, no supo mantener su posición. Las fallas que tuvo su gobierno colonial fueron muchas y muy graves; nunca trató de consolidar verdaderamente su poder en aquellas regiones, conformándose tan sólo con establecerse a lo largo de las costas y dominar perfectamente su red comercial. Su intolerancia y su fanatismo religioso coadyuvaron a su ruina, así como los conceptos erróneos acerca del poder, pues pensaron que una vez alcanzada la anhelada riqueza podían dedicarse a toda clase de placeres y derroches sin darse cuenta que con esto se debilitaban día a día y que más tarde no podrían soportar la más insignificante lucha.

Los buenos gobernantes que pudieron haber salvado el imperio debido a las severas medidas de moralización que imponían, sólo ganaban un gran número de enemigos, quienes trabajaban incesantemente en la metrópoli para que fueran destituidos de su mando y no conformándose con ésto, procuraban que a su retorno quedaran en calidad de prisioneros y perdieran el favor real.

En estas condiciones el poderío del pueblo portugués fué sumamente corto, su decadencia ocurrió más pronto de lo que se esperaba y su suplantación por una nueva potencia tuvo que realizarse forzosamente, Portugal quedaba colocado en un segundo lugar en relación con los otros pueblos europeos.

EL GOBIERNO COLONIAL DEL BRASIL.— Después del descubrimiento del Brasil realizado por Pedro Alvarez Cabral y de las expediciones llevadas a efecto para explorar el país, los lusitanos se dieron cuenta de la escasez de metales preciosos que pensaban encontrar en abundancia y decidieron convertirlo inmediatamente en una colonia penitenciaria, es decir, enviar al Brasil a todos los hombres y mujeres de mala vida que fueran una carga para la metrópoli y que en América servirían para ir poblando la colonia de habitantes portugueses. Anualmente partían de Portugal uno o dos barcos cargados de toda aquella gente desechada por la sociedad, regresando dichas embar-

caciones con cargamentos principalmente constituidos de maderas tinctorias. A estos exiliados se unían los infortunados que la Inquisición quería proscribir, por lo que muchos judíos llegaron al Brasil que poco a poco iba prosperando gracias a las plantaciones de caña de azúcar y con cuyo comercio, además del que se efectuaba con el palo del Brasil y el algodón, hicieron prosperar considerablemente las ciudades de Bahía, Pernambuco y San Vicente.

De 1530 a 1535 Brasil estuvo gobernado por medio de las Capitanías que daban en feudo a los nobles de la Corte y los cuales gozaban de todos los derechos, excepto el de acuñar moneda y dictar la pena capital; pero por lo que respecta a la industria, agricultura y comercio no tuvieron ninguna restricción vejatoria.

Los productos extranjeros podían entrar pagando pequeños impuestos y los productos estancados eran muy pocos; el rey recibía el diezmo de los demás artículos. Las Capitanías quedaban con carácter de hereditarias y su extensión era de 40 a 50 leguas de costa y en cuanto a su extensión hacia el interior era ilimitada. Cada Capitanía tenía que bastarse a sí misma.

Los feudatarios recibieron el nombre de gobernadores o capitanes, quedando dividida la población en tres categorías: nobles, peones y gente el pueblo, existiendo también los esclavos indios y posteriormente los negros.

El sistema de Capitanías duró poco tiempo debido al déficit constante de la hacienda pública portuguesa, que hizo pensar que un gobierno centralizado en el Brasil sería más productivo y eficiente. Al efecto en 1548 fué nombrado un Gobernador General, Tomás de Sousa, quien decidió establecer su gobierno central en Bahía de Todos los Santos que más tarde habría de convertirse en la capital de la América Portuguesa.

Sousa hizo de esta comarca una verdadera ciudad portuguesa cuya fundación oficial se efectuó el 10 de noviembre de 1549 con el nombre de San Salvador de Bahía. Prosperó tanto que "al comenzar el siglo XVII era una de las más animadas y bellas ciudades del Nuevo Mundo". (41)

Las leyes que rigieron en el Brasil fueron las de la metrópoli. Cada distrito tenía su juez y sus tribunales superiores. Las finanzas estaban administradas por un comandante y cuatro magistrados y cuyas operaciones pasaban anualmente al Tesorero Real para su comprobación.

En las pequeñas villas existía una Asamblea Municipal que atendía los pequeños intereses.

Contaba el Brasil con tropas armadas a disposición del Gobernador, quien hacía los nombramientos para todas las plazas vacantes.

En el aspecto religioso contaron con un arzobispado, el de Bahía, del cual eran sufragáneos seis obispados. Los prelados recibían una asignación por parte del fisco con objeto de que cuidaran de los asilos de ancianos y de los conventos de monjes, pues los de monjas no se permitían. Fueron los padres jesuitas y los frailes benedictinos quienes mayor distinción alcanzaron en el Brasil.

Los esclavos negros contaron con mayor libertad y prerrogativas en estas tierras, logrando incluso alcanzar a comprar su libertad.

Hasta estas tierras llegaron las luchas armadas entre portugueses y holandeses, quienes lograron apoderarse del Brasil por algún tiempo; pero fueron arrojados definitivamente en 1654.

La importancia que alcanzó la colonia americana de Portugal llegó a su mayor punto con el descubrimiento de las minas de oro y de diamantes.

Pero aquí como en Oriente apareció la rapacidad de los gobernantes, la que al cabo del tiempo originó una rebelión en Pernambuco.

El descontento de los brasileños aumentó día a día avanzando paralelamente con la idea de independencia que existía en todas las colonias americanas. Durante la época del ministerio de Pombal los ánimos se calmaron un poco; pero a su muerte se exaltaron más aún. Esta situación sólo podía resolverse con la independencia del Brasil que se efectuó al fin en 1822.

Portugal perdía entonces su dominio del Occidente, la rica región que representaba el Brasil, si bien es cierto que al emanciparse el país, se formó un imperio que estuvo regido por miembros de la real familia portuguesa.



CAPITULO QUINTO.

ESPAÑA Y PORTUGAL EN LOS DESCUBRIMIENTOS.

En una de las más importantes etapas de la humanidad, la de los descubrimientos, hubo de producirse necesaria y naturalmente una afinidad entre países como Portugal y España, pueblos semejantes, empeñados en extender y ampliar su poderío comercial y político.

Dichos pueblos que política, geográfica e históricamente han marchado unidos, no podían derivar aisladamente sus aspiraciones y actividades en el momento en que a ambos se les presentaba la misma oportunidad para distinguirse, engrandecerse y para lograr su enriquecimiento. Así, casi al mismo tiempo se lanzaron a realizar descubrimientos y exploraciones geográficas, sólo que lo hicieron por rutas opuestas; pero como siempre sucede con las fuerzas empeñadas en alcanzar la misma meta, tenían indefectiblemente que encontrarse y por ello surgir controversias y discusiones, las que habrían de resolverse por muy distintos medios, esencialmente por la política y en ocasiones por medio de las armas.

Las dos potencias peninsulares tuvieron que defender sus derechos y llegar hasta considerarse enemigas después de haber estado perfectamente unidas hasta el siglo XII en que se separaron movidas por su afán político y de expansión netamente individual, ya que no pudo existir ningún otro factor que influenciara directamente en dicha separación como pudiera haber sido un factor geográfico o étnico, estando hasta entonces y posteriormente íntimamente ligados en cuanto a costumbres y sentimientos.

No fué sino hasta las campañas de Fernando I y Alfonso VI, reyes de Castilla, cuando se formaron nuevos condados que afirmaron su do-

minio, cuando lentamente se fué distinguiendo el Condado de Portugal que al final habría de lograr convertirse en reino independiente.

Al contraer segundas nupcias Alfonso VI de Castilla con una dama de nacionalidad francesa, Doña Constanza, ésta llegó en compañía de dos caballeros de ilustre estirpe: Don Raimundo de Borgoña y su primo Enrique, quienes más tarde serían yernos de Don Alfonso al casarse con sus dos hijas: Don Raimundo con Doña Urraca y Don Enrique con Doña Teresa (hija bastarda).

Hasta 1090 el rey otorgó el título de Condes de Galicia y Portugal a Don Raimundo y a su esposa, y hacia 1094 o 1095 Don Enrique aparece gobernando el territorio de Portugal también con el título de Conde pero como vasallo de su primo; ya para 1097 Enrique aparece emancipado de Raimundo, gobernando libremente en Portugal.

El hijo y sucesor de Don Enrique y Doña Teresa, Alfonso Enríquez, comienza a hacerse llamar rey de Portugal aunque reconociendo todavía la soberanía de Alfonso VII, rey de Castilla. No pasa mucho tiempo para que Alfonso Enríquez logre independizarse completamente.

Así fué como Portugal paulatinamente se fué haciendo independiente hasta llegar a formar una nación distinta en la propia península.

Desde entonces la mira de los reyes españoles fué la de ver realizada nuevamente la unidad peninsular con la reincorporación de Portugal; pero los portugueses dándose cuenta de la intención de España defendieron celosamente su independencia. Es curioso observar que el primer gobernante independiente de Portugal había sido un Enrique, Enrique de Borgoña, y que el último antes de la unión de Portugal a España lograda por Felipe II, por derecho de sucesión, habla de ser otro Enrique, el anciano cardenal, tío del rey Don Sebastián.

Tratando de defender su independencia e integridad, los lusitanos se opusieron al primer intento de unificación hecho por parte de España, se negaron abiertamente a que Doña Beatriz, la hija del rey de Portugal, Fernando I, ocupara el trono a la muerte de su padre en virtud de que estaba casada con Don Juan I de Castilla. Doña Beatriz fué suplantada por el bastardo Maestre de Avis, proclamado rey de Portugal con el nombre de Juan I e iniciándose con él la lista de los grandes monarcas lusitanos

Pero la oposición habida con Doña Beatriz por su alianza matrimonial con un rey español no volvió a repetirse, sino que por el contrario, los propios monarcas portugueses al sentirse fuertes y seguros de sí mismos también fueron ellos quienes procuraron que dichas alianzas se sucedieran una tras otra con la esperanza de que fuera Portugal a quien se anexara España; pero nunca pensaron que fueran estos matrimonios los que pusieran en manos de Felipe II el reino de Portugal.

De esta manera se negociaron varios matrimonios: el de Doña Isabel, primogénita de los Reyes Católicos, con el príncipe Don Alfonso de Portugal heredero de la Corona (1490); al poco tiempo murió Don Alfonso y su viuda regresó a Castilla, quien luego fué requerida en matrimonio (1495) por el nuevo rey de Portugal Don Manuel el Afortunado; el pretendiente fué rechazado varias veces habiendo sido aceptado al fin con la sola condición de que judíos y herejes fueran arrojados del reino. La boda se celebró en 1497.

A la sazón, el heredero de Castilla y Aragón era el único hijo varón de los reyes católicos, Don Juan, quien al morir dejó su puesto de heredero a su hermana Doña Isabel, reina de Portugal. Doña Isabel y Don Manuel, monarcas del reino lusitano, fueron jurados herederos legítimos de Castilla, León y Granada, cosa que no consintieron las Cortes Aragonesas, alegando que la sucesión no podía recaer en las mujeres. Con esta oposición se esperó a que Doña Isabel, reina de Portugal, diera a luz; felizmente fué un varón. La reina murió y el Infante Don Miguel, su hijo, fué proclamado heredero legítimo de Castilla, León, Granada, Aragón y Portugal; el tierno niño murió a los pocos meses (1500), recayendo entonces la herencia de los reinos españoles en la princesa Doña Juana y su esposo Felipe de Austria. El destino no había querido que Portugal tuviera en su poder la hegemonía de la codiciada península.

Sin embargo, el rey de Portugal, Don Manuel, no desistió y trató de rehacer la unión casándose con Doña María, hija tercera de los reyes católicos y después de viudo con Doña Leonor, hija de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso. La unión de Don Manuel con Doña María se fortaleció al unirse en matrimonio Carlos V con Doña Isabel de Portugal, hija de Don Manuel y de Doña María. La esposa del empera-

dor murió al dar a luz al príncipe Felipe que habría de lograr por fin, siendo ya rey de España, alegando derechos de herencia, las dos Coronas Iberas.

No obstante el parentesco constante entre las dos Casas reinantes nunca faltó divergencia y enemistad que las llevaran si no a luchas francamente abiertas, sí a tener algunas polémicas originadas en su mayoría por la posesión de tierras descubiertas en ambos continentes.

Sus disputas territoriales comenzaron con lo referente a la posesión de las islas Canarias y al comercio de las regiones de Guinea, lucha que terminó al firmarse la paz en 1480 y por la que Fernando e Isabel se comprometían a no perturbar la posesión de los portugueses en las Azores, Madera y Cabo Verde, así como en todas las comarcas más allá de las Canarias; pero a cambio de ser reconocidos como dueños absolutos de estas islas.

Estas dos potencias colonizadoras tuvieron que enfrentarse con problemas muy diferentes. España tuvo que luchar en América en contra de la barbarie, ya que se encontró primeramente con indígenas que estaban todavía en un grado de salvajismo absoluto; después, cuando continúa sus expediciones y se tropieza con las dos más grandes culturas, la de México y la del Perú, se le presentan otros graves problemas que tiene que resolver sin obtener en cambio más que varios regalos y objetos, que constituyan verdaderos tesoros robados a los indios; pero que comparados con los que sacaba Portugal de las Indias Orientales, eran ínfimos. De esta manera España tuvo que internarse y luchar contra aquellos indígenas diestros en la guerra, con el fin de buscar lo que las nuevas tierras podían brindarle. Los españoles al establecerse no tuvieron más remedio que formar colonias, que organizarse políticamente y hasta que ir incrementando poco a poco la agricultura, que sería su sustento mientras no encontraran riquezas fáciles de obtener como por ejemplo las minas de Zacatecas y el Potosí.

Así pues, su establecimiento en América fué desde sus comienzos firme y total; se convirtieron en los únicos amos y trataron siempre de trasladar población española a aquellos lugares.

Portugal, por el contrario, no tuvo como meta final la conquista de tierras, sino la de los mares por donde surcaban los navíos de todas las rutas comerciales de la India; su conquista se había dirigido hacia el comercio marítimo del que obtendrían más beneficios que ex-

plotando minas y tierras. En esta forma no necesitaron apoderarse de dilatadas extensiones territoriales donde hacer sentir su predominio, sino sólo les bastaron puntos de apoyo en las costas desde donde pudieran observar la marcha de sus navíos mercantes y en donde estarían prontos a defenderlos de cualquier ataque. A ellos no les importó el que los príncipes indígenas quedaran como tales, gobernando con sus propias leyes y trabajando con sus naturales; sólo pedían de aquéllos el reconocimiento de su predominio comercial, de su rey y de su religión aunque en este aspecto no llegaron a tener el triunfo rotundo que alcanzaron los españoles.

A los portugueses se les presentó un problema más, el de luchar en contra de los árabes y de los turcos y no sólo en contra de sus armas, sino en contra de su religión; no se enfrentaron a la barbarie como los españoles, pero tal vez su lucha con estos pueblos fué más dura y más llena de peligros.

Las inmensas ganancias obtenidas desde el primer viaje de Vasco de Gama los reafirmaron en el propósito de dirigir sus demás descubrimientos y actividades únicamente al Oriente; el Occidente no tuvo para los lusitanos ningún incentivo y menos aún cuando vieron que las riquezas que traía Colón al regreso de su primer viaje no significaban casi nada, en comparación con lo que ellos extraían del África.

Así se explica que las proposiciones que Cristóbal Colón hiciera al rey Don Juan II fueran rechazadas, no tanto por tacharlo de loco, como lo hacían muchos, sino porque su interés estaba concentrado en continuar costearo y comerciando por el litoral del continente negro. No obstante, al oír hablar al navegante genovés con tanta seguridad de que "la extremidad oriental de la tierra habitada y la extremidad occidental de la tierra habitada son muy cercanas", Don Juan quiso cerciorarse de esto, y mientras las ideas de Colón eran juzgadas severamente en la Corte Portuguesa por Diego Ortiz, obispo de Ceuta, Maestre Rodrigo y Maestre José, el monarca enviaba a Fernao Domínguez do Arco hacia los rumbos de que hablaba Colón, quien regresó informando al soberano que no había descubierto nada.

Colón pedía a Juan II, a cambio de sus próximos descubrimientos, las siguientes mercedes: llamarse Caballero de Espuelas Doradas; recibir el título de Don tanto él como sus sucesores; ser Almirante Mayor del Mar Océano con las preeminencias o prerrogativas inherentes a su cargo; percibir privilegios, derechos, rentas e inmunidades; ser

Virrey y Gobernador Perpetuo de todas las islas y tierra firme que descubriese por su persona o por su industria; recibir la décima parte de las rentas que el rey hubiese, todo como derecho perpetuo y el octavo en gastos o ganancias de cualquier expedición. Don Juan, pretextando no poder dar cumplimiento a todas sus peticiones, se desatendió por completo de Colón, quien al darse cuenta de la pérfida conducta que había seguido el monarca portugués abandonó el país dirigiéndose a España (1485 o 1486).

Hacia 1488 recibió una carta del rey de Portugal invitándolo a regresar y ofreciéndole toda clase de garantías. El original de dicha carta se encuentra en el Archivo del Duque de Veraguas y dice así: —“A Cristovam Colón noso especial amigo en Sevilla...”.

Cuando Juan II supo el satisfactorio resultado del viaje de Colón, aún cuando no pareció darle gran importancia, envió una armada siguiendo la ruta emprendida por Colón, comenzando con esto las luchas y los celos de los Reyes Católicos en contra de Portugal. El 2 de mayo de 1493 los reyes españoles enviaron una carta al Duque de Medinasidonia ordenándole tener listas sus carabelas para el caso de tener que lanzarlas en contra de la armada que el rey de Portugal preparaba. Dícenle: —“por ende mucho nos rogamos y encargamos que estén prestas y aparejadas todas las carabelas de vuestra tierra, porque nos podamos servir dellas en lo que menester fuere” (original en el Archivo de los Duques de Medinasidonia).

Del mismo modo trataron de mantener con el Almirante continua comunicación para que éste les indicara si algún navío portugués iba por aquellas regiones de las Indias: —“Lo que más supiéredes vos ha-sed saber de continuo” (1o. de junio de 1493; original en el Archivo del Duque de Veraguas).

Don Juan, como hábil político se dió cuenta de todo lo que tramaban los Reyes Católicos y envió una embajada a Barcelona con el objeto de negociar que la línea divisoria de las pertenencias de España y Portugal fuera el paralelo de las Canarias, de modo que el derecho de descubrir hacia el Norte fuese de los españoles y en el Sur de los portugueses; proposición que no fué admitida por España pretextando que la Bula de Alejandro VI especificaba que la división era de Norte a Sur y no de Oriente a Poniente.

En tanto se registraban comunicaciones entre las dos potencias por medio de mensajeros. Así Herrera fué enviado por España a Portugal

a investigar lo que hubiere de cierto con respecto a la salida de carabelas portuguesas hacia las tierras descubiertas por Colón y a lo que Don Juan declaró que mientras sus emisarios no regresaran de España no había mandado ni mandaría navíos al Occidente. Pero los emisarios de que hablaba Don Juan no llegaban a España ni se sabía nada de ellos, por lo que los Reyes Católicos escriben a Don Juan de Fonseca que permanecía en Sevilla, para que se diera cuenta de cualquier armada que saliera de Portugal: "En servicio vos habemos los nuevos que nos escribisteis de lo que supisteis de Portugal; procurad de saber todo lo que más pudiéredes y escribidnoslo luego; y los mensajes que nos habla de enviar el rey de Portugal aun no son venidos, pero dicen nos que están ya en Aragón de camino para acá".

Los embajadores portugueses por fin llegaron a España el 18 de agosto de 1493, y por tanto los reyes españoles no llegaron a ningún acuerdo con ellos, comunicando a Colón de todo lo que ocurría, prohibiéndole estrictamente que durante sus viajes arribara a puntos dominados por los lusitanos y recomendándole prudentes medidas para el caso en que se encontrara carabelas portuguesas en aguas españolas.

Tanto España como Portugal en cuanto descubrieron nuevas tierras y tuvieron el propósito de enseñorearse en ellas pensaron de inmediato en acudir al Sumo Pontífice como suprema autoridad de su época, para que fuera él quien aprobara y aun legalizara las conquistas. El Santo Padre accedió de muy buen grado a estas peticiones siempre y cuando las tierras descubiertas no pertenecieran a ningún príncipe cristiano y en tal caso los descubridores y más tarde conquistadores se comprometieran de hecho a llevar la fe católica a tan lejanos ámbitos y a luchar, de ser preciso, con las armas en la mano para ganar el mayor número de prosélitos.

El primero en acudir al Papa para legalizar descubrimientos marítimos fué Enrique el Navegante, habiendo seguido su ejemplo todos sus sucesores para obtener las licencias posibles y hasta para justificar su proceder.

El papa Martino V concedió al Infante Don Enrique en 1424 o 1425 todo lo que se conquistase desde el Cabo Bojador hasta la India, dando además indulgencia plenaria para todos aquellos que sucumbiesen en las luchas contra los infieles.

Eugenio IV dió las Bulas Praeclari tuae (25 de mayo de 1437) y Rex Regum (5 de enero de 1443) especificando su posición neutral entre España y Portugal, referente a la contienda africana; en otras Bulas condenó la esclavitud que se hacía con pretexto de reducir a los naturales de las Canarias a la fe cristiana.

Nicolás V otorga el 18 de junio de 1452 la Bula Dum Diversas, por medio de la cual da libertad al rey de Portugal, Alfonso V, y a sus súbditos para esclavizar y apropiarse de los bienes de los infieles, paganos o sarracenos; legitimaba también la trata de negros en África.

La Bula Romanus Pontifex, del mismo Pontífice, expedida el 8 de enero de 1454 o 1455, concedía a Alfonso V de Portugal la conquista de las tierras halladas y por hallarse, de los Cabos Non y Bojador, las que pudieran encontrarse en Guinea y ultramar hacia las tierras del Mediodía.

El mismo monarca obtuvo del papa Calixto III, por medio de la Bula Intercaetera del 13 de marzo de 1456, que se otorgara a la Orden de Cristo la jurisdicción eclesiástica desde los Cabos Bojador y Non hasta las Indias.

Sixto IV, con su Bula Aeternis Regis (21 de junio de 1481), confirmó todas las anteriores así como las paces definitivas entre Portugal y Castilla.

Si los Papas eran los que decidían en todas las cuestiones surgidas por los descubrimientos, un Papa tuvo que decidir también cuando se iniciaron las disputas entre España y Portugal y poner fin a las pretensiones de ambas potencias por lo que respecta a la posesión de las tierras descubiertas. Los propios reyes acudieron a la autoridad eclesiástica para que otorgara su último fallo.

Al efecto el papa Alejandro VI expidió varias Bulas, siendo la primera de ellas la del 3 de mayo de 1493, llamada Bula Intercaetera y en la que concedía a los Reyes Católicos sin especificar ningún límite todas las tierras que descubrieren si con ello no dañaban a ningún príncipe cristiano o a Portugal.

La segunda Bula que extendió con este fin, también fué llamada Intercaetera (4 de mayo de 1493) aún cuando no fué registrada sino en junio siguiente, y por ella concedía a los Reyes Católicos "las comarcas por descubrirse o que se hallasen hacia el Occidente y Mediodía en dirección a la India o a cualquier otra parte del mundo siempre que estuviesen situadas más allá de una línea que fuese de polo a

polo a ubicarse a 100 leguas por el Poniente y Mediodía de cualquiera de las islas Azores y Cabo Verde. Las tierras no debían estar en posesión de ningún príncipe cristiano en navidad de 1492". (42)

Además registraba una nueva Bula en el mes de julio, pero con fecha oficial el 3 de mayo de 1493, y la Bula *Eximiae devotionis*, en la que especificaba a Portugal que se extendían Castilla todos los privilegios que antes se le habían otorgado a Portugal.

Prácticamente el Sumo Pontífice, como suprema autoridad, dividía el mundo en dos partes, una de las cuales pertenecería a Portugal y otra a España en cuanto fueran tierras desconocidas hasta entonces y descubiertas por sus marinos y estuvieran habitadas por infieles.

Esta partición haría exclamar al rey de Francia, Francisco I, su irónica frase aludiendo a lo que él llamó el Testamento del Padre Adán.

La repartición hecha por Alejandro VI no fué del agrado de los portugueses, quienes quejábanse de que la línea Alejandrina circunscribía sus empresas en muy estrechos límites. Políticamente acudieron a los reyes españoles, los cuales después de varias aclaraciones accedieron a lo que los portugueses querían, y que era el recorrer la línea marcada por el Papa más al Occidente, es decir, en vez de ser 100 leguas al Occidente de las islas de Cabo Verde, serían 370 leguas. Dicha reforma fué acordada el 7 de junio de 1494 por el Tratado de Tordesillas, que fué legitimado por Alejandro VI el 10 de junio de 1497 por medio de la Bula *Ineffabilis*, dada a Don Manuel el Afortunado, rey de Portugal.

Ambas Coronas nombraron para acordar el Tratado de Tordesillas a sus respectivos representantes; los Reyes Católicos firman en Tordesillas el 5 de junio la carta poder que hablan de llevar sus encargados: Henrique Henríquez, Mayordomo Mayor; Gutierre de Cárdenas, Comendador Mayor de León y Contador Mayor y el Doctor Rodrigo Maldonado. En Lisboa el rey Don Juan firmaba otra carta poder el 8 de marzo para encomendar esa importante gestión a Ruy de Sousa, Señor de Sagres y Berenguel; Don Juan del Sousa, Almotacen Mayor y a Arias Almadaña, Corregidor de los Fechos Civiles en la Corte y de Desembargo.

Se trazaría la línea de polo a polo a 370 leguas de las islas de Cabo Verde. Con objeto de trazarla se reunirían los navíos españoles y portugueses en la Gran Canaria diez meses después de firmada la Capitulación; los marinos portugueses irían en los navíos españoles y viceversa para evitar así cualquier mala interpretación.

Tras mutuo acuerdo se convino que si portugueses y españoles encontraban casualmente tierras que quedaran dentro del límite contrario al suyo, las entregarían inmediatamente a quien correspondieran. Que si la línea pasaba por alguna tierra, se medirían las leguas que tuviera tanto al Oriente como al Occidente, asignándolas respectivamente a Portugal y a España. Que los navíos españoles que tuvieran que cruzar aguas portuguesas, gozarían de toda clase de seguridades. Que las tierras descubiertas por los españoles en las 120 leguas que a partir de este Tratado iban a pertenecer a Portugal, en los primeros veinte días de junio, mes en que se firmó la Capitulación, se adjudicarían a España. Que después de realizado el trazo apareciera en todas las cartas geográficas la línea para evitar nuevas discusiones entre las dos Coronas.

Para tratar teóricamente la partición del Océano fueron llamados los más famosos astrólogos y cosmógrafos. Los Reyes Católicos, Isabel y Fernando designaron a Mosen Jaime Ferrer y al Carenal de España, obispo de Toledo, Don Pedro de Mendoza, para ir a Barcelona con sus instrumentos de Cosmografía. Ferrer escribió un largo tratado explicando cómo y por qué medio podía trazarse la línea. También escribieron a Colón pidiéndole que de ser posible llegara a España a tiempo de la partición, y de no serle posible mandara a su hermano o a alguna otra persona apta.

Con el Tratado de Tordesillas quedaba resuelto también al asunto africano que había surgido entre las dos naciones. Referente a este asunto que acordaba que en los tres años siguientes a la aceptación del Tratado ningún navío castellano podría pescar en las aguas al Norte del Cabo Bojador. Las ciudades de Melilla y Casaca definitivamente quedaban en manos de Castilla y los límites hacia el Occidente del reino de Fez se fijarían después en los tres años siguientes.

Con la ampliación de leguas que especificaba el Tratado de Tordesillas, Portugal no adquiría casi ninguna tierra; pero habían de serle muy útiles posteriormente, cuando alegara los derechos que tenía sobre las tierras brasileñas.

El problema había quedado resuelto cuando la línea terminó de trazarse; pero no así los recelos y las desconfianzas de ambos reinos. Volvieron a suscitarse con tanta o mayor fuerza cuando Magallanes comenzó a organizar su flota y más aún cuando regresó a España, después de horribles sufrimientos y penalidades Juan Sebastián de Elcano, regreso con el que quedaba prácticamente demostrada la esfericidad

de la Tierra y con lo que surgía un grave problema especialmente para Portugal: el decidir si las islas Molucas, las islas más ricas en especiería le correspondían o, por el contrario, eran propiedad española.

La estancia de Magallanes en las Molucas al servicio de su patria y el mal pago que recibió del monarca portugués, el cual en vez de beneficiarlo por sus servicios en las Indias Orientales lo mandó enjuiciar, haciendo que este gran navegante pensara que las Molucas quedaban dentro de la jurisdicción castellana, por lo cual se decidió naturalizarse español e ir a Castilla a ofrecer sus servicios a Carlos V, el cual habla de convenir en costear todo lo que Magallanes solicitara.

Aún cuando esta gran empresa haya sido costeadada por España, no deja de ser una legítima gloria para Portugal, ya que consta que no sólo el jefe de la expedición era portugués, sino que muchos de sus componentes eran de esa nacionalidad: Carvalho, Esteban Gómez, Serrao, Vasco Gallego, Cristóbal Ferreira y otros muchos.

Al igual que cuando se preparaba la expedición de Colón, también ahora Portugal había de oponer todos los obstáculos a su alcance con el propósito de evitar que se llevara a efecto, y más aún en tal ocasión, ya que creía con certeza que era casi con el sólo objeto de demostrar de una manera irrefutable que el Moluco no le pertenecía. Pronto se corrió el rumor de que en Portugal se preferiría la muerte de Magallanes y de su compañero Faleiro para que se frustrara la empresa.

Antes de zarpar la expedición de Magallanes el gran navegante dejó escrito al rey de España un memorial en el que le indicaba con toda precisión las alturas y posición de las islas de la especiería, costas y cabos que quedaban dentro de los límites correspondientes a Castilla, para que en el caso de que él muriera en tan arriesgada empresa, Portugal no pudiera alegar que dichas tierras pertenecían a sus dominios. Dejó también antes de partir su testamento, cediendo gran parte de sus bienes al clero.

Salió de Sanlúcar de Barrameda el 25 de noviembre de 1520.

Realizado el viaje en que murió Magallanes y habiendo regresado Juan Sebastián de Elcano a España, surgieron inmediatamente las disputas entre España y Portugal. Elcano aseguraba que las islas de Ternate y de Tidore donde estaban establecidos los portugueses y de donde extraían considerables cantidades de especias, quedaban dentro del límite de las tierras que de acuerdo con el Tratado de Tordesillas pertenecían a España; Portugal alegaba que él era quien había des-

cubierto este archipiélago; a lo que España contestaba que si bien era cierto lo que afirmaba Portugal, ahora tenía la obligación de reintegrar esas tierras a Castilla. Portugal no aceptaba nada que no fuera el reconocimiento de sus derechos sobre las islas que entonces ocupaba.

Después de varias gestiones realizadas por los representantes de ambos reinos, se acordó convocar a una Junta que debía reunirse en algún punto fronterizo de ambos territorios; el efecto fué escogido Badajoz. La misión de esta Junta sería la de discutir los diferentes puntos de vista y dar un fallo justo.

Primeramente procedieron a acordar las bases sobre las cuales debería convocarse la Junta, que fueron las siguientes: tanto España como Portugal nombrarían tres astrólogos, tres pilotos y marineros que hicieran las demarcaciones; nombrarían también los letrados que serían los que habrían de redactar las escrituras y los notarios que se encargarían de nombrar todos los autos. Ambas partes se comprometieron a no celebrar ningún acto de comercio sino hasta que la Junta resolviera, teniéndose que hacer las ratificaciones veinte días después. Las dos Coronas se comprometían a guardar fielmente lo pactado. Este acuerdo se llevó a cabo en la ciudad de Vitoria el 19 de febrero de 1524.

Como es de suponerse, la Junta que debía reunirse en mayo del mismo año tuvo que fracasar, ya que casi no había punto alguno en el que estuvieran acordes; los representantes de los reinos no estaban ni siquiera de acuerdo en lo que abarcaba la longitud de un grado del Ecuador; los españoles contaban catorce leguas españolas más un sexto de legua y los portugueses contaban diecisiete leguas y media; según esta última medida las Molucas quedaban dentro de los límites portugueses, puesto que estos sostenían que la distancia entre estas islas y el Cabo Verde era de 137°, mientras que los españoles decían que era de 183°; había pues una diferencia de 46 meridianos. Hoy se sabe que ambas partes estaban equivocadas: los españoles con 30½° de más y los portugueses en 15½° de menos. Sus faltas eran irremediables, ya que en primer lugar ni se podía computar todavía la longitud de un meridiano y así poder calcular la prolongación de la línea divisoria por el hemisferio austral y tampoco se sabía con exactitud la medida de la circunferencia máxima del globo terráqueo, o sea el Ecuador.

Los representantes españoles para la Junta de Badajoz fueron designados por el emperador Carlos V en Burgos el 17 de marzo de 1524, siendo los siguientes: Letrados: Lic. Cristóbal Vázquez de Acuña; el

Oidor Lic. Pedro Manuel y Lic. Hernando de Barrientos; astrólogos y pilotos: Hernando Colón, Simón de Alcazaba, Dr. Sancho de Celaya, Fray Juan Tamás Durán (maestro en Teología), Pedro Ruiz de Villegas y Juan Sebastián de Elcano; como Procurador Fiscal fué designado el Dr. Bernardino Ribera y como escribano Bartolomé Ruiz de Castañeda.

El rey de Portugal a su vez nombra sus representantes en Evora el 24 de marzo de 1524 y fueron: el Lic. Antonio de Acevedo, el Dr. Francisco Cardoso y el Dr. Gaspar Voez, Pedro Alfonso Aguiar, Francisco de Melo, Tomás de Torres, Simón Hernández y Bernardo Pérez; como Procuradores Fiscales el Dr. Diego de Barradas y el Lic. Alfonso Fernández y como escribano Gómez Yáñez de Freitas.

Su fallo debía ser otorgado el 31 de mayo; pero todo el tiempo se empleó en argucias jurídicas y leguleyescas. Unos a otros se culparon de la tardanza y de la pérdida de tiempo y el día 28 los portugueses pidieron una prórroga hasta el mes de junio o cuando menos por ocho o diez días.

La Junta se dió por terminada el 31 de mayo sin haber llegado a ningún acuerdo. El emperador Carlos V después de cancelada la Junta pidió la oposición de los principales cosmógrafos de España sobre de si el Moluco y las Filipinas quedaban dentro de los límites españoles y todos le dieron contestaciones afirmativas. Jerónimo Chávez afirmó: "Dada la forma esférica de la Tierra y los 360° del círculo máximo de ésta, si contamos conforme a Tolomeo a partir del meridiano inicial al Oriente de Africa, contaremos 29° al Occidente hasta la línea de demarcación, más de 145° hasta la boca del Ganges, siempre siguiendo el cómputo de Tolomeo, sumarán 174° que hasta los 180° mitad del círculo máximo, corresponde a Portugal llegará hasta Bengala y Pegú, caen pues dentro de la demarcación de Castilla las Molucas, Malaca, Siam, Sumatra, Java, Borneo, China, Mindanao, Jilolo, Cibbes y los Lequios". (43)

Más o menos en la misma forma y tomando casi siempre los mismos argumentos contestan a Carlos V otros cosmógrafos como Pedro Medina, Fray Andrés de Urdaneta, Alonso de Santa Cruz, Sancho Gutiérrez, Francisco Tolero y otros.

No habiendo llegado a ningún acuerdo, ambas Coronas hicieron preparativos para extender sus dominios en aquellas islas llegando a realizars hasta algunas luchas armadas.

Pero la escasez de dinero con que tropezaba el emperador lo llevó

a pactar con Portugal la cesión del Moluco durante seis años a cambio de 350,000 ducados. Las Cortes españolas se opusieron; pero Carlos V logró firmar el tratado de Zaragoza que legitimaba este negocio.

Dicho Tratado se firmó el 17 de abril de 1529 y se ratificó el 22 del mismo mes y año en Zaragoza. Por parte de España estuvieron: Mercurino de Gattinara, conde Gattinara Gran Canciller del emperador; Don Fray Gerónimo de Loaysa, obispo de Osuna, confesor imperial y Don Fray García de Padilla, Comendador Mayor de la Orden de Calatrava. Por parte de Portugal: Antonio de Acevedo Coutiño, del Consejo y Embajador del rey Don Juan.

A cambio de los 350,000 ducados de oro con valor de 375 maravedís cada uno, Portugal obtenía los derechos sobre las islas, sus mares y su comercio, pudiendo llegar a ellas por donde mejor quisiera.

El pago no se haría inmediatamente, sino que se pagarían 150,000 ducados en Lisboa a los quince o veinte días después de firmado el Tratado; después que se recibiera el Tratado firmado por el emperador, Portugal daría 30,000 ducados pagaderos en Castilla, 20,000 en Valladolid, 10,000 en Sevilla (hasta el 20 de mayo), 70,000 en Castilla (que serían pagados en la feria de Medina del Campo) y los 100,000 restantes en la feria de octubre de Medina del Campo.

Especificaban que si en cualquier tiempo los sucesores del emperador querían deshacer el trato lo podían hacer restituyendo a Portugal los 350,000 ducados, así como que si terminado el estudio acerca de la posición de las islas Molucas éstas quedaban en los dominios portugueses, se les restituirían también los 350,000 ducados.

Para hacer la delimitación de las tierras que serían empeñadas se acordó en trazar una línea de polo a polo a 17° al Nordeste de las islas Molucas.

Así, con un tratado amistoso quedaba solucionado el gran problema que había suscitado Magallanes al demostrar prácticamente sus ideas acerca del asunto.

En 1580 habían de quedar terminadas todas las discusiones entre los dos reinos, ya que con Felipe II se había hecho la unificación de ellos. Para 1640, al recobrar Portugal su independencia, había de encontrar que sus inmensas propiedades habían quedado reducidas a unas cuantas tierras, como consecuencia del descuido que España había tenido para con las Indias Orientales ya que todas las potencias enemigas de la corona española habían atacado y conquistado muchas de las posesiones portuguesas que entonces se consideraban españolas.

CAPITULO SEXTO

DECADENCIA DE PORTUGAL

En el desarrollo de la exposición hecha sobre Portugal, se ha observado cómo lentamente fué escalando los peldaños del sitio privilegiado en que al final logró colocarse tanto en el Oriente como en Europa; se ha visto cómo los pueblos indígenas abrieron sus puertas para recibirlos como amigos viendo en ellos sólo a los comerciantes que realizarían allí sus mercancías proporcionando ganancias a los moradores de los sitios a que llegaban; sólo que esto fué al principio de la aparición de los lusitanos en el Oriente.

Se ha observado también cómo durante la supremacía comercial, Lisboa quedó colocada en un nivel muy superior al de las demás potencias europeas y cómo alcanzó un brillo inusitado que ni ella misma había esperado jamás, esplendor que atrajo a todos los países europeos que obtenían en aquel hermoso puerto todas las mercaderías orientales que exigían sus necesidades.

Pero se ha hecho ya hincapié en que Portugal, cegado con tanta grandeza, sólo se ocupó de utilizarla en cosas superfluas, en derroches y ostentaciones inútiles, pensando quizás que aquella situación habría de prolongarse indefinidamente. En tal aspecto su gobierno fué torpe y extraordinariamente corto de vista, por lo cual no podía prever todos los trastornos que tales fallas traerían en el futuro.

Muchas fueron las causas que dieron por resultado la decadencia de Portugal, que fué tan rápida como el encumbramiento alcanzado. Pero entre todas estas causas se podrían señalar como decisivas las siguientes:

1a. -Anexión de Portugal a la corona española durante el reinado de Felipe II.

2a -- Actuación de los representantes del gobierno portugués en el Oriente y

3a -- El abandono completo de la industria y de la agricultura. Así como de otras muchas causas que coadyuvaron con las anteriores.

Los efectos que tuvo que recibir Portugal como provincia española fueron terribles: ingleses y holandeses pudieron entrometerse en las posesiones portuguesas que fueron consideradas entonces como españolas; por otra parte, España se desatendió casi por completo de ellas, dándole mucha mayor importancia a sus posesiones occidentales.

El odio que se profesaban Holanda y España hizo que la lucha se desplazara hacia la nueva posesión española: Portugal. Hasta entonces los holandeses habían encontrado un mercado libre en Lisboa en donde obtenían los productos de Oriente que ellos se encargaban de distribuir por el Norte de Europa. Todavía durante el reinado de Carlos V los Países Bajos habían tenido algunas libertades, y entre ellas la libertad de comerciar; pero con Felipe II aún antes de que comenzaran las luchas religiosas, su prosperidad comercial había decaído un poco debido a la cantidad de habitantes que habían huido al saber las duras medidas religiosas que el rey español dictaba para estas provincias, medidas que eran ejecutadas por el Duque de Alba. Para 1576 Amberes estaba casi destruída convirtiéndose en un punto del comercio interior y Dunkerke, el principal puerto de los Países Bajos, sólo quedó como estación para los corsarios.

Felipe II creyó darles el golpe de gracia quitándoles el comercio que tenían en Lisboa. En 1594 hizo salir de este puerto cincuenta navíos holandeses, al mismo tiempo que prohibía a los portugueses toda relación con Holanda, quedando bajo severas sanciones todo aquel que desobedeciera esta orden.

De momento era un rudo golpe para Holanda, que obtenía grandes beneficios de este comercio, pero que al poco tiempo se tradujo en el golpe más fuerte que recibiera Portugal en su comercio.

Los holandeses, acostumbrados a las exploraciones y al comercio, decidieron ir personalmente al Oriente a realizar su comercio y a enfrentarse con las armas en la mano, de ser preciso, contra españoles y portugueses.

Y es natural que así procediera un pueblo que desde sus orígenes se había dedicado al comercio y a la industria; las ciudades de Flandes y Brabante desde la Edad Media se habían distinguido por sus

grandes almacenes y ferias a las que acudían todos los negociantes extranjeros, quienes con su presencia hicieron que aumentara considerablemente el número de bolsas y establecimientos extranjeros. En general los Países Bajos alcanzaron gran significación por su actividad de comerciantes intermediarios, logrando hasta quitarles a los hanseáticos su predominio comercial en la Europa septentrional. La tranquilidad y su condición de trabajadores unidas a su devoción y culto religiosos fueron las fuentes de su prosperidad.

Así, pues, los Países Bajos se constituyeron en los verdaderos amos del comercio en la Europa septentrional; a las ganancias que de esto obtenían aumentaron las que dejaba su navegación que muchas veces se confundió con la piratería, así como los beneficios que obtuvieron de la perca, primero del bacalao y más tarde del arenque. Voltaire dijo refiriéndose a este pez: —"Fué un pequeño pescado el que hizo la fortuna de Holanda".

Durante la época de las Cruzadas, estas pequeñas regiones que formaban los Países Bajos pudieron dar una elocuente demostración del adelanto de su marina; los frisics y los holandeses eran los que más se ocupaban en las construcciones navales y de armamentos (los frisics terminaron uniéndose a la Liga Hanseática). De las expediciones hechas al Oriente, regresaban los navíos holandeses cargados de mercaderías, por lo que en el siglo XII había gran existencia de productos orientales en estas provincias.

En el siglo XIV se dedicaron principalmente al intercambio comercial entre los hanseáticos y los italianos llevando a la práctica una política de absoluta libertad comercial, acogiendo a todos los pueblos con igual favor.

Estas facilidades lograron poner a la cabeza de todos los demás centros comerciales a los Países Bajos, quedando Brujas colocado en un segundo lugar y Flandes, por el contrario, en un lugar privilegiado. Pero a causa de un levantamiento en la época de Federico III tanto Brujas como Flandes fueron duramente castigados y entonces quedó ocupando el primer lugar Amberes cuyo gobierno fué más adelantado en cuanto a organización; en su mercado, al poco tiempo, además de conseguirse los productos orientales, podían adquirirse los americanos, principalmente el oro y la plata con que España pagaba los productos manufacturados que Amberes le proporcionaba. Se dió el caso de que

la misma Venecia eclipsada ya, comprara en este puerto los productos de la India.

Más: tras tanto Holanda se ocupaba de los transportes marítimos; en 1234 contaba con una flota de 300 naves; en el siglo XV su marina podía oponerse a la Hansa y debido a esto comenzó a desplazar a esta Liga del comercio intermediario que realizaba en Europa. Los pueblos que hasta entonces habían tenido que soportar el yugo comercial de los mercaderes recibieron muy bien a los holandeses.

La ruina de Amberes hizo que el comercio pasara a Amsterdam, que muy pronto sobrepasó a su antecesora en importancia. Amsterdam continuó las relaciones que Amberes había tenido con Lisboa y con España, obteniendo de la primera los artículos orientales y proporcionando a la segunda las mercancías del Norte de Europa, como eran las municiones de guerra y los materiales para construcción.

El nuevo emporio comercial no solamente alcanzó gran significación mercantil, sino que se distinguió también por sus manufacturas, ya que elaboraba casi todas las materias primas que le aportaba su comercio. Este auge hizo que las ciencias y las artes florecieran de la misma manera.

Pero Holanda cayó dentro de las posesiones españolas y sufrió entonces una gran decadencia por la opresión política y religiosa a la que fué sometida; sin embargo, esta molesta situación la pudo soportar mientras no fué atacado su comercio y encontraban una salida en su tráfico con el Oriente a través de Portugal; pero a raíz de las medidas tomadas por Felipe II para cerrarles el puerto de Lisboa, tuvieron que rebelarse y lanzarse a la lucha.

No obstante, quisieron evitar todo el tiempo que fuera posible el encuentro con españoles o portugueses y así comenzaron buscando un camino distinto para llegar a las Indias. Con este propósito armaron tres naves al mando de Barents y Heemskerk, quienes se dirigieron al Norte de Europa y Asia a través del Océano Glacial pensando encontrar un nuevo paso que les condujera a la China y a las Molucas; pero habiendo fracasado en su intento decidieron seguir el mismo camino que los portugueses y doblar el Cabo de Buena Esperanza.

Así zarpó la primera armada holandesa rumbo al Oriente en 1595 al mando de Cornelio Houtman, aventurero holandés que habiendo estado mucho tiempo al servicio de Portugal había ido varias veces

a las Indias y conocía perfectamente el camino que los portugueses guardaban celosamente. Houtman, a la sazón preso en Lisboa por no cubrir sus deudas, propuso a su patria que si ella liquidaba dichas deudas, él se pondría al frente de una flota que llevaría hasta las Indias. La sociedad de hombres de negocios, Verre, consiguió su libertad y lo mandó al Oriente con la misión de explorar algunas regiones por lo que respecta a clima, producción, etc.; le recomendaron que evitara el encuentro con los portugueses.

La expedición de Houtman llegó hasta Madagascar, Bantam (sobre la costa septentrional de Java), Jakarta, Batavia y otros puntos más. Sostuvo varios combates con los indígenas y a su regreso a Europa parecía que su expedición había constituido un fracaso, puesto que había perdido dos de sus cuatro embarcaciones y las dos terceras partes de su tripulación; pero los datos que suministró fueron tan valiosos que muy pronto Holanda pudo sacar gran provecho de ellos.

Inmediatamente se organizó una segunda flota, al frente de la cual se colocó Jacobo Cornelio Neck y Heemskerck; esta vez la expedición contó con ocho navíos equipados por la Compañía de Verre y otra sociedad de comerciantes de Amsterdam y Rotterdam. Durante su estancia en el Oriente realizaron su comercio en los distintos puntos que tocaron; cambiaron sus paños, espejos, armas y otros artículos que llevarían, por especias, con las que cargaron cuatro de sus navíos que regresaron a Europa los restantes siguieron navegando y visitaron las islas de Amboina, Ternate y las islas de Banda; más tarde habrían de llegar hasta las islas de la Sonda y el Japón.

Para fines de 1600 habían salido de Holanda 40 embarcaciones holandesas hacia las islas de la especiería.

La competencia entre Holanda y Portugal había quedado establecida, la lucha entre ambas potencias quedaba desencadenada. Los dos pueblos en cuestión presentan grandes diferencias: Holanda no contó, como Portugal, con hombres de gran valor que se hubieran podido llamar héroes, su historia en este aspecto es mucho más pobre que la del pueblo lusitano, en vano trató de encontrarse un Almeida o un Albuquerque. Pero en cambio contó con una perseverancia digna de encomio, fué obstinado en todos sus planes y nunca perdió de vista su meta final: el comercio, pasando por sobre todos los obstáculos que se le presentaban. En comparación con los portugueses siguieron otra táctica, que fué la de no tener el prejuicio religioso y la imbu-

sidad que tantas veces los obligaron a librar sangrientas batallas en las que no defendían su comercio sino su orgullo y su religión. Los holandeses, por el contrario, siempre llevaron adelante su interés mercantil con el único fin de mantener su monopolio comercial y con él las ganancias que obtenían.

En el Oriente se encontraron los holandeses con factores que fueron sus más fieles aliados: el odio que los naturales profesaban a sus opresores y la degeneración a la que habían llegado los portugueses y que les impedía luchar como lo hubieran hecho en la época de Alburquerque.

Los holandeses comenzaron, como anteriormente lo habían hecho los lusitanos, a hacer tratados amistosos con los príncipes indígenas a quienes halagaron enormemente; los indios vieron en ellos a sus libertadores que iban a luchar en contra de los malvados que se habían enseñoreado de sus tierras. Se unieron con los holandeses y formaron una sola fuerza con la que habrían de enfrentarse los depravados portugueses.

El primer punto al que dirigieron sus operaciones fué hacia las islas de las especias de donde arrojaron a los portugueses y en las que recibieron el homenaje de las tribus. Su comercio en estas islas fué reducido al monopolio, para lo cual limitaron a la propia naturaleza haciendo que la nuez moscada sólo se cultivara en la isla de Banda y el clavo sólo en la de Amboina; para lograr su propósito fueron destruidos los árboles de nuez moscada y clavo existentes en cualquier otra isla. Las islas de Banda y de Amboina quedaron cerradas a toda navegación extranjera.

Desde entonces tomaron como centro de sus operaciones el archipiélago indio y así escaparon a las constantes revoluciones del Asia y se colocaron lejos de Goa, que en estas condiciones no podía defender eficientemente este archipiélago. Los holandeses se convirtieron en verdaderos dueños de las islas de Timor y de Célebes (1613). Al poco tiempo llegaron a la China y así les arrebataron a los portugueses el privilegio de ser los únicos europeos que comerciaron en este rico imperio; aún cuando nunca pudieron arrojarlos de Macao, sí lograron entablar con los chinos relaciones amistosas que se tradujeron en un beneficioso comercio permitido por los chinos, quienes cedieron a sus nuevos amigos una isla que por mucho tiempo había estado en poder de los tártaros, la isla de Formosa.

Más tarde se dirigieron al Japón, logrando adquirir la Corea; los portugueses recibieron la orden de evacuar el país, al mismo tiempo que se les prohibía cualquier tráfico comercial. El Cristianismo fué arrancado de raíz en el Japón, amenazando a los portugueses con degollar al propio rey de Portugal y al Dios de los cristianos si volvían a pisar playas japonesas. En adelante sólo se permitieron dos factorías: una china y una holandesa establecida en el Golfo de Nagasaki y en la que sólo podían permanecer once holandeses que soportaban la más estrecha vigilancia y las más humillantes medidas, a tal grado, que no podían efectuar un sólo acto cristiano.

La lucha entre los dos pueblos europeos se hizo más dura en la costa de Malabar en donde los holandeses se apoderaron de Cochín, Cananor y más tarde de la isla de Ceilán. De la costa de Coromandel se apoderaron más fácilmente ya que los portugueses no le prestaban gran importancia.

Su centro de gobierno en Java fué Batavia, que muy pronto sobrepasó en importancia a Goa. Sus establecimientos en esta isla, así como los de Sumatra, Borneo y Sonda alcanzaron mayor éxito gracias a la utilización de la mano indígena; los indios recibían la mitad de su sueldo en dinero y la mitad en mercaderías.

El gobernador holandés tenía un gobierno casi regio; dependían de él todos los demás funcionarios de las Indias Holandesas.

Quisieron extender sus dominios y al efecto se dirigieron a la América septentrional en donde Enrique Hudson, inglés al servicio de Holanda exploró el río que hoy lleva su nombre; con estas exploraciones nacieron las pretensiones que más tarde tendrían los holandeses sobre Nueva Holanda; fundaron algunas factorías sobre Connecticut y Delaware.

Portugal y Holanda también se encontraron en América en donde los holandeses consideraron como una fácil presa la colonia portuguesa del Brasil; se adueñaron de Olinda y Pernambuco. Prometieron grandes ventajas a los portugueses descontentos de la dominación española, promesas que en su mayor parte no cumplieron. Pero cuando Portugal se independizó de España, los colonos portugueses de América se sublevaron en contra de Holanda hasta lograr sacudir su tutela. Fueron arrojados del Brasil en 1654.

Sin embargo sus triunfos en Europa continuaron y su intercambio mercantil llegó hasta Rusia donde Arkángel había llegado a ser, des-

pués de Novgorod, la plaza comercial más importante de esta región. Se relacionaron también con Prusia y con Polonia.

Amsterdan llegó a tener la importancia que había tenido Lisboa, y más todavía, debido al impulso que le dió a la banca y a la industria, rama que se vió reforzada con la llegada de los industriales hugonotes expulsados de Francia.

El comercio holandés estuvo controlado por Compañías, siendo la más importante la de las Indias Orientales.

Al principio se formaron numerosas Compañías integradas por particulares que se hicieron mutuamente la competencia, porque como no estaban de acuerdo en la forma en que iban a actuar, había veces que aflúan a las Indias tal cantidad de navíos que el precio de las mercancías subía considerablemente y, por el contrario, el precio al que se vendían en Europa bajaba mucho. De ahí la necesidad urgente de mirse en una sola Compañía, máxime cuando comprendían que pasado algún tiempo tendrían que enfrentarse al naciente poderío comercial inglés que habría de aumentar con el Acta de Navegación de Cromwell.

Así se formó una Compañía con toda clase de privilegios e inmunidades que comenzó a trabajar el 20 de marzo de 1602 con el nombre de "Compañía Holandesa de las Indias Orientales"; con ella quedó centralizado el comercio convirtiéndose en un negocio de Estado, pero que no perjudicaba los intereses privados.

Se dispuso que la Compañía fuera administrada por 60 individuos elegidos por los accionistas durante sus Colegios; los 60 individuos serían repartidos en seis Colegios o Cámaras, cada una de las cuales estaría encargada de un ramo especial de los negocios. Existía además un Comité que dirigía todo, constituido por 17 miembros elegidos de entre los 60 administradores. Los 17 directores debían reunirse por lo menos una vez al año para discutir el número de los barcos que debían salir, la época de su salida y su destino. Cada 10 años publicaban un balance general.

La Compañía monopolizaba el comercio y tenía derecho de guerra o paz con los indígenas para lo cual contaba con fuerzas de tierra y de mar y con fortalezas que ella misma podía erigir. Nombraba libremente a todos sus empleados, celebraba toda clase de tratados con los príncipes indígenas a nombre del gobierno holandés, por lo que era un requisito indispensable para los agentes de la Compañía el prestar juramento de fidelidad política.

En un principio fueron limitados sus privilegios a un plazo de 20 años, plazo que fué renovado varias veces, pero restringiéndolo siempre a determinado tiempo con el único fin de que el gobierno hiciera sentir su autoridad.

El capital inicial de esta importante Compañía fué de seis millones y medio de florines; durante uno de los plazos que se le concedieron (1696-1740) tuvo que pagar al Estado tres millones de florines; el Almirantazgo recibió gran parte de su botín y muchas veces, en tiempo de guerra, prestó grandes cantidades a la República. En los primeros tiempos de su existencia pagaba impuestos de importación y exportación; pero a partir de 1700 daba anualmente la cantidad fija de 364,000 florines. El valor nominal de las acciones que era de 3,000 florines, ascendió hasta 18,000 y los dividendos que se repartieron entre sus accionistas no descendieron nunca del 15%, llegando a veces hasta pagarse 50% ó más. (44).

No obstante que esta organización del comercio holandés parecía intachable, constituyó un verdadero estorbo cuando en el siglo XVIII luchó por mantener su posición comercial en las Indias Orientales. La Compañía tenía gastos tan fuertes como los de un Estado, puesto que sostenía instituciones civiles y militares; su organización se fué corrompiendo poco a poco y pudo enfrentarse a los ingleses durante la primera etapa de la expansión de éstos; pero no así cuando Inglaterra se convirtió en una potencia tan poderosa.

A partir de 1700 la Compañía comenzó a declinar rápidamente; pero era tan grande su reputación que por algún tiempo logró mantener en secreto su mala situación y su crédito permaneció intacto y siguió pagando dividendos aún cuando el dinero con el que los cubría era prestado; el último dividendo lo pagó en 1788; sus deudas ascendían a 50 millones de dólares, deuda de la que se hizo cargo el gobierno holandés.

No corrió la misma suerte la Compañía de las Indias Occidentales fundada en 1671, basada en los principios que regían a la otra Compañía: la jurisdicción de esta nueva Compañía se extendió desde la costa occidental de África hasta el Cabo de Buena Esperanza, las dos costas de América y las islas del Océano Pacífico hasta las Molucas donde comenzaba la jurisdicción de la Compañía de las Indias Orientales. Su mala organización hizo que se disolviera en 1674, aún cuando al año siguiente fué formada una nueva que llevó una existencia precaria hasta 1790.

El sistema comercial holandés resultó anticuado cuando Inglaterra se hizo dueña de los mares y entonces tuvo que cederle su lugar.

Pero sin embargo habían sido los holandeses los que habían causado la ruina del poderío portugués en las Indias Orientales.

En su decadencia quedaron a Portugal sólo las siguientes tierras: Macao, parte de la isla de Timor, Daman, Diu y Goa con un comercio raquítico del que tenían que dar participación a Holanda por medio de un vergonzoso tributo compuesto por la décima parte de sus cargamentos. Su comercio negrero tuvo que compartirlo también con Holanda que se apoderó de la plaza de San Jorge de Mina, estableciendo su Compañía destinada a efectuar este tráfico en Elmina; en América contaba con un depósito negrero en la isla de Curazao.

Para 1668 Portugal había perdido las dos terceras partes de sus barcos en las batallas libradas contra los navíos holandeses e ingleses; muchas de sus embarcaciones mercantes habían sido capturadas por sus enemigos y tal parecía que los portugueses con todos estos reveses se hubieran hecho desconocidos al mar, pues a mediados del siglo XVII se les señalaba como los peores marinos de Europa. Su navegación se vió limitada a las aguas correspondientes a las pocas colonias que les quedaban; sus actividades comerciales también se vieron sumamente restringidas.

Lo que la salvó un poco de su ruina inminente fueron las importaciones del Brasil que reanimaron a Oporto y a Lisboa; de principios del siglo XVII a fines del XVIII el comercio de Portugal con el Brasil aumentó veinte veces; los barcos regresaban cargados de azúcar, tabaco, cueros, palo del Brasil, oro y diamantes.

A partir de esta decadencia en los puertos de Portugal casi se vieron solamente barcos extranjeros que eran los que efectuaban el poco comercio con el que contaba Portugal; así, los beneficios que Portugal podía obtener utilizando sus propios barcos quedaba nulificado.

El que la duración del imperio colonial portugués haya sido tan corta en las Indias Orientales, no significa que este gran pueblo haya pasado inadvertido en aquellas lejanas tierras; por el contrario, su influencia fué decisiva, tanto que aún hoy se encuentran huellas en las islas que le pertenecieron. El idioma portugués se habla todavía en varias partes (Malasia, Pegú, Bramá, Siam, Tonkin, la Meca, Bassora, etc.); lo usaron hasta los europeos no portugueses para efectuar sus transacciones comerciales con los indígenas que ya lo hablaban

perfectamente; lo hablaban los misioneros portugueses en sus dominios y pasó a ser el idioma de los pastores protestantes ingleses que se establecieron en Ceilán.

Sin embargo la decadencia de Portugal no sólo se debió a Holanda, sino también a Inglaterra, que con su esplendor habría de opacar a ambas y que desde el siglo XVII estableció su imperio en las Indias Orientales; pero no fué esta aparición en los mares orientales la que pudo dañar a Portugal; puesto que esto lo había realizado ya Holanda.

Inglaterra contribuyó a la ruina portuguesa pero en otro aspecto, interviniendo directamente en el comercio y en la economía portuguesas, a tal punto que la economía de Portugal en esta época podría considerársela como uno de los aspectos de la economía de Inglaterra. Portugal podría habersele tomado en dicho aspecto como una colonia inglesa.

Fué desde un principio en que con una clara visión, la Gran Bretaña se dió cuenta de la posibilidad de lograr grandes beneficios entrometiéndose en la situación económica de Portugal. Así, en cuanto vió el abandono en que habían quedado la industria y la agricultura portuguesas, fué la primera en ofrecerle sus artículos manufacturados de los que la nación lusitana tenía tanta necesidad tanto para cargar con ellos los barcos que iban con rumbo a las Indias, como para que sus propios habitantes los consumieran.

Portugal en su afán de dedicarse íntegramente a los descubrimientos y posteriormente al comercio lo había arriesgado todo, y cuando perdió, lo perdió todo. Muy pronto la mayor parte de los beneficios obtenidos por Portugal en su comercio pasaban a Inglaterra.

Durante la gestión del Marqués de Pombal la industria portuguesa se activó levemente y consiguientemente pudo desprenderse un poco del dominio económico inglés; no obstante, al finalizar el siglo XVIII sólo contaba con una industria: la del vino de Oporto que era exportado totalmente a Inglaterra como cumplimiento al Tratado de Methuen (1703), por medio del cual se daba preferencia a los vinos portugueses sobre los franceses.

La prohibición del comercio francés y este tratado, fueron durante la mayor parte del siglo XVIII los principales pilares del sistema mercantil inglés, hasta 1786 en que los vinos franceses quedaron colocados en igual situación que los portugueses, gracias al Tratado de Eden, firmado por Pitt.

Especificaba el Tratado Methuen que a cambio de la preferencia dada a los vinos de Oporto, obtenía Inglaterra en Portugal para su provecho exclusivo y contra la competencia francesa y española la abrogación de las tarifas portuguesas sobre las lanas extranjeras y el privilegio exclusivo de comerciar libremente con el Brasil.

Con esto Inglaterra quedaba dueña del comercio portugués sin tener que temer nada, ningún peligro por parte de este raquítico reino ni de su rey Don Juan V quien sólo se ocupaba de los ejercicios pía-dosos.

Por otra parte, los artículos importados que todavía podía obtener Portugal de sus colonias ya no encontraban la demanda que en otros tiempos, sino que, por el contrario, tropezaba con ciertas dificultades para poder venderlos, debido a la competencia que la aparición de distintas potencias marítimas habían establecido.

Aparte de los vinos que vendían a Inglaterra y la venta que efectuaban de las maderas del Brasil, las exportaciones de Portugal eran casi nulas; pero en cambio sí tenía que soportar gran cantidad de importaciones, cuyo costo cubría con el oro del Brasil.

Esta situación perjudicaba enormemente la balanza comercial portuguesa.

A partir del predominio inglés en Portugal no puede pensarse ya en el Portugal de los tiempos de Enrique el Navegante y de Vasco de Gama; el Portugal de esta época había olvidado ya su gran genialidad así como los principios de la razón, de la moral y de la política.

De la misma manera como se había opacado su economía comenzó a opacarse su aspecto cultural; no tuvo más remedio que retroceder y dejar abandonado el lugar que antes había ocupado para que nuevas potencias, las que antes habían quedado deslumbradas con el brillo portugués, lo ocuparan a su vez.

Portugal no supo sacudirse el dominio que Inglaterra ejercía sobre él, cosa que le hubiera sido fácil en un principio, haciendo que concurren en Lisboa todos los comerciantes que hubieran querido, para hacer disminuir el precio de los productos que Inglaterra le proporcionaba, al mismo tiempo que hubiera asegurado sus propias exportaciones; el Tratado de 1703 no lo obligaba sino a recibir las telas de lana inglesas; pero no le impedía comunicarse con otros pueblos y sin embargo nunca cambió su política para con Inglaterra.

Asimismo debió impulsar sus industrias decayentes y su precaria agricultura, máxime cuando el clima de Portugal es propio al cultivo de la vid (cultivo que los judíos habían practicado hasta la época en que fueron expulsado por la Inquisición); del olivo, con lo que Portugal se hubiera puesto en parangón con otros países al exportar su aceite; sus lanas, aunque inferiores a las inglesas, francesas u holandesas hubieran tenido buena acogida en el mercado.

Con estas medidas la metrópoli hubiera activado su industria a la par que sus colonias; pero por el contrario, éstas siguieron el ejemplo de Portugal que descendió hasta convertirse en un Estado insignificante.

De esta manera, el pequeño Condado que por ansias de libertad se había separado del poderío castellano y había luchado incesantemente por mantener su independencia, después de llevar aunadas a su nombre enormes glorias como la que le significaba el haber sido el iniciador de los descubrimientos geográficos; el haber conquistado tan grandes extensiones a las cuales trasladó el Cristianismo y el haber satisfecho por más de cien años la necesidad que Europa tenía de los productos orientales, iba a quedar condenado a llevar una existencia obscura e insignificante por no haber sabido organizar debidamente su gobierno y su comercio y por haberse dejado embriagar por sus triunfos.

Si mala organización colonial, su sistema comercial basado en el monopolio y su intransigencia religiosa no pudieron aportarle sino malas consecuencias.



N O T A S

- 1.—P. D. Huet.—"Historia del Comercio y de la Navegación".—Cap. LII.
- 2.—M. Scherer.—"Historia del Comercio de todas las Naciones desde los tiempos más remotos hasta nuestros días".—Resumen General. Tomo I.
- 3.—M. Scherer.—Obra citada.
- 4.—P. D. Huet.—Obra citada.—Pág. 22.
- 5.—P. D. Huet.—Obra citada.
- 6.—Libro 6. Cap. 23.
- 7.—La cita Ammiano Marcelino en su libro 23. Cap. 6.
- 8.—M. Scherer.—Obra citada.—Tomo I Cap. II.
- 9.—P. Daru.—"Histoire de Venise". Afirma que el Consulado del Mar fué adoptado de un Código Aragón.
- 10.—Molinari Diego Luis.—"El Nacimiento del Nuevo Mundo".
- 11.—Klaproth, lettre a M. Alex Humboldt sur L'invention de la boussole.
- 12.—Cintú César.—"Historia Universal".—Tomo IV. Pág. 652.—Se habla de una escuela anterior a ésta hecha por los catalanes en 1375.
- 13.—Oliveira Martins.—"Descubrimiento de los portugueses anteriores al viaje de Colón".
- 14.—En su libro.—"Colección de Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XVI. Tomo II. Pág. 193.
- 15.—Wick Em.—"Curso de Geografía Comercial".
- 16.—Aguirre Beltrán Gonzalo.—"La Población Negra de México". Pág. 12.
- 17.—Idem.
- 18.—J. Boccardo.—"Historia de la Industria, del Comercio y de la Economía Política". Página. 99.
- 19.—Sousa Antonio Sergio de.—"Historia de Portugal". Págs. 92-93.
- 20.—Idem. Pág. 122.
- 21.—M. Scherer.—Obra citada. Tomo II. Pág. 129.
- 22.—M. Scherer.—Obra citada. Tomo I. Pág. 56.
- 23.—Raynal G. T.—"Histoire Philosophique et Politique des Etablissements et du Commerce des Européens dans les Deux Indes".
- 24.—Oncken Guillermo.—"Historia Universal". Tomo II. Pág. 47-48.
- 25.—Idem.
- 26.—J. Boccardo.—Obra citada. Págs. 266-267.
- 27.—M. Scherer.—Obra citada. Tomo II. Pág. 130.
- 28.—B. Benjamín Franklin.—"La Era de las Exploraciones".

- 29.—M. Scherer y J. Boccardo en sus obras citadas anteriormente, hacen la misma clasificación.
- 30.—Cantú César.—Obra citada. Tomo IV. Pág. 820.
- 31.—Sousa Antonio Sergio de.—Obra citada. Pág. 85.
- 32.—Oncken Guillermo.—Obra citada. Tomo VII. Pág. 64.
- 33.—J. Boccardo.—En su obra citada dice que fué tomada el 25 de noviembre de 1510. Página. 270.
- 34.—Oncken Guillermo.—Obra citada. Tomo VII. Pág. 72.
- 35.—Idem. Pág. 72.
- 36.—Idem.
- 37.—J. Boccardo.—Obra citada. Pág. 270.
- 38.—Cantú César.—Obra citada. Tomo IV. Pág. 799.
- 39.—B. Benjamín Franklin.—"La Era de las Exploraciones".
- 40.—Oncken Guillermo.—Obra citada. Tomo VII. Pág. 79.
- 41.—Calmón Pedro.—"Conquista y Colonización del Brasil". Tomo IV. Pág. 27.
- 42.—Molinari Diego Luis.—Obra citada. Pág. 34.
- 43.—Latore Germán.—"Los españoles y los Portugueses en Ultramar; la cuestión del Moluco".
- 44.—J. Boccardo.—Obra citada. Págs. 341-342.

B I B L I O G R A F I A

AGUIRRE BELTRAN, GÓNZALO.

"La Población Negra de México". (1519-1810).

Ediciones Fuente Cultural.

México, D. F. 1946.

BIBLIOTECA BENJAMIN FRANKLIN.

"La Era de las Exploraciones".

México. Junio-Julio, 1943.

BIRNIE, ARTHUR.

"Historia Económica de Europa" (1760-1933).

Fondo de Cultura Económica.

México, 1940.

BOCCARDO, JERONIMO.

"Historia de la Industria, del Comercio y de la Economía Política".

Madrid, 1912.

CALMON, PEDRO.

"Conquista y Colonización del Brasil".

Publicada bajo la dirección de Ricardo Levenne.

CAMOENS LUIS.

"Los Lusíadas".

Traducción de D. Lamberto Gil.

Madrid, 1887.

CANTU, CESAR.

"Historia Universal".

París, 1873.

DARU P.

"Histoire de la République de Venise".

Paris, 1826.

DAY CLIVE.

"Historia del Comercio".
Fondo de Cultura Económica.
México, 1941

EDICION MONUMENTAL CONMEMORATIVA DEL PRIMER CENTENARIO DE LA
INDEPENDENCIA DEL BRASIL.

"Historia da Colonizacao Portuguesa do Brasil".
México, 1941.

FERNANDEZ DE NAVARRETE MARTIN.

"Colección de Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los Españoles desde
fines del Siglo XVI".
Madrid, 1825.

HUET PEDRO DANIEL.

"Historia del Comercio y de la Navegación de los Antiguos".
Traducida por Pr. Fr. Plácido Regidor.
Madrid, 1793.

LAFUENTE MODESTO.

"Historia General de España".
Barcelona, 1922.

LATORRE GERMAN.

"Los Españoles y los Portugueses en Ultramar".
Sevilla, 1923.

MALO DE LUQUE EDUARDO.

"Historia Política de los Establecimientos Ultramarinos de las Naciones Europeas".
Madrid, 1784.

MOLINARI DIEGO LUIS.

"El Nacimiento del Nuevo Mundo". (1492-1534).
Buenos Aires, 1942.

OLIVEIRA MARTINS. D. J. P.

"Descubrimientos de los Portugueses Anteriores al Viaje de Colón".
Madrid, 1892.

ONCKEN GUILLERMO.

"Historia Universal".
Barcelona, 1890.

PEUCHET M.

"Etat des Colonies et du Commerce des Européens dans les deux Indes, depuis 1783
jusqu'en 1821.
(Continuación a "L'Histoire Philosophique et Politique" de G. T. Raynal).
París, 1821.

RAYNAL G. T.

"Historie Phylosophique et Politique des Etablissements et du Commerce des Européens dans les deux Indes".

París, 1820.

RIVAROLA JUAN FELIX FRANCISCO.

"Descripción Histórica, Cronológica y Genealógica de la Serenísima República de Génova".

Madrid, 1729.

RUBIO JULIAN MARIA.

"Felipe II y Portugal".

Madrid, 1927.

SCHERER MR.

"Historia del Comercio de todas las Naciones desde los tiempos más remotos hasta nuestros días".

(Traducida del francés por los alumnos del Ateneo Mercantil de Madrid).

Madrid, 1878.

SOUSA ANTONIO SERGIO DE.

"Historia de Portugal".

Barcelona, 1929.

WICK EM.

"Curso de Geografía Comercial".

1933.

INDICE:

	Páginas
Introducción	I
Capítulo I	
Relaciones Comerciales del Oriente	1
Capítulo II	
Los Descubrimientos Portugueses	24
Capítulo III	
Gobierno Colonial Portugués	38
Capítulo IV	
Gobierno Colonial Portugués	57
Capítulo V	
España y Portugal en los Descubrimientos	83
Capítulo VI	
Decadencia de Portugal	100
Notas	115
Bibliografía	117
Indice	119